

TEOTIHUACÁN

RESPLANDORES DEL TIEMPO

VERÓNICA ORTEGA CABRERA



Universidad Autónoma
del Estado de México



Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales
Carlos Eduardo Barrera Díaz
Rector

Doctor en Ciencias Computacionales
José Raymundo Marcial Romero
Secretario de Docencia

Doctora en Ciencias Sociales
Martha Patricia Zarza Delgado
Secretaria de Investigación y Estudios Avanzados

Doctor en Ciencias de la Educación
Marco Aurelio Cienfuegos Terrón
Secretario de Rectoría

Doctora en Humanidades
María de las Mercedes Portilla Luja
Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Ciencias del Agua
Francisco Zepeda Mondragón
Secretario de Extensión y Vinculación

Doctor en Educación
Octavio Crisóforo Bernal Ramos
Secretario de Finanzas

Doctora en Ciencias Económico Administrativas
Eréndira Fierro Moreno
Secretaria de Administración

Doctora en Ciencias Administrativas
María Esther Aurora Contreras Lara Vega
Secretaria de Planeación y Desarrollo Institucional

Doctora en Derecho
Luz María Consuelo Jaimes Legorreta
Abogada General

Maestra en Salud Animal
Trinidad Beltrán León
Secretaria Técnica de la Rectoría

Licenciada en Comunicación
Ginarely Valencia Alcántara
Directora General de Comunicación Universitaria

Doctor en Ciencias Sociales
Luis Raúl Ortiz Ramírez
*Director de Centros Universitarios y
Unidades Académicas Profesionales Región A
y Encargado del Despacho Región B*

TEOTIHUACÁN
Resplandores del tiempo

Dirección de Publicaciones Universitarias
Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

Carlos Eduardo Barrera Díaz

Rector

Doctora en Humanidades

María de las Mercedes Portilla Luja

Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración

Jorge Eduardo Robles Alvarez

Director de Publicaciones Universitarias

TEOTIHUACÁN

Resplandores del tiempo

VERÓNICA ORTEGA CABRERA



Universidad Autónoma del Estado de México

"2024, Conmemoración del 60 Aniversario de la Inauguración de Ciudad Universitaria"

Barrera Díaz, Carlos Eduardo.
Teotihuacán : resplandores del tiempo / Verónica Ortega Cabrera.
1ª ed.
Toluca, Estado de México : Universidad Autónoma del Estado de México, 2024.
176 p. : il. ; 24 cm.

ISBN: 978-607-633-952-7

Incluye referencias bibliográficas (p. 161-176).

1. Teotihuacán, México (Estado) -- Descripción.
2. Teotihuacán, México (Estado) -- Historia.
3. Teotihuacán, México (Estado) -- Descripción y viajes.

F1301.9.T4 O77 2024

Este libro fue positivamente dictaminado con el aval de dos revisores externos, conforme al Reglamento de la Función Editorial de la UAEMEX, y fue sometido a un proceso de identificación de duplicidad de la información mediante un *software* especializado.

Primera edición, noviembre 2024

TEOTIHUACÁN
Resplandores del tiempo
Verónica Ortega Cabrera

Universidad Autónoma del Estado de México
Av. Instituto Literario 100 Ote., Col. Centro
Toluca, Estado de México
C.P. 50000
Tel: 722 481 1800
<http://www.uaemex.mx>

Registro Nacional de Instituciones y Empresas Científicas y Tecnológicas (Reniecyt): 1800233



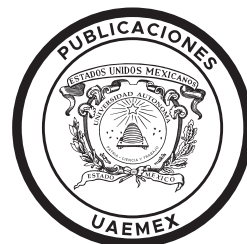
Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

ISBN: 978-607-633-952-7

Hecho en México

El contenido de esta publicación es responsabilidad de las personas autoras.

Director del equipo editorial: Jorge Eduardo Robles Alvarez
Coordinación editorial: Ixchel Díaz Porras
Coordinación de Diseño: Luis Maldonado Barraza
Corrección de estilo: Edith Mucíño Martínez
Formación y diseño de portada: Sara Valeria Gómez Hernández



CONTENIDO

Introducción	9
Cómo llegar	11
Prefacio	13
El valle de Teotihuacán	15
Los inicios: hace dos milenios	19
La construcción de la ciudad	23
Materiales para la construcción	29
Herramientas	33
Diseño urbano	37
La distribución de la ciudad	41
Arquitectura, estilo y decoración	47
Pintura mural	53
Descubrimiento de murales teotihuacanos	57
Tres montañas en la ciudad	63
Los artistas y artesanos	89
Una ciudad multicultural	101
¿Y qué comían los teotihuacanos?	109
Utensilios para la preparación de alimentos	113
Cocinando en Teotihuacán	119
Los resplandores del fuego	123
Las voces que resuenan en el silencio	129

Teotihuacán y el resplandor de la modernidad	143
Los resplandores del futuro	149
Agradecimientos	153
Referencias	155

INTRODUCCIÓN

Dicen que en la vida debes ir a Teotihuacán al menos en tres ocasiones: como estudiante, durante el noviazgo y cuando te conviertes en padre o madre, pues sus magníficas ruinas arqueológicas son el escenario ideal para conocer una parte de la historia de México a través de las hazañas de los hombres del pasado, impresas en edificios, pinturas murales, vasijas, esculturas y muchos otros objetos que nos acercan al conocimiento de la vida cotidiana y de los momentos más importantes de una sociedad que dejó huella en gran parte del actual territorio mexicano.

Caminar por sus calles, recorrer los amplios patios de sus vecindarios e introducirnos en habitaciones decoradas con coloridos murales, es una aventura para los sentidos y la imaginación, desde donde surgen preguntas acerca de los antiguos habitantes y todo aquello que les inspiraba a mantener una ciudad perfectamente planificada, cuyo diseño incluía el acceso al agua potable, la construcción de complejos sistemas de desagüe para evitar inundaciones, así como el trazado de calles alineadas que permitían un abastecimiento eficiente de materias primas y alimentos, para las cerca de cien mil personas que despertaban en ella todos los días.

Pero ¿cómo inició su historia? ¿por qué se eligió este valle para construir la magnífica ciudad?, ¿cuál era la lengua oficial con la que se comunicaban las noticias importantes y se daban las indicaciones?, ¿por qué no sabemos quiénes la gobernaron?, sin duda son sólo algunos de los temas que rondan nuestra cabeza cuando posamos ante un edificio, un basamento piramidal o seguimos con atención las explicaciones de un guía de turistas.

El deseo de respuestas en muchas ocasiones no es satisfecho como esperamos, a pesar de la gran cantidad de páginas web, libros especializados, videos y materiales de todo tipo, que han sido diseñados para la comprensión de las investigaciones arqueológicas que, durante más de un siglo, se han realizado en este lugar.

Tampoco es suficiente un día para recorrer todos los monumentos y museos que ofrece la zona arqueológica pues, además de su magnitud, son muchos los aspectos a descubrir: la naturaleza del valle con los recursos que aprovecharon los antiguos habitantes para vivir en esta ciudad por más de seiscientos años; las materias primas

para la construcción y decoración de cada espacio en los que se realizaban distintas actividades; los temas y colores con que plasmaron parte de sus pensamientos en muros y vasijas; el tipo de alimentación que tenían y la forma en que resolvían sus necesidades de salud, comunicación y desarrollo tanto intelectual como espiritual; así como la historia de las excavaciones arqueológicas y los trabajos de restauración que se han llevado a cabo en este sitio por más de cien años.

No pueden faltar tampoco los mitos y leyendas que han inspirado sus ruinas desde tiempos anteriores a la llegada de los europeos a estas tierras, ni la importancia que ocupa en la identidad de mexiquenses y mexicanos, así como el interés que despierta en ciudadanos de todo el mundo recorrer esta zona arqueológica.

La ciudad prehispánica de Teotihuacán, reconocida por la UNESCO como patrimonio mundial, desde el año de 1987, constituye el legado que nos dejaron hombres y mujeres que, con esfuerzo, inteligencia y dedicación, transformaron un valle generoso, que nos sigue maravillando, construyendo una de las ciudades más grandes y pobladas del México antiguo, la cual genera una dinámica económica para las poblaciones actuales ubicadas en sus alrededores, pues son millones de personas las que, año con año, se acercan a redescubrirla.

Verónica Ortega Cabrera

Santo Domingo Aztacameca, Axapusco, Estado de México, 2023

CÓMO LLEGAR

Desde cualquier punto del Estado de México puedes acceder a la autopista México-Pirámides, pues ésta se interconecta con el Arco Norte, el Circuito Exterior Mexiquense, la autopista México-Pachuca y las vialidades que comunican los aeropuertos internacionales Benito Juárez y Felipe Ángeles. Si sales de la Ciudad de México, el viaje en auto o transporte público tiene una duración promedio de una hora, pues hay 42 kilómetros de distancia hasta la zona arqueológica.

La autopista México-Pirámides te introduce hasta la glorieta de la puerta 1 del circuito periférico, una vialidad empedrada que fue diseñada para rodear los principales monumentos y ofrecer una vista escénica de la zona arqueológica,¹ a la que puedes acceder a través de cinco puertas, cada una de ellas relacionada con los espacios más visitados: la Ciudadela, las caras poniente y oriente de la Pirámide del Sol, la Pirámide de la Luna y su gran plaza, así como la zona noreste de la plataforma que rodea la Pirámide del Sol.

También es posible llegar a pie o en bicicleta desde los pueblos mágicos de Teotihuacán y San Martín de las Pirámides, localizados al sur y norte de la zona arqueológica, respectivamente, a través de un sendero interpretativo que ofrece una serie de cápsulas informativas sobre diversos temas de interés cultural y ecológico, ligados a los vestigios prehispánicos.

¹ Medina González, J.H. y Ortega Cabrera, V., 2020.

PREFACIO

Las ruinas de lo que fuera la esplendorosa ciudad prehispánica de Teotihuacán, han estado presentes en la imaginación de las personas y en la memoria de los pueblos, prácticamente desde el inicio de su destrucción y abandono. A pesar de los embates del tiempo y de las fuerzas naturales, sus vestigios afloraban ante las inquisidoras miradas de las autoridades civiles y religiosas, así como de los eruditos novohispanos, que no alcanzaban a comprender si aquellos cerros alineados eran obra natural, o si se trataba de construcciones humanas.

Diversos lienzos y códices coloniales ubicaron sus pirámides cerca de las vías de comunicación más importantes entre la Ciudad de México y el Puerto de Veracruz, como colosales puntos de referencia para la geografía del valle.

El siglo XIX vio la llegada de numerosos viajeros que, armados con instrumentos de medición, mapas y libretas para inventariar, recorrieron el territorio con el objetivo de reconocer los pueblos, sus formas de vida e historias, de las cuales había vestigios materiales que inspiraron pinturas, grabados, dibujos, descripciones detalladas e incluso, ya en las últimas décadas del siglo, tomas fotográficas que han llegado a nuestros días, develando las condiciones en que se encontraban los monumentos antes de la intervención científica de arqueólogos y restauradores.

La arqueología científica tuvo sus primeras aproximaciones precisamente en Teotihuacán. Durante el primer tercio del siglo XX, personajes como los arqueólogos Leopoldo Batres y Manuel Gamio, dieron inicio a una serie de exploraciones y reconstrucciones, en las que se pondrían a prueba los métodos y técnicas de excavación para liberar los grandes monumentos, así como para analizar diversos materiales obtenidos de dichas exploraciones, lo que daría lugar a un nuevo entendimiento del sitio, pero sobre todo a una serie de usos de los vestigios prehispánicos desde el punto de vista económico, ideológico y político.

El siglo XX puso a Teotihuacán en el centro de la investigación antropológica y arqueológica, a través de diversos proyectos en los que se han llevado a cabo interesantes descubrimientos, que siguen alimentando la curiosidad científica y la imaginación de habitantes locales y turistas de todas las regiones del mundo.

En las últimas dos décadas, Teotihuacán nos ha mantenido expectantes por los avances realizados en cuanto al desciframiento de sus relaciones con los pueblos mayas

y zapotecas, el dominio que alcanzó en sus periferias cercanas y lejanas por varios siglos y el impacto de su presencia en los pueblos posteriores a ella; también se han dado avances importantes en las técnicas de conservación de sus vestigios, así como en el conocimiento de los procesos que la hicieron florecer y causaron su crepúsculo, por lo que no debe quedarnos duda alguna de que su esplendor e influencia seguirán retando la inteligencia de las generaciones y el paso del tiempo.



Atardecer hacia la Pirámide del Sol, desde el oriente (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).

EL VALLE DE TEOTIHUACÁN

Ubicado en la región noreste del Estado de México, el valle de Teotihuacán abarca los municipios de Acolman, Teotihuacán, San Martín de las Pirámides, Otumba, Axapusco y Nopaltepec. Con una altura promedio de 2 mil 200 msnm se caracteriza por tener un ambiente semiárido y subhúmedo, con temperaturas templadas que oscilan entre los 12 y los 18 °C, y una precipitación de 500 a 600 mm anuales.² Estas condiciones generan hoy en día un paisaje semiseco, con colinas, cerros y planicies salpicadas de árboles de pirul (*Schinus molle*), nopales (*Opuntia ficus-indica*) y magueyes (*Agave salmiana*), en los que abundan pequeños mamíferos, aves e insectos propios de la altiplanicie central mexicana.

Los cuerpos de agua eran abundantes en el pasado, incluyendo el gran sistema lacustre del valle de México, cuya extensión llegaba hasta nuestra región de interés a través de los lagos de Texcoco, Xaltocan y Zumpango, que suministraban alimentos y materiales como el bejuco, los tules y el carrizo.³ Complementaban este paisaje una serie de manantiales ubicados en la zona en que hoy se encuentra el pueblo de San Juan Teotihuacán, así como dos grandes ríos que bajan desde las estribaciones de la sierra nevada, hoy conocidos como río San Juan y río San Lorenzo, ambos de importancia trascendental para las actividades agrícolas y el abastecimiento de agua. Al tratarse de un valle de naturaleza volcánica, se encuentra delimitado por una serie de cráteres hoy erosionados, que tuvieron su principal actividad hace setenta millones de años aproximadamente, durante el periodo Terciario.⁴ Este dato es importante, porque gracias a ello, la superficie cuenta con abundantes rocas para la construcción y suelos fértiles, muy útiles para la agricultura.

Entre las principales elevaciones orográficas mencionaremos aquellas que se encuentran asociadas a la ciudad prehispánica: hacia el sur se ubica el cerro Patlachique y la serranía que se desprende desde su base, considerado el más antiguo de esta zona; posteriormente tenemos al cerro Malinalco hacia el poniente del valle y al norte se alza de manera majestuosa el cerro Gordo, el más joven de todos,⁵ conocido antiguamente como *Tonan*, o “cerro de nuestra madre”.

² Mooser, 1968.

³ Gamio, M. 1922A, p. LXIII.

⁴ Trujillo, 1977.

⁵ Gamio, 1922, Tomo I, p. 10.

Cuando llegaron los primeros grupos humanos a este valle, se encontraron ante un paisaje lleno de rocas en la superficie y oquedades en los cerros, de las que podían extraer más piedra y otros materiales, algunos muy duros como los basaltos y otros suaves como los tezontles y la piedra pómez, todos útiles para la construcción, la elaboración de herramientas para la molienda y el tallado de esculturas.

Un poco más al noreste del valle, en la zona que hoy ocupa el municipio de Otumba, otro tipo de volcanes provocó la existencia de yacimientos de obsidiana, principalmente en los cerros Soltepec y Cuello, así como la barranca de los Iztetes.⁶ La obsidiana es una roca volcánica que se forma del enfriamiento rápido de lava rica en óxido de silicio, conformando un vidrio que fue muy apreciado en el México prehispánico, dadas sus cualidades para hacer objetos filosos y cortantes. Precisamente, los habitantes de la antigua Teotihuacán aprovecharon la cercanía de los yacimientos de obsidiana, para controlar tanto su extracción como la elaboración de objetos con los que podrían comerciar hacia regiones muy lejanas.



Vista del valle de Teotihuacán desde el cerro Gordo, al centro se aprecian los edificios monumentales de la ciudad prehispánica (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).

⁶ Acosta y García, 2022, pp. 10-11.



Pirámide del Sol vista desde el oriente (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).

LOS INICIOS: HACE DOS MILENIOS

Los eventos volcánicos han sido una constante en el centro de México desde que el hombre llegó a habitar estos territorios. La presencia de grandes montañas como el Iztaccíhuatl y el Popocatepetl, así como de cientos de cráteres que salpican el valle de México, han tenido un impacto muy fuerte en el pensamiento de los pobladores de esta región mesoamericana. Los efectos de la actividad volcánica como las erupciones, fumarolas, caída de ceniza y movimientos sísmicos, son sucesos naturales que alteran el paisaje, de tal forma que el hombre les confirió una condición divina, pero que también generaron escenarios para las migraciones.

La historia geológica de la región lacustre muestra evidencias de diversas emisiones de volcanes como el Popocatepetl, el Xinantécatl (Nevado de Toluca) y La Malinche hace 25 mil a 8 mil años.⁷ Particularmente, las erupciones plinianas⁸ del Popocatepetl, con sus flujos incandescentes, expulsión de ceniza y piedra pómez en gran cantidad, así como la generación de flujos de lodo y escombros volcánicos (lahares), provocaron el abandono de diversas poblaciones y la migración de sus habitantes hacia regiones más seguras hace 2 mil 150 años (800 a 215 a.C.), lo que coincide con la transición entre el Preclásico y el Clásico en la arqueología mexicana.⁹

De estas erupciones se sabe que más de "... 3.2 km³ de ceniza pumítica cubrieron la ladera nororiental del volcán, mientras que su flanco poniente sufrió los estragos de lahares y flujos piroclásticos que bajaron por el río Amecameca"¹⁰ devastando el ambiente y las comunidades cercanas. Otros datos que amplían el catastrófico paisaje refieren la presencia de piedra pómez y *xaltete* o "cacahuatillo" (ambos productos volcánicos) a grandes distancias del coloso, que incendiaron campos de cultivo y poblados con viviendas hechas de bajareque y barro,¹¹

⁷ Manzanilla, L., 1997, p. 8.

⁸ Deben su nombre al relato que hizo Plinio, el Joven de la erupción del Vesubio (Italia) ocurrida en el año 79, de nuestra era. Son las erupciones más explosivas y violentas, con nubes ardientes que, al enfriarse, producen precipitaciones de cenizas, que pueden llegar a sepultar ciudades, como ocurrió con Pompeya y Herculano, debido a la erupción del Vesubio. Se caracterizan por alternar erupciones de piroclastos (rocas) con erupciones de coladas lávicas (lava fluida), que hace que este tipo de volcanes alcance grandes dimensiones (INPRES, 2020, pp. 2-3).

⁹ Macías, 2005, p. 398.

¹⁰ Uruñuela y Plunket, 2003, p. 84.

¹¹ Seele, 1973.

sepultando todo a su paso con una gruesa capa de restos volcánicos de hasta 2.5 m de espesor. Como consecuencia, estas áreas fueron abandonadas por sus pobladores, que migraron hacia zonas más apropiadas para la sobrevivencia.

Una de esas comunidades, conocida como Tetimpa (en el actual estado de Puebla), se distinguió porque sus construcciones tenían un estilo que posteriormente se desarrollaría con énfasis en Teotihuacán: el uso del talud-tablero en sus basamentos y la distribución de tres plataformas alrededor de un espacio abierto conocido como plaza, con un pequeño altar al centro, lo que permite pensar que este modelo fue creado en el valle Puebla-Tlaxcala, de donde pasó a Teotihuacán.

Vale la pena hacer un paréntesis para aclarar que, hace apenas unos años, la idea generalizada sobre los primeros habitantes de Teotihuacán consistía en que se trataba de migrantes provenientes del antiguo poblado de Cuicuilco, ubicado al sur de la cuenca de México (en la actual alcaldía de Tlalpan de la CDMX), el cual también fue devastado por la erupción de un volcán, el Xitle, sin embargo los estudios más recientes sobre la fecha de dicho evento indican que la actividad inició hacia el año 275 d.C., momento en que Teotihuacán ya era una ciudad de grandes dimensiones y densamente poblada.¹²

De acuerdo con este panorama, antes de Teotihuacán, existieron muchas otras comunidades en la región que vivían de la agricultura y aprovechaban los recursos provenientes de lagos y bosques, por lo que tenían la posibilidad de intercambiar objetos con poblaciones más lejanas, incluidas las costas del Pacífico y del Golfo de México, a través de antiguas rutas de comunicación en las que además de materias primas y objetos, también fluían ideas, conocimientos y costumbres diversas.¹³

Los eventos eruptivos mencionados, moldearon en buena medida el reacomodo de muchas poblaciones, algunas de las cuales visualizaron al valle de Teotihuacán como un lugar seguro, en el que podrían seguir desarrollando sus formas de vida. Este y otros factores dieron lugar a que, dos o tres siglos antes de nuestra era, se marcara un aumento poblacional en esta región,¹⁴ mientras que en otras se aprecian descensos demográficos y abandono de sitios.

¹² Ramírez, 2012, p. 25

¹³ Plunket y Uruñuela, 2012.

¹⁴ Carballo, 2017.

Indudablemente, esta fue una época de experimentación y consolidación de modelos urbanos; en el valle Puebla-Tlaxcala los sitios de Tlalancaleca y Xochitécatl, en el sur de Morelos Chalcatzingo y en la cuenca de México Tlapacoya, Tlatilco y Cuicuilco muestran una arquitectura especializada dedicada al culto religioso (plataformas y basamentos), que nos permite pensar en la presencia de una comunidad más dividida socialmente, capaz de sostener proyectos constructivos elaborados y duraderos, lo que seguramente aportó prestigio a varias de estas poblaciones.

Con estos antecedentes, el paisaje social del valle de Teotihuacán favoreció la integración de una comunidad culturalmente diversa, en la que se establecieron nuevas formas de convivencia y un proyecto urbano que consideraba la necesidad de crear una identidad propia, con los recursos que le proporcionaba el medio ambiente, pero también con los que llegaban desde las diferentes rutas de intercambio de objetos y mercancías que ya existían desde siglos atrás, contando además con el control de los yacimientos de obsidiana, lo que propició un posicionamiento en las relaciones políticas y económicas.



Huehuetéotl, Dios viejo del fuego, representado en un gran brasero hecho de piedra volcánica
(Fotografía de Aldo Díaz Avelar).

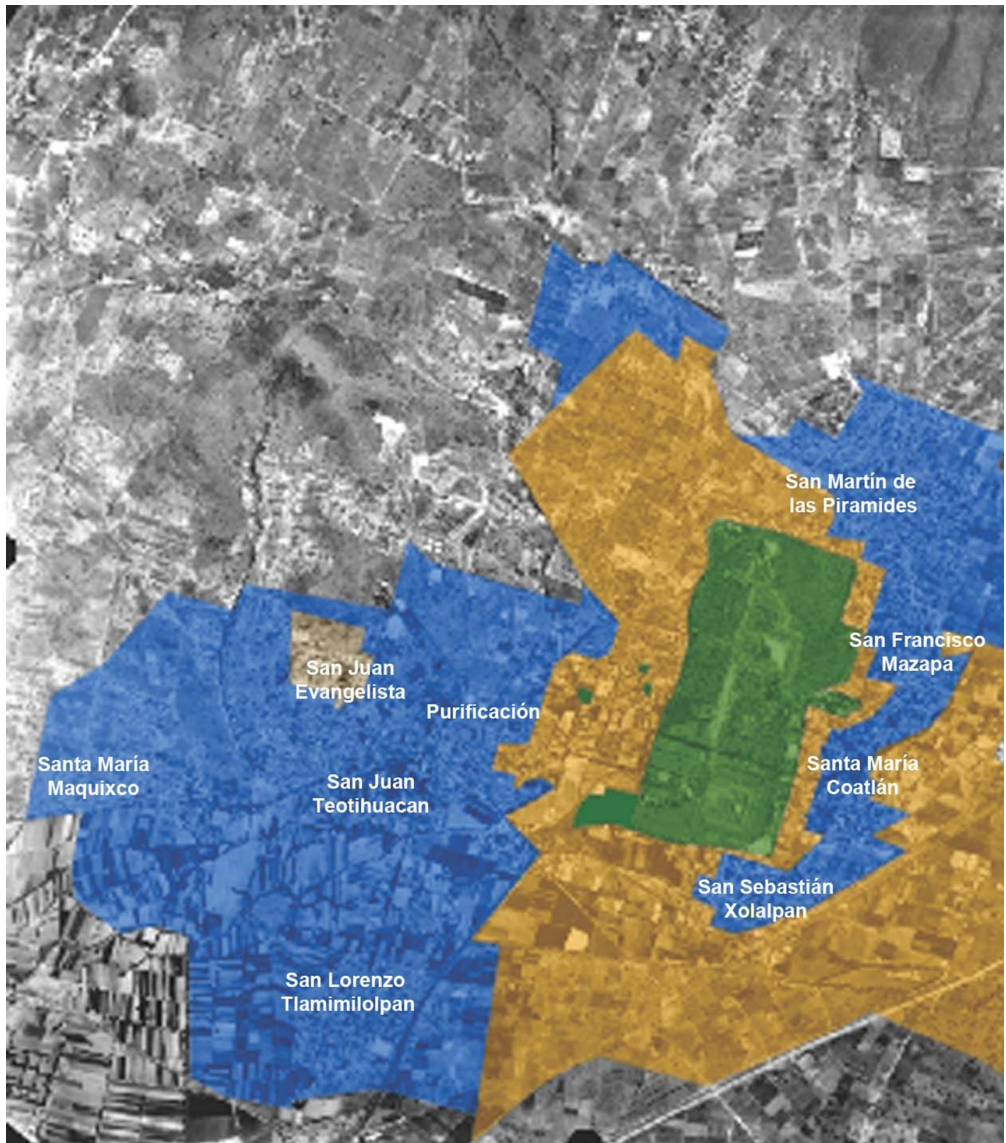
LA CONSTRUCCIÓN DE LA CIUDAD

Lo que hoy conocemos como la Zona Arqueológica de Teotihuacán, comprende aproximadamente el 10 % de la superficie total que tuvo la ciudad prehispánica en su momento de mayor esplendor, hacia el año 450 de nuestra era.¹⁵ La parte central de la gran urbe se encuentra a la vista del público y contiene los edificios monumentales, así como la sección norte de la Calzada de los Muertos. Representa el trabajo que, por más de cien años, han realizado arqueólogos, restauradores e investigadores de diversas disciplinas, para conocer a la sociedad que la construyó y habitó entre el año 100 a.C. y el 550 d.C.



Vista de las pirámides del Sol y la Luna, así como del cerro Gordo, desde La Ciudadela
(fotografía de Aldo Díaz Avelar).

¹⁵ Esto significa entonces que 90 % restante se localiza debajo de las ocho comunidades modernas que rodean la zona resguardada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), y que pertenecen a los municipios de Teotihuacán y San Martín de las Pirámides, con sus respectivas cabeceras municipales. Al tratarse de una zona de rápido crecimiento urbano, los vestigios que se encuentran en el subsuelo sufren destrucción, ocasionando una enorme pérdida de información arqueológica, que nos permitiría comprender mejor a esta antigua sociedad.



Fotografía aérea en la que se ha sobrepuesto el polígono de protección de la Zona de Monumentos Arqueológicos de Teotihuacán, señalando las áreas de protección A, B y C, así como la ubicación de las comunidades modernas que se asientan en la superficie de la antigua ciudad. En color verde se señala el área protegida por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, en donde se encuentra el área abierta al público (Imagen de Aldo Díaz Avelar y Verónica Ortega Cabrera).

Regresemos en el tiempo, unos cien años antes de nuestra era, e intentemos repasar sus orígenes, imaginando aquellas reuniones en que gobernantes, sacerdotes, arquitectos y constructores debatieron ideas, planes y propuestas para establecer la ubicación precisa de los edificios, la preparación del terreno, las dimensiones que tendría cada elemento y su apariencia final. La presencia de los astros en el firmamento también influyó en el diseño; hubo que registrar los movimientos del sol, la luna y diversos cuerpos celestes de importancia en las creencias religiosas, para dar un sentido de precisión y sacralidad a la ciudad misma.¹⁶



Alineación del sol con la Pirámide del mismo nombre en el amanecer 21 de febrero de 2021, marcando el inicio del ciclo agrícola (Fotografía de Antares Andrea Díaz Ortega).

Además, habría que establecer una relación estrecha entre los edificios y el paisaje natural, particularmente las elevaciones más prominentes que delimitan el valle, como son los cerros Gordo, Patlachique y Colorado, cuyos perfiles fueron integrados visualmente, de forma casi perfecta, a las construcciones monumentales, a manera de puntos de referencia, pero sobre todo como un diálogo continuo entre la obra natural y la obra humana.

¹⁶ Ortega, Vergara y Del Castillo, 2021.

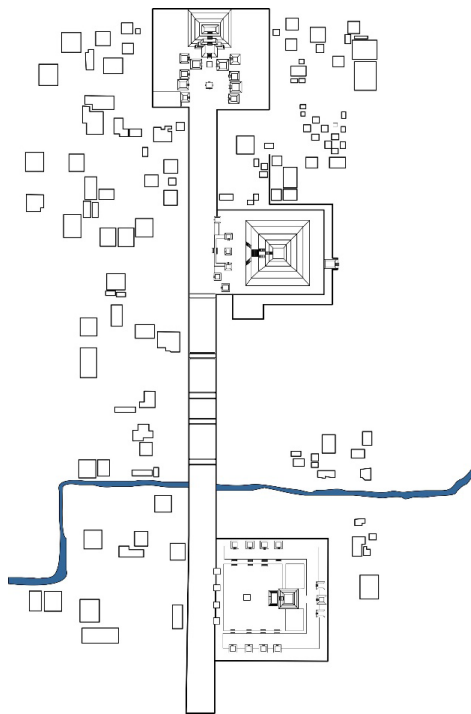


Perfil de la Pirámide del Sol que sigue la silueta del cerro Patlachique, ubicado al sur (Fotografía de Antares Andrea Díaz Ortega, 2018).



La Pirámide de la Luna en el extremo norte de la Calzada de los Muertos y su relación con el Cerro Gordo, al fondo (Fotografía Antares Andrea Díaz Ortega).

En el caso del río San Juan, cuyo cauce natural pasaba en el área que hoy ocupa La Ciudadela, se excavó un canal para desviarlo y hacer correr sus aguas de manera perpendicular a la Calzada de los Muertos (eje norte-sur de la ciudad), de tal forma que se le integraba en el orden urbano y cósmico del asentamiento. Esta fue una obra de gran magnitud, comparable con la construcción de las pirámides del Sol y la Luna, pues comprende una longitud de tres kilómetros lineales por 10 a 20 m de ancho y entre 2 y 5 m de profundidad en promedio, lo que corresponde a 180 000 m³ de excavación en el tepetate o suelo natural del valle. El río adquirió un cauce lineal, con curvas de 90 grados, para lo cual fue necesario demoler algunas construcciones ya existentes, adaptando así este elemento natural para separar una sección de la ciudad hacia el norte y otra hacia el sur, las que seguramente se comunicaban a través de puentes.¹⁷



Mapa del centro monumental de la ciudad, se muestra la Calzada de los Muertos y en color azul el trayecto modificado del río San Juan que divide a la ciudad. La calzada y el río son los ejes que al cruzarse configuran un plano cuatripartita (dibujo de Antares Andrea Díaz Ortega, basado en Millon *et al.*, 1973).

¹⁷ Lorenzo, 1968.

MATERIALES PARA LA CONSTRUCCIÓN

Los teotihuacanos supieron sacarle provecho a las experiencias y conocimientos que se habían desarrollado a lo largo de los siglos, pues para construir su ciudad contaban con todos los elementos necesarios:

1. **Piedra volcánica en abundancia:** basaltos, tezontles y andesitas fueron los principales tipos de piedra con que edificaron todo tipo de construcciones.
2. **Tierras de diferentes calidades:** ya fuera arcillas muy maleables para pegar las piedras entre sí, o duros tepetates que proporcionaban un desplante firme para las construcciones y con los que se podían rellenar espacios.
3. **Madera:** los bosques cercanos eran una rica fuente para la obtención de madera de pino, encino y otras especies arbóreas, con las que se fabricaron techos, columnas y andamios, entre otros elementos.
4. **Cal:** obtenida principalmente de la región de Tula (Hidalgo) y el sureste de Cuernavaca (Morelos).¹⁸
5. **Agua:** necesaria para apagar la cal y elaborar mezclas utilizadas en el pegado de piedra, así como en la elaboración de aplanados de muros y pisos.
6. **Pigmentos:** colorantes minerales y vegetales utilizados en la decoración y acabados finales de los espacios construidos.

¹⁸ Barba y Córdova, 1999.



Banco de extracción de materiales rocosos en el área de Purificación, Teotihuacán (Fotografía de Verónica Ortega Cabrera).



Proceso de elaboración de herramientas hechas de piedra volcánica, desde la materia prima hasta el objeto final (Fotografía Aldo Díaz Avelar).



La lluvia cayendo sobre los monumentos de la ciudad prehispánica, proporcionando el agua necesaria para las actividades. (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).



Escultura labrada en piedra volcánica (basalto) posiblemente utilizada como adorno portátil para los altares domésticos (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).

HERRAMIENTAS

Durante las exploraciones arqueológicas en diversos conjuntos habitacionales de la urbe, se han localizado herramientas utilizadas por los constructores de la ciudad, entre las que destacan las plomadas para medir la verticalidad de los muros, aplanadores y alisadores para pulir los acabados de pisos, muros y techos, hachas de obsidiana útiles para cortar madera y otros materiales, así como metates en los que se molían pigmentos, que serían mezclados con cal y agua para decorar las construcciones.



Izquierda: Plomada en proceso de elaboración.

Derecha: Plomada terminada, elaborada con tezontle (Fotografías de Aldo Díaz Avelar).



Alisadores hechos de piedra, con diferentes texturas, utilizados para aplicar y aplanar diversos tipos de mezclas en pisos y muros (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).



Aplanadores o alisadores hechos de piedra tezontle. Con ellos se aplicaba y alisaban las mezclas con las que se recubrían los muros de piedra, pisos y acabados de los edificios (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).



Metate y mano, estos objetos fueron utilizados para moler pigmentos y otros materiales necesarios para realizar las mezclas que se utilizarían en las construcciones (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).

DISEÑO URBANO

La larga tradición urbana en esta parte de Mesoamérica, le dio una importancia primordial al diseño basado en los arreglos geográficos y astronómicos, que en cierta forma facilitaban el cálculo del tiempo. La importancia de la relación entre el calendario y el espacio, simbólica y práctica, debió ser concebida como la esencia misma de la ciudad.

La idea básica del espacio mesoamericano es la existencia de un cuadrado dividido en cuatro partes o regiones (plano horizontal), mientras que en la vertical, el espacio se divide en tres niveles: inframundo, tierra (asignada a los seres humanos) y cielo. El centro del cuadrado es el punto en que convergen todas las fuerzas, tanto las horizontales como las verticales, de tal forma que se trata del ombligo del mundo,¹⁹ por donde pasan los flujos que vinculan al cosmos. La tierra, el hogar de los pueblos, estaba regida por esta idea y los equilibrios entre niveles y regiones eran fundamentales para la existencia.²⁰

Esta cosmovisión se complementa con la idea de que el tiempo fluye a través de dos ciclos íntimamente relacionados: uno determinado por el tránsito solar y el otro por distintos astros, este último era considerado el tiempo ritual.

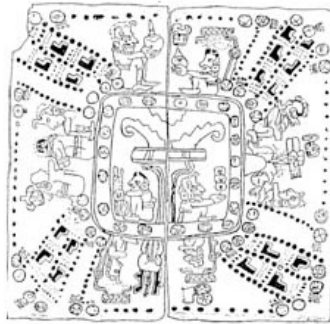
El registro de ambos ciclos se realizaba agrupando los días en diferentes tipos de atados: 20 días para el calendario solar y 13 para el ritual; el inicio de cada uno de los atados estaba asociado con un signo astrológico, que a su vez correspondía a una de las cuatro regiones. De esta manera, el flujo del tiempo se vinculaba con las regiones del espacio y el destino de los humanos se determinaba por el signo con el que iniciaba cada atado, por lo que la primera treceña del ciclo ritual pertenece al oriente, luego al sur, al poniente y finalmente al norte. El tiempo gira en el espacio y el ritual humano lo acompaña, utilizando diversos instrumentos para registrar el constante movimiento de los ciclos naturales.²¹

¹⁹ Fueron cuatro los postes que sostuvieron el cielo sobre la tierra una vez separado el cuerpo de Cipactli (el cocodrilo), cuatro los caminos de los dioses a través de los cuales lograrían su unión y con ello el nacimiento del tiempo y del sexo en el mundo del hombre. Son cuatro los rumbos del mundo y cinco los árboles cósmicos debido a que uno de ellos se encuentra en el centro (López Austin, 1994, pp. 23-24 y 100-101).

²⁰ Florescano, 2006.

²¹ Caso, 1967.

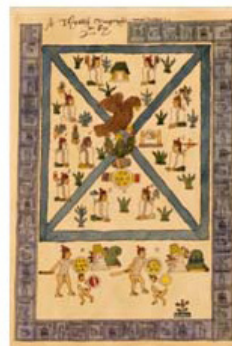
La relación del tiempo con las regiones del espacio se materializó en los elementos arquitectónicos e incluso urbanos, con los que no sólo se les representaba, sino que también eran utilizados como instrumentos de observación astronómica y registro cronométrico. Tal es el caso de innumerables plazas rectangulares y altares al centro, flanqueadas por basamentos piramidales que soportaban templos; plataformas de diversas alturas y tamaños con o sin aposentos, a lo largo y ancho de Mesoamérica, durante sus diversos periodos históricos. En algunos casos, el esquema cuatripartita incorporó elementos más complejos, como templos de gran tamaño, canchas de juego de pelota, acrópolis, e incluso elementos del paisaje como cerros y montañas.



Página del Códice Tro-Cortesiano

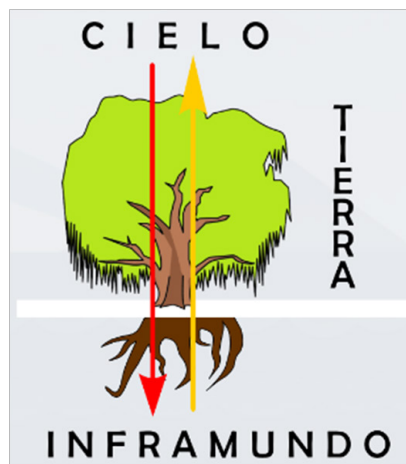
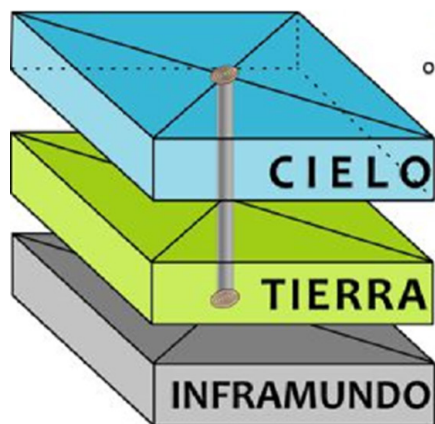


Página del Códice Fajery-Mayer



Página del Códice Mendocino

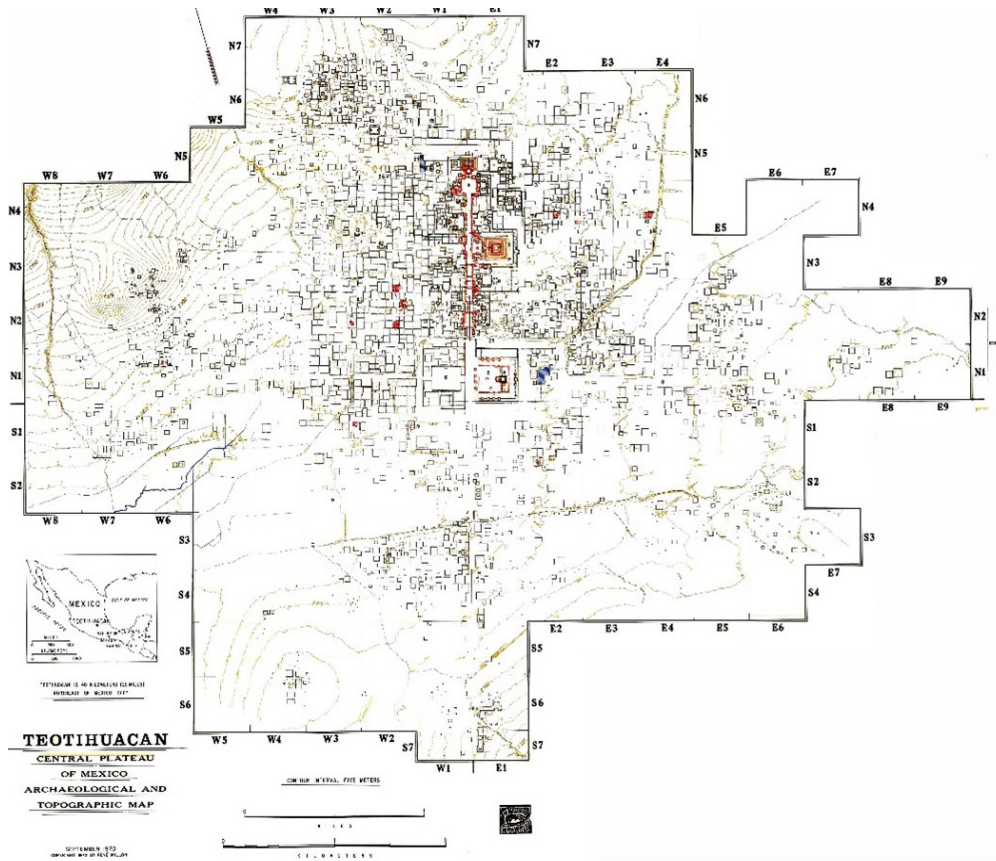
Documentos de tradición mesoamericana, procedentes de las regiones sur y centro de México, en los que se plasma la división cuatripartita del espacio y su estrecha relación con el tiempo (Imagen elaborada por Verónica Ortega Cabrera).



Izquierda: esquema del cosmos.
Derecha: el árbol como poste por el cual fluyen energías (imágenes elaboradas por Antares Andrea Díaz Ortega).

Bajo esta perspectiva y con los datos aportados por el plano arqueológico de la ciudad de Teotihuacán, se puede observar, para las fases más tardías, un patrón muy regular definido por dos ejes principales: la Calzada de los Muertos, que corre de norte a sur y divide a la ciudad en dos segmentos al oriente y al poniente; y el cauce modificado del río San Juan que, al cruzar de manera perpendicular a la Calzada de los Muertos, genera dos divisiones, una hacia el norte y otra hacia el sur, con lo que se evoca a la superficie terrestre y sus cuatro rumbos.²² Estos dos ejes ordenaron y orientaron calles y avenidas en toda la ciudad, a manera de cuadrícula en la que se fueron construyendo conjuntos habitacionales separados unos de otros por las rectas calles, debajo de las cuales corría una red de drenaje que hacía muy eficiente la descarga de las aguas pluviales y mantenía limpios y secos los pasos por donde transitaban las personas.

²² López Austin y López Luján, 1996.



Mapa arqueológico y topográfico de la antigua ciudad de Teotihuacán, elaborado por investigadores norteamericanos en la década de los años sesenta del siglo XX. Se observa en líneas rojas el área explorada arqueológicamente (Millon *et al.*, 1973).

LA DISTRIBUCIÓN DE LA CIUDAD

Es un hecho que la ciudad evolucionó a lo largo del tiempo, pues de ser un pequeño asentamiento en sus fases iniciales, creció conforme lo hacía la población, debido al prestigio ganado y la importancia que le daban las comunidades periféricas.

Se ha calculado que hacia los años 200 a 350 d.C., la ciudad tenía una extensión de 22 km² y su población había aumentado a 65 mil habitantes, con una tasa de crecimiento constante, en parte debido a procesos de migración hacia ella, provocados por las relaciones entre Teotihuacán con las regiones de Oaxaca, la costa del Golfo de México y el área maya, al grado de integrar vecindarios foráneos en su interior. Teotihuacán concentraba entre el 50 y el 60 % de la población de la Cuenca de México, mientras que el resto se distribuía entre 10 centros provinciales, 17 aldeas grandes, 77 aldeas pequeñas y 149 villorios.²³

En esta época, la mayoría de las personas vivían en complejos departamentales, contruidos con paredes de piedra, recubiertas de concreto y en muchos casos, decoradas con hermosos murales.²⁴ Esto fue posible gracias a la enorme actividad constructiva, en la que participaron miles de personas para darle forma a la ciudad pues, además de que en ese momento ya se habían finalizado las obras monumentales iniciadas 300 años antes, se contaba con un plano general de las áreas que tendrían que ser ocupadas por las viviendas de la población, priorizando así el acomodo de las familias que se iban sumando constantemente. A partir de estos años ya nunca más se volvieron a emprender proyectos monumentales a gran escala.²⁵

Un dato importante es que La Ciudadela se convirtió en el centro administrativo de la ciudad, por lo que el poder religioso pudo estar fuertemente integrado con el civil, de tal manera que no hubiese distinción entre uno y otro.²⁶

²³ Sanders, Parsons y Santley, 1979.

²⁴ Cowgill, G., 1992, pp. 214.

²⁵ Rattray 1998, pp. 262-263.

²⁶ Millon, R., 1966, p. 74.

Por primera vez, la urbe llegó a una situación de apiñamiento, creciendo a base de la cuadrícula trazada por los arquitectos teotihuacanos, que respondía a requisitos precisos de construcción, con calles y ejes paralelos y perpendiculares, así como callejones angostos, en ocasiones laberínticos. El abastecimiento de agua y la red de drenaje proporcionaban las comodidades de la convivencia urbana, consolidándose así una singular forma de vida doméstica, en conjuntos habitacionales multifamiliares.²⁷



Vista del conjunto habitacional de Yayahuala desde un globo aerostático (Fotografía de Verónica Ortega Cabrera).

²⁷ Millon, R. *op.cit.*, p. 73, Ortega Cabrera, V., 2006.

La vida en apartamentos –única posible entonces– perduró hasta el final de la ciudad (650 d.C.), cuando el 90 % de la población del valle habitaba en ella. En las épocas más antiguas, las viviendas se componían por habitaciones hechas de adobe y se distribuían hacia los patios abiertos en dos o tres de sus lados, pero hacia el periodo comprendido entre los años 300 a 450 d.C., se observa un auge en la construcción de viviendas multifamiliares, que coincide con la expansión de la producción artesanal en la ciudad y con el desarrollo cultural teotihuacano fuera de la Cuenca de México.²⁸

La forma básica de una vivienda teotihuacana consistía en un patio central rodeado de habitaciones con pórtico, a través de los cuales se ventilaban e iluminaban los interiores. Algunas habitaciones eran utilizadas como dormitorios, otras como almacenes o espacios para actividades diversas, y las que contaban con fogones seguramente funcionaron como cocinas.

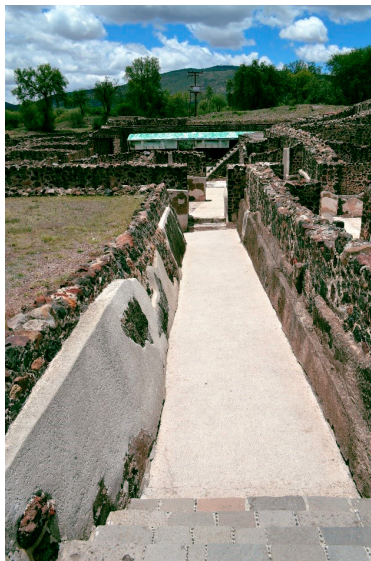
Toda vivienda tenía drenaje para las aguas pluviales, cuyos ductos corrían debajo de los pisos, lo que indica que antes de las construcciones, primero se diseñaba el sistema de desalojo de aguas, de la misma forma que en los techos se colocaban ductos para evitar la acumulación de agua de lluvia en ellos. En algunos casos, los drenes conducían hacia grandes cisternas, en las que posiblemente se almacenaba agua para la temporada de estío.

Las viviendas se interconectaban unas con otras a través de pasillos, patios y plazas de uso común, de tal manera que formaban amplios conjuntos de hasta diez o más de ellas (cada una habitada por una familia), mismas que se agrupaban a partir de grandes muros que las rodeaban, integrando “manzanas” o “cuadras”. Generalmente, estos conjuntos solo tenían una puerta de entrada, lo que los hacía muy seguros; en su interior la interacción entre las familias era constante pero aun así mantenían su individualidad e independencia. En algunos patios se ha encontrado evidencia de crianza de animales domésticos, tales como conejos y aves de corral, posiblemente para el consumo doméstico y el abastecimiento de alimentos.

²⁸ Millon, 1981, p. 209.



Conjunto habitacional localizado en el extremo sur del Patio de los Jaguares. Del lado izquierdo se aprecia la calle que conecta a la entrada del conjunto (fotografía de Aldo Díaz Avelar).



Vista de una calle teotihuacana que da acceso al conjunto Patio de los Jaguares (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).

Además de viviendas, estos conjuntos incluían plazas con altares y templos dedicados al culto, en donde se reunían las familias para llevar a cabo ceremonias y rituales que les permitían reforzar sus lazos de identidad.²⁹ De esta forma, no cabe duda que en los conjuntos departamentales se cubrían todas las necesidades de la vida cotidiana, tales como: vivienda, alimentación, trabajo y culto.

Se ha propuesto que existían tres tipos de conjuntos que podían albergar a 100, 50 y 20 personas, respectivamente, y que los habitantes conformaban grupos que compartían oficio, parentesco y territorio doméstico,³⁰ siendo éstos la base de la sociedad teotihuacana. Gracias a las excavaciones que se han llevado a cabo en diferentes partes de la ciudad, los visitantes pueden apreciar varios ejemplos de ellos, como el Grupo Viking,³¹ el Conjunto Plaza Oeste,³² el Conjunto NW del río San Juan³³ y los que rodean el Templo de la Serpiente Emplumada en La Ciudadela,³⁴ Atetelco,³⁵ Tepantitla,³⁶ Tetitla,³⁷ Yayahuala y Zacuala,³⁸ mientras que de los espacios más lujosos se puede apreciar en toda su magnitud el espléndido conjunto de Quetzalpapálotl y el Patio de los Jaguares, en la esquina suroeste de la Plaza de la Luna.

²⁹ Ortíz, 1993.

³⁰ Millon, 1967.

³¹ Armillas, 1950.

³² Morelos, 1993.

³³ Sánchez, 1982.

³⁴ Jarquín, 2002.

³⁵ Cabrera, 2011.

³⁶ Caso, 1942.

³⁷ Sejourné, 2004.

³⁸ Sejourné, 1966.



Vista frontal del Patio de los Pilares en el conjunto arquitectónico Quetzalpapálotl (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).



Pórtico de acceso al Conjunto arquitectónico Quetzalpapálotl, se puede apreciar la decoración de los muros (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).

ARQUITECTURA, ESTILO Y DECORACIÓN

Para diferenciarse de cualquier otra ciudad de su tiempo, Teotihuacán utilizó diversas estrategias de diseño: sus edificios siguieron un patrón similar para mostrar una apariencia uniforme; se privilegió el uso de la cal para los acabados arquitectónicos; se definió un estilo escultórico muy propio, así como una técnica pictórica para decorar interiores y exteriores de habitaciones y basamentos, manteniendo un orden preestablecido por las calles y avenidas principales, lo que hacía relativamente fácil ubicarse en esa enorme urbe de más de 20 km² en su momento de mayor esplendor (aproximadamente hacia el año 450 d.C.).

Lo que aquí describiremos se refiere a los edificios explorados hasta el momento, de los cuales la mayoría se encuentran a la vista del público y forman parte del área abierta de la zona arqueológica, correspondientes a las fases de apogeo y final de la ciudad.

Es posible que en las etapas más tempranas, las construcciones hayan tenido elementos adicionales, sin embargo queda claro que desde aquellos tiempos primigenios, Teotihuacán adquirió una imagen que tuvo variaciones ligeras con los años, particularmente en el ajuste de algunas orientaciones de edificios, en el tamaño de los espacios y en el uso de ciertas materias primas, pero en general mantuvo un patrón muy propio por más de seis siglos.

El uso de la cal para hacer las mezclas con las que se pegaban las piedras y se aplanaban tanto muros como pisos, fue fundamental para lograr una mayor resistencia en las construcciones, permitiendo libertad en los diseños y decoraciones,³⁹ pues fue posible combinar perfiles inclinados y verticales, conformando volúmenes más dinámicos y atractivos.

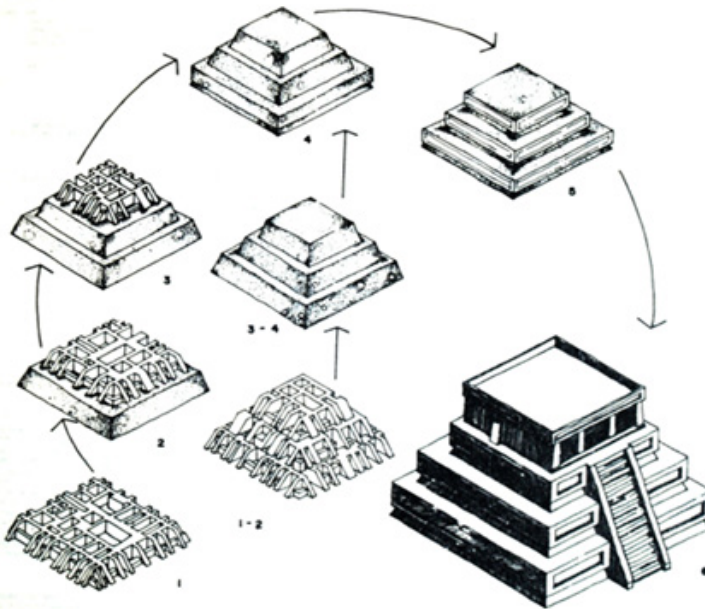
El modelo básico de un edificio teotihuacano fue el basamento escalonado, símbolo de la montaña sagrada para esta y muchas sociedades mesoamericanas, un espacio mítico en el que se almacenaban las semillas, el alimento y de donde provenían las aguas terrestres y celestiales.⁴⁰

³⁹ Gendrop, 1984.

⁴⁰ Sánchez y Almanza, 2018.

También funcionaba como eje del mundo, el punto en el que convergían los niveles del universo (cielo, tierra e inframundo), por lo que su ubicación, tamaño y decoración generalmente están vinculados con el movimiento de los astros (principalmente el sol) y los rasgos del paisaje, tal como vemos en los edificios más prominentes de la ciudad: las pirámides del Sol, la Luna y el Templo de la Serpiente Emplumada.

Para alcanzar las dimensiones monumentales de los basamentos mencionados, o incluso para contar con un volumen apropiado para los usos que se le daría a cada construcción, los teotihuacanos utilizaron un sistema al que se le ha llamado de “cajones constructivos”, que consiste en la delimitación con muros de la superficie a construir (ya sea de forma cuadrada o rectangular), en cuyo interior se construían muros de adobe a manera de conformar una cuadrícula, posteriormente cada cuadro era rellenado con piedras, tierra y escombros de otras construcciones, con lo que se lograba un primer nivel. Sobre éste se repetía el mismo método hasta llegar a la altura deseada, lo que hacía más eficiente el trabajo, así como el gasto de energía y de materias primas.⁴¹



Proceso constructivo de los basamentos teotihuacanos según Noel Morelos (1993, plano D7).

⁴¹ Morelos, 1993, p. 78.

Los basamentos generalmente tenían una escalinata al centro de su fachada principal, que daba acceso a un templo o a las habitaciones de personajes importantes; además se encontraban completamente recubiertas por una argamasa hecha a base de piedra molida, arcilla y cal, a la que se le aplicaba un acabado muy fino de cal que conocemos como *estuco*,⁴² el cual funcionaba como base para la decoración final, hecha a base de pintura, por lo que debemos imaginar lo coloridas e imponentes que eran estas edificaciones.



Altar central del conjunto habitacional de Atetelco, se trata de un basamento en miniatura (maqueta) que muestra todos los atributos de la arquitectura teotihuacana (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).

Un rasgo distintivo de la arquitectura teotihuacana, que la separa de otras ciudades, y podemos encontrarlo desde el Templo de la Serpiente Emplumada hasta los pequeños altares de plazas y conjuntos habitacionales, es el talud-tablero, una combinación de muro inclinado del que sobresale con muro vertical enmarcado por una moldura.

⁴² Estuco ha sido el término empleado en la arqueología mesoamericana para los materiales de cal utilizados en los acabados arquitectónicos, suele ser una capa muy fina que recubre muros y pisos, sobre la cual se aplicaban los pigmentos para colorear escenas dibujadas en la decoración (Villaseñor y Aimers, 2008).

Este elemento se había desarrollado con anterioridad en el valle Puebla-Tlaxcala, en sitios como Tlalancaleca y Tetla, pero fue en Teotihuacán donde tomó tal fuerza y continuidad que pasó a ser propio de la cultura, imprimiéndose también en la pintura, la escultura y la cerámica.



Talud y tablero decorado del basamento llamado Círculos rojos, que se localiza debajo del conjunto arquitectónico Quetzalpapálotl (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).

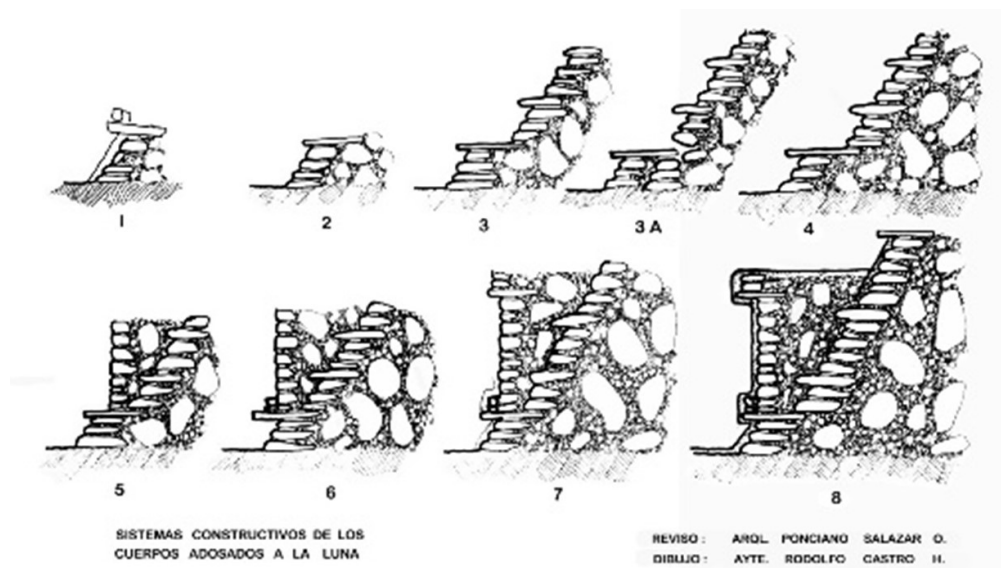


Basamento de la Plaza de la Luna en el que se puede apreciar con claridad el sistema talud-tablero, así como la escalinata con alfardas y dados (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).



Vaso de barro con tres soportes, los cuales tienen la silueta del talud-tablero (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).

Diversos investigadores han realizado minuciosos estudios sobre el sistema constructivo del talud-tablero, pues su repetición constante en los edificios rebasó las fronteras de la ciudad y fue copiado incluso en ciudades muy lejanas, como Kaminaljuyú y Tikal (Guatemala) o Tingambato (Michoacán), por lo que es considerado como una proyección universal de la cultura teotihuacana en el ámbito mesoamericano.⁴³ Su diseño permite un efecto visual de levitación, pues los tableros verticales generan una sombra sobre los cortos taludes y parecen flotar uno sobre otro,⁴⁴ mostrando al espectador los diseños y esculturas con que fueron decorados, como en el caso del Templo de la Serpiente Emplumada, en donde los tableros son habitados por cabezas de serpientes y lagartos, que emergen desde la montaña sagrada.



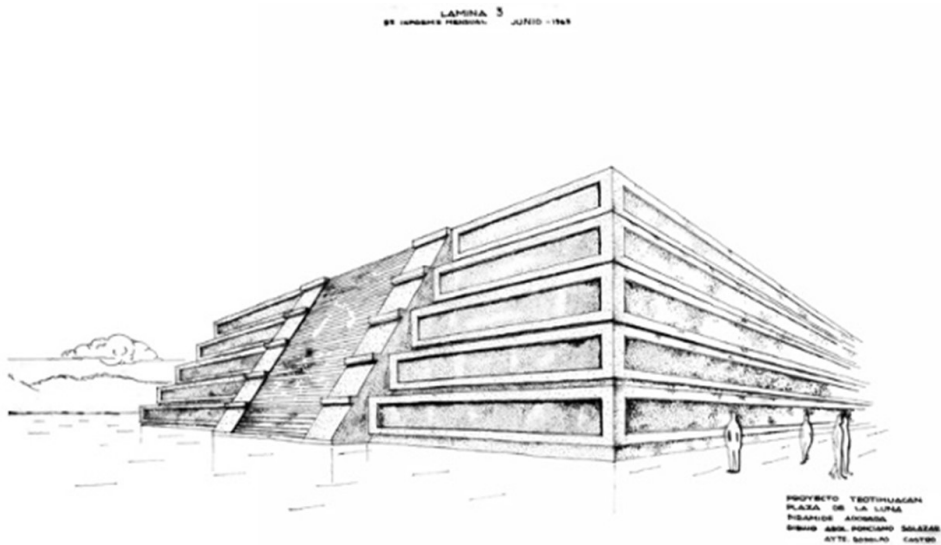
Análisis del sistema constructivo del talud-tablero teotihuacano, elaborado por el arqueólogo Ponciano Salazar en la década de los años sesenta del siglo XX (Ponciano Salazar, 1964).

⁴³ Gendrop, 1984, p. 14.

⁴⁴ Kubler, 1984, p. 78.

Adicionalmente, las escalinatas de los basamentos teotihuacanos contaban con alfardas o franjas que las delimitaban; en algunos casos, como en los edificios que flanquean la Plaza de la Luna, estas alfardas tenían unos cuadretes o “dados” en cada nivel del basamento, que le daba un aspecto más dinámico al edificio. Por su parte, diversas alfardas fueron decoradas en sus extremos con figuras de serpientes, felinos u otros motivos, ya fuera a través de esculturas o pinturas.

Para que algunos templos y edificios sobresalieran del resto, en el perímetro de sus techos se colocaban esculturas de piedra o barro, con figuras de animales, dioses y símbolos, que son conocidas como almenas. Con ellas se complementaba la construcción, imponiendo una imagen que sería distintiva de la ciudad.



Dibujo reconstructivo de un edificio teotihuacano, que muestra la apariencia del talud-tablero como característica arquitectónica (elaborado por Ponciano Salazar, 1964).

PINTURA MURAL

La sociedad teotihuacana tenía especialistas en todas las ramas: arquitectos, ingenieros, paisajistas y pintores, que proyectaban edificios en los que no sólo se llevarían a cabo las actividades diarias, sino que además transmitirían mensajes acerca de los principales símbolos religiosos y de la forma en que se veía al mundo, las personas y la naturaleza. Por lo tanto, los edificios eran diseñados no sólo en su estructura y materiales constructivos, sino también en la imagen final que tendrían.

Un hecho indiscutible es que los teotihuacanos le dieron importancia especial al color y los diseños con los que serían vistos y recordados sus edificios, pues la pintura mural no fue sólo la solución tecnológica para revestirlos, sino que también se utilizó para crear ambientes especiales y significativos, relacionados con las personas que habitaban cada espacio, sus actividades y probablemente hasta su prestigio.

Debió ser impresionante caminar por las calles de Teotihuacán y descubrir un edificio pintado de brillantes colores, en cuyos tableros interactuaban seres fantásticos con personajes, animales o plantas, que nos transmitían los ecos de una historia, un mito o una leyenda.

Tal vez muchos de estos murales fueron dispuestos para comunicar mensajes a gente de diversos idiomas, que al no hablar la lengua oficial de la ciudad, podía informarse a través de las figuras y comprender la importancia del lugar, a través del color que enmarcaba cada habitación, basamento o templo.

Las paredes desnudas que apreciamos cuando recorremos la zona arqueológica de Teotihuacán en el siglo XXI no son más que la obra negra de una ciudad llena de color e imágenes, que complementaban, de manera equilibrada, cada espacio y lo hacían resplandecer, en un lenguaje que sigue siendo indescifrable para arqueólogos y otros especialistas, pues son la manifestación de una cultura de la que desconocemos el idioma y sus preocupaciones más íntimas; sin embargo, también nos acercan al pensamiento mágico de sus creadores, así como a la forma en que representaban a sus semejantes y a los seres vivos que formaban parte de su ambiente.

Existen evidencias de que algunas de las construcciones más antiguas de la ciudad fueron decoradas con pintura, la cual fue aplicada directamente sobre muros de adobe y piedra, con aplanados hechos a base de mezclas de barro con cal.⁴⁵

La pintura mural alcanzó su esplendor más amplio hacia el año 450 d.C., con una técnica muy desarrollada que muestra la experimentación con diversos tipos de pigmentos minerales y vegetales, así como la existencia de una escuela de pintores que definió un estilo muy propio, diferenciado de sus contemporáneos, como el estilo maya o zapoteco.



Personaje en actitud de procesión, con vestimenta y tocado que hacen alusión a una actividad religiosa.
Muro de una habitación del conjunto departamental de Tepantitla
(Fotografía de Aldo Díaz Avelar).

⁴⁵ Magaloni Kerpel, D., 1998, p. 226.



Aves de rapiña pintadas en el mural 2 del patio 25 en el conjunto habitacional de Tetitla. Predomina el color rojo sobre el blanco y se observa un diseño simétrico (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).



Mural localizado en el pórtico 2 del Patio Blanco, en el conjunto habitacional de Atetelco. Es un ejemplo de las decoraciones en muros completos que engalanaban las viviendas (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).

DESCUBRIMIENTOS DE MURALES TEOTIHUACANOS

Entre los primeros registros de pinturas murales se encuentra el realizado por don Leopoldo Batres entre 1884 y 1886, en un montículo al que bautizaría con el nombre de Templo de la Agricultura, debido a los símbolos de semillas, plantas y elementos acuáticos que conformaron algunas de sus pinturas. En una época en que los hallazgos de murales prehispánicos eran escasos y no se sabía cómo conservarlos, se les aplicaron sustancias experimentales y fueron cubiertos con vidrios, como en el caso del mural de *Flores y semillas* del Templo de la Agricultura a los que sumó más tarde, la adaptación de una cortina metálica que impediría su extracción.⁴⁶

Al mismo tiempo que descubría el Templo de la Agricultura, Batres también excavaba el predio de Teopanczco, en el pueblo de San Sebastián Xolalpan, donde liberó una habitación prehispánica cuyo muro poniente se encontraba pintado con el diseño de dos personajes ricamente vestidos, cada uno al lado de un pequeño altar. Este mural fue dibujado en acuarela en 1894 por Adela Bretón y más tarde sería registrado con fotografías por Antonio Peñafiel.⁴⁷

En 1922, Manuel Gamio publicó en su obra *La población del valle de Teotihuacán*, todos los registros de pintura mural excavados y conocidos hasta ese momento, detallando la técnica con que fueron elaborados, así como los colores y materiales utilizados,⁴⁸ posicionando a la pintura mural como una de las cualidades decorativas del estilo arquitectónico teotihuacano.

Entre 1924 y 1925, Francisco Rodríguez liberaría de su recubrimiento el templo pintado de los edificios superpuestos, que anteriormente había sido explorado por Desiré Charnay (1887) y Leopoldo Batres a finales del siglo XIX, dejando expuesto un basamento ricamente decorado, con elementos geométricos cuyo significado aún sigue siendo tema de estudio.⁴⁹

⁴⁶ Pruneda, 2017.

⁴⁷ Manzanilla, L., 2012.

⁴⁸ Gamio, M., 1922B.

⁴⁹ Schávelzon, D. 2017

Posteriormente, entre los años 1940 a 1960, la ciudad arqueológica sufrió un proceso de saqueo de murales, que eran extraídos clandestinamente para trasladarlos a colecciones privadas y museos en el extranjero, lo que propició las exploraciones arqueológicas en conjuntos como Tepantitla, Atetelco y Tetitla, cuyos murales son de los más representativos del arte y la mitología teotihuacanos.⁵⁰

Uno de los proyectos de investigación arqueológica que ha sido clave en el conocimiento de la colorida ciudad, fue el Proyecto Teotihuacán 1962-1964 dirigido por Ignacio Bernal y Jorge Acosta, cuyos hallazgos pictóricos fueron protegidos con la reconstrucción de sus espacios. Para inicios de la década de 1970 se habían reportado ya más de 200 pinturas murales pertenecientes a cerca de 40 edificios,⁵¹ con numerosas representaciones que dieron lugar al estudio de su temporalidad, técnicas de elaboración y los significados que encerraban.

A inicios de 1980 sobresalió el proyecto de investigación dirigido por el arqueólogo Rubén Cabrera, cuyos trabajos encontraron diversas pinturas murales,⁵² al igual que durante el Proyecto Especial Teotihuacán 1992-1994, con el que se exploró el sector de La Ventilla, registrando diseños en muros, tableros e incluso en pisos.⁵³ Uno de los trabajos más recientes en los que se han encontrado nuevos murales, es el Proyecto Integral de Conservación del Complejo Arquitectónico Quetzalpapálotl,⁵⁴ que entre 2013 y 2014 halló dos nuevas pinturas en las escalinatas de una antigua plaza enterrada debajo del Patio de los Jaguares, con dibujos de conchas y grandes gotas de color rojo, agrupadas en series de cinco, sobre un fondo color azul marino intenso, casi negro (o negro azulado). Otra pintura, localizada en el corredor de acceso a la entrada del conjunto de Los Jaguares, muestra figuras humanas vistas en perfil, en actitud de caminar sobre una ancha franja de color azul intenso.⁵⁵

⁵⁰ Caso, 1942.

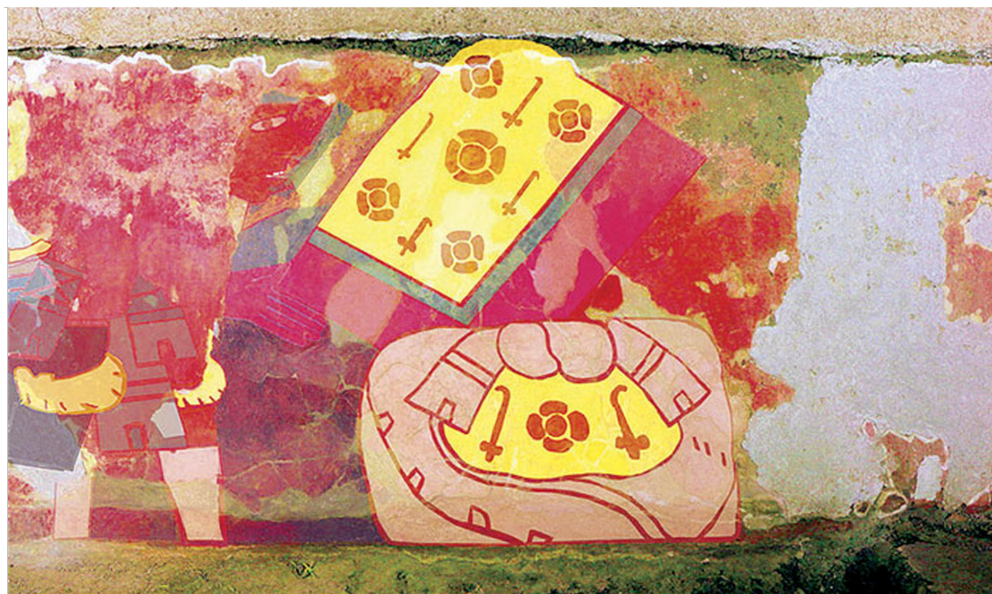
⁵¹ Millon, R., 1972.

⁵² Cabrera, R. *et al.* 1991; Morelos, 1993.

⁵³ Cabrera, R., 2003.

⁵⁴ El proyecto de conservación integral del complejo arquitectónico Quetzalpapálotl inició en el año 2009, con la restauración del palacio del Quetzalpapálotl en una primera etapa de trabajo, donde interdisciplinariamente se conjugaron la conservación, la exploración arqueológica y la arquitectura (Ortega Cabrera, 2019).

⁵⁵ Ortega Cabrera, 2020.



Trazado del mural recientemente descubierto en el pasillo de acceso al patio de los Jaguares y reconstrucción digital realizada por Jorge N. Archer Velasco (Ortega, 2020, p. 56).



Mural de "Los buzos", localizado en el pórtico 26 del conjunto habitacional de Tetitla. Se puede apreciar un personaje de perfil, en actitud de nadar y recolectar conchas marinas en una red (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).



Mural 3 del pórtico 2 del conjunto habitacional de Tepantitla, conocido como la representación del Tlalocan o paraíso de Tláloc, porque se aprecian múltiples personajes humanos en actitud de juego, en torno a lo que parece ser una montaña de la que brota agua (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).



Fragmento del mural 2 del pórtico 2 en el conjunto habitacional de Tepantitla. Se observa un personaje con las insignias del Dios de las tormentas (anteojeras y colmillos) que sostiene en cada mano una olla con los mismos elementos. Este mural da muestra de la diversidad de colores utilizados por los teotihuacanos para complementar sus diseños (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).



Fragmentos de murales en el conjunto habitacional de Tepantitla (Fotografías de Aldo Díaz Avelar).

TRES MONTAÑAS EN LA CIUDAD

Ya hemos mencionado que la unión entre el cielo, la tierra y el inframundo (lo subterráneo) requiere de un eje vertical que permita el contacto entre los tres niveles, un intermediario por el que puedan fluir las energías y elementos que van del inframundo hacia arriba y viceversa. En el paisaje natural esos ejes pueden ser las montañas y los árboles, mientras que, en el paisaje construido por el hombre, en las urbes, esta función la cumplían los basamentos piramidales, configurados como montañas sagradas, con sus cuatro lados para abarcar los rumbos cardinales, y los diversos niveles para semejar cada uno de los cielos por los que habrían de pasar las energías.⁵⁶

Existen innumerables ejemplos de arquitectura monumental en Mesoamérica desde que se diseñaron las primeras ciudades, como el edificio piramidal de La Venta (Tabasco) o el gran basamento de planta circular de Cuicuilco en la CDMX, hasta el Templo Mayor de Tenochtitlán, en el corazón mismo del territorio mexica. Teotihuacán no podía ser la excepción, particularmente cuando en ella se fraguaron identidades y tradiciones culturales de todas las regiones conocidas en su tiempo, razón por la cual la Calzada de los Muertos fue flanqueada por una gran cantidad de plataformas piramidales sobre las que se construyeron templos, residencias y espacios administrativos, sin embargo su mancha urbana creció bajo el amparo de tres imponentes moles, integradas al mismo número de plazas y complejos arquitectónicos, que le dieron fama en su época de esplendor y que continúan siendo el principal atractivo de las ruinas que hemos heredado.

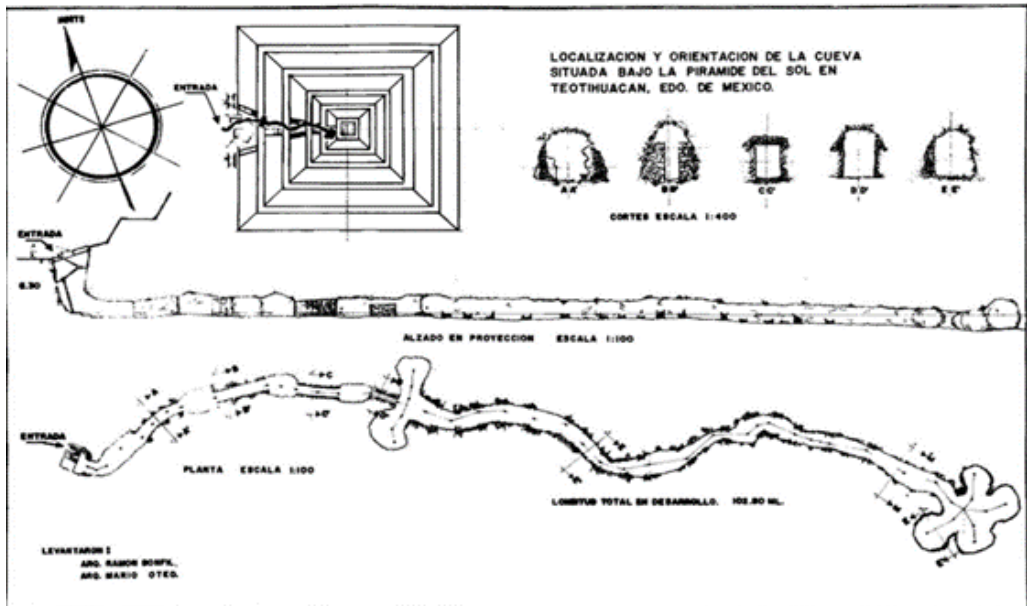
Conocida desde tiempos mexicas como *Tonatiuh itzacual* (Pirámide del Sol) y *Meztli Itzacual* (Pirámide de la Luna),⁵⁷ son las construcciones más prominentes de la ciudad, con 64 y 43 metros de altura, respectivamente, mientras que el Templo de la Serpiente Emplumada, localizada en la sección oriente de La Ciudadela, alcanzó una altura de 15 metros, complementado por un atractivo programa escultórico que lo hace uno de los edificios más bellos y complejos de toda Mesoamérica.

⁵⁶ Plunket y Uruñuela, 2012b.

⁵⁷ Del náhuatl *itzacualli* que se traduce como “su encierro”, “su cosa tapada”, “su cubierta”, por lo que es entendido como “el encierro del Sol” y “el encierro de la Luna” (López Luján y Sugiyama, 2015).

Cada una de las tres grandes montañas sagradas cuenta con su propia plaza y está rodeada de una muralla o una serie de edificios que las enmarcan, de tal manera que no son construcciones aisladas, sino que forman parte de sendos complejos arquitectónicos, compuestos por espacios abiertos, patios, habitaciones y plataformas en las que se realizaban actividades propias de los actos públicos religiosos y civiles.

Así, la Pirámide del Sol se halla rodeada por una gran plataforma cuadrangular, de 37 m de ancho por 6 m de alto, que alberga al propio monumento, así como a una amplia plaza con su altar central, una serie de habitaciones conocidas como el Palacio del Sol (en los que se localizaron múltiples pinturas murales) y un túnel subterráneo que inicia en la cara principal de la pirámide. En este lugar, justo frente al edificio, existe una oquedad por la que se desciende a siete metros de profundidad, para hallar un túnel que corre debajo de la pirámide, hacia el oriente por 103 m, finalizando en cuatro pequeñas cámaras cuya ubicación en planta casi coincide con el centro arquitectónico del monumento.⁵⁸



Plano del túnel localizado debajo de la Pirámide del Sol (tomado de Heyden, 1975, p. 132).

⁵⁸ Alfaro *et al.*, 2007.



Vista de la Pirámide del Sol desde el suroeste (fotografía de Aldo Díaz Avelar).



Plaza del Sol, vista desde la propia pirámide hacia el poniente (fotografía de Aldo Díaz Avelar)

Se ha considerado que tanto el túnel como las cuatro cámaras debieron funcionar como un espacio muy sagrado para las actividades religiosas, pues representan el inframundo, oscuro y húmedo que, a través de la pirámide, se conecta con el cielo.

Para ingresar a la plaza de la Pirámide del Sol existe una escalinata en el lado poniente de la muralla, que la conecta con la Calzada de los Muertos, por lo que este acceso debió ser controlado y reservado para personajes y ocasiones especiales.

La historia de las exploraciones de la Pirámide del Sol se encuentra ligada a la investigación arqueológica en México, pues fue el primer monumento descubierto a través de excavaciones planeadas y controladas en nuestro país, con el objetivo de ponerlo a la vista del público, en el marco de las actividades conmemorativas del primer centenario del movimiento independentista del país, durante el gobierno del general Porfirio Díaz Mori.

De esta forma, el arqueólogo Leopoldo Batres y Huerta dirigió los trabajos de liberación y reconstrucción de la Pirámide del Sol a partir del 20 de marzo de 1905, y para 1907 los terrenos en que se encuentra el edificio fueron expropiados para ser utilizados con fines científicos, pues anteriormente eran propiedad de campesinos que tenían sus sembradíos en ella y sus alrededores.⁵⁹ Al mismo tiempo, en junio de 1907, se iniciaría la construcción del primer museo de sitio, con 16 vitrinas, un plano y copias de dos pinturas murales descubiertas por Leopoldo Batres.⁶⁰ Gracias a estos trabajos, por primera vez en la historia de nuestro país, el gobierno mexicano promovió la apertura de zonas arqueológicas, para difundir el conocimiento de las culturas prehispánicas al público no especializado.

Después de 1910 y con el inicio del movimiento revolucionario, los trabajos en la Pirámide del Sol se vieron detenidos hasta el año de 1919, cuando Manuel Gamio dirigió las excavaciones de un túnel en el cuerpo inferior de la cara oriental del edificio, con el objetivo de conocer sus técnicas constructivas. Posteriormente, en 1933, José Pérez y Eduardo Noguera excavaron otro túnel también en el cuerpo inferior, pero esta vez en el lado contrario (poniente), dirigido hacia el centro, ahora buscando conocer su cronología a través de los materiales cerámicos recuperados.

⁵⁹ Avelar, 2022.

⁶⁰ Ramírez, 2006, p. 96.

Con el desarrollo de los grandes proyectos arqueológicos en Teotihuacán durante la década de los años sesenta, un nuevo túnel fue excavado, esta vez en el lado poniente del edificio, en el quinto cuerpo, bajo la dirección de Jorge Acosta y Robert Smith. Finalmente, en los años noventa, durante el proyecto dirigido por Eduardo Matos, se excavaron dos túneles más, de los cuales desafortunadamente no existen informes.⁶¹

Como podemos ver, las exploraciones se han llevado a cabo a través de la liberación y reconstrucción de la pirámide, así como la excavación de túneles, recuperando numerosas ofrendas, compuestas de esqueletos de infantes y de personas adultas, vasijas, conchas marinas, objetos de obsidiana, máscaras de piedra verde y restos óseos de animales como jaguares, águilas y serpientes,⁶² lo que nos permite establecer la importancia que tuvo el edificio para el culto y las actividades religiosas de los teotihuacanos.

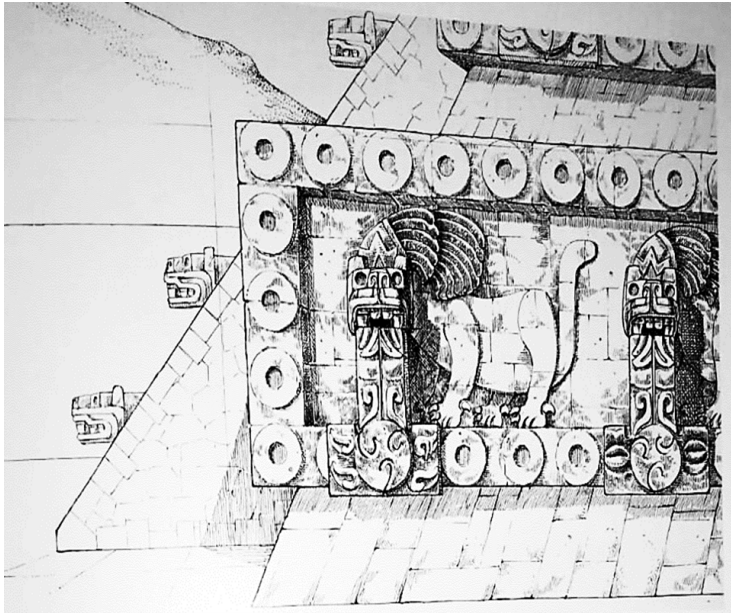
Ya en el siglo XXI, a partir del año 2010, nuevas exploraciones en los túneles ya conocidos, así como en la cúspide del monumento, han aportado datos reveladores acerca de los eventos constructivos y destructivos sufridos a través del tiempo, así como de las esculturas que decoraron algunas de sus fachadas con figuras de animales, principalmente de felinos, lo que nos da una perspectiva diferente de la historia y significado de la Pirámide del Sol.

También se han realizado estudios acerca del sentido que tuvo el edificio en la distribución del resto de la ciudad, pues su ubicación, tamaño y orientación fueron calculados de manera precisa, para lograr que el sol se alineara con su cúspide en fechas muy específicas del año, lo que la convertiría en un marcador solar y fortalecería su simbolismo religioso y calendárico.⁶³

⁶¹ Sarabia y Núñez, 2020.

⁶² Sugiyama *et al.*, 2013b.

⁶³ Ortega, Vergara y del Castillo, 2021.



Reconstrucción hipotética de las esculturas que decoraron la plataforma adosada de la Pirámide del Sol (tomado de Sarabia y Núñez, 2017, p. 67).



Vista de la Pirámide del Sol desde el poniente de la Zona Arqueológica de Teotihuacán (Fotografía de Verónica Ortega Cabrera).

Hacia el norte del área ceremonial, se levanta imponente la Pirámide de la Luna, presidida por una gran plaza en la que culmina la Calzada de los Muertos. Esta pirámide es la metamorfosis visual del cerro Gordo o *Tonan*, que le confiere su calidad de montaña sagrada, pues hasta ella llegaban las procesiones multitudinarias que avanzaban desde el sur de la ciudad.

El edificio que vemos actualmente es el séptimo de una larga secuencia de construcciones, realizadas una cubriendo a la anterior, por lo que en un principio fue un pequeño basamento cuadrado, de casi 24 m por cada lado, hecho de adobe con piedras alrededor del año 100 d.C.⁶⁴ A lo largo de los años fue creciendo en tamaño e importancia, y los teotihuacanos realizaron fastuosas ceremonias con las que depositaron numerosas ofrendas para conmemorar cada evento de ampliación, por lo que los arqueólogos han recuperado objetos, esqueletos y materiales que permiten comprender mejor la historia de este monumento.

Fue hasta la quinta ampliación, fechada aproximadamente en el año 300 d.C., cuando se engalanó con taludes y tableros en su plataforma frontal. Vale la pena recordar que esta pirámide, como la del Sol y demás edificios del centro de la ciudad, fueron decorados y pintados con bellos colores; en el caso de la Pirámide de la Luna existen evidencias de que en algún momento los tableros fueron pintados en color azul marino, y hacia las fases más tardías se engalanó con un color rojo brillante, que la hacía resplandecer ante los grupos de personas que llegaban hasta sus pies.

Al igual que la Pirámide del Sol, se han realizado numerosos túneles para explorar su interior, sumando un total de 345 m lineales, localizando depósitos rituales sobre todo en las ampliaciones 4, 5 y 6, constituidos de esqueletos humanos y animales como lobos, serpientes, águilas, jaguares y pumas, además de objetos hechos en diversas piedras verdes, obsidiana, conchas, pizarra, madera, barro y fibras vegetales.⁶⁵

Las intervenciones arqueológicas en esta pirámide probablemente son las más antiguas realizadas en el continente americano, pues se sabe que en el siglo XVII, aproximadamente en 1678, el erudito novohispano don Carlos de Sigüenza y Góngora excavó un túnel en la cara sur del monumento, con el objetivo de verificar si se trataba de una elevación natural o de una construcción humana. Dicho túnel quedó expuesto en los siglos subsecuentes hasta que fue sellado en 1924.⁶⁶

⁶⁴ Sugiyama y López Luján, 2006.

⁶⁵ *Ibid*, p. 19.

En el primer tercio del siglo xx la gran pirámide mantenía aún su aspecto de cerro, pues solo en su cara principal se observaban algunas esquinas, por lo que en el año de 1911 se pusieron en marcha trabajos de retiro de escombros en los costados norte, oriente y sur, a cargo del arquitecto Francisco Rodríguez⁶⁷ y para 1912 se reconstruyó su cuerpo superior y algunos tramos de las escaleras de ascenso.⁶⁸



Imagen de la cara principal de la Pirámide de la Luna a principios del siglo XX. Se observa el túnel existente, atribuido a don Carlos de Sigüenza y Góngora (Fotografía del Archivo Técnico del INAH, proporcionada por el arqueólogo José Humberto Medina González).



Fotografía de la Plaza de la Luna y su pirámide, vista desde la cúspide de la Pirámide del Sol, en los primeros años del siglo XX (SINAFO INAH, No. de registro 317131).

⁶⁶ Schávelzon, 2009.

⁶⁷ Marquina, 1994.

⁶⁸ Medina y Ortega, 2021, p. 46.



Vista general de la Pirámide de la Luna al finalizar los trabajos de reconstrucción dirigidos por el arqueólogo Ponciano Salazar Ortégón en 1964 (Fotografía de Juan Monterrubio, en Salazar, 1964).



Pirámide y plaza de la Luna, vistas desde la Pirámide del Sol (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).



Pirámide de la Luna y su plaza, vistas desde la escalinata de acceso al Palacio de Quetzalpapálotl (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).

Con el conocimiento de la existencia de túneles debajo de la Pirámide del Sol y del Templo de la Serpiente Emplumada, en el año 2004 los arqueólogos Rubén Cabrera y Saburo Sugiyama intentaron, sin éxito, descubrir uno más debajo de la Pirámide de la Luna, excavando un pozo de 7 m de profundidad en el edificio 1.⁷¹ Posteriormente, en 2018, un equipo liderado por la autora, en colaboración con el Instituto de Geofísica de la UNAM, buscó obtener evidencia científica sobre la existencia de dicha cavidad, aplicando tomografías de resistividad eléctrica (ERT) bidimensionales y tridimensionales para la caracterización del subsuelo en las caras norte y este de la pirámide, la cual se comparó a través de otra prueba denominada tomografía de ruido ambiental. Ambas técnicas geofísicas no son invasivas y tampoco alteran al monumento.⁷²

Los resultados del modelo 3D mostraron una anomalía interesante debajo de la parte central de la pirámide, que puede asociarse a una caverna de origen natural localizada a 15 m de profundidad, la cual fue rellenada y cuyo conducto de entrada podría estar en la cara oriente del edificio, pues la tomografía eléctrica muestra un conducto sinuoso a 11 m de profundidad que se conecta con la cámara.

⁷¹ Sugiyama y Cabrera, 2017.

⁷² Argote *et al.*, 2020.

Si esta cueva es de origen natural, a diferencia de las que se encuentran debajo de la Pirámide del Sol y del Templo de la Serpiente Emplumada, que son artificiales porque se excavaron por los teotihuacanos de manera intencional, podría plantearse que pudo haber sido el punto de origen para el diseño urbano de la metrópoli.

Los resultados de estos estudios tendrán que ser comprobados con futuras excavaciones, sin embargo, se abre una perspectiva completamente diferente sobre el significado simbólico de la Pirámide de la Luna y su importancia en el trazo urbano, particularmente porque en este túnel podrían encontrarse datos fundamentales para la comprensión del proyecto cultural que definió las características de esta gran ciudad.⁷³

Para llevar a cabo los rituales en la gran pirámide, se construyó la Plaza de la Luna, un amplio espacio de 19 600 m² de superficie, en la que podían convivir al mismo tiempo aproximadamente 45 mil personas⁷⁴ que también hacían uso de otros edificios en su interior, como el Edificio de los altares (también conocido como Quincunce) y el altar central, junto al que se puede apreciar una escultura femenina que ha sido afectada a lo largo del tiempo, por lo que se encuentra incompleta pero aún muestra buena parte de sus rasgos.

Nos detendremos un momento en este punto para hablar de las esculturas halladas en las cercanías de esta plaza, pues se trata de las figuras humanas talladas en piedra, más grandes descubiertas hasta el momento en la ciudad.

Ambas esculturas fueron hechas para ser exhibidas de manera independiente a los edificios, pues no se asocian a ninguna construcción, por lo que hasta el momento no es posible saber cuál fue el lugar que los teotihuacanos les dedicaron de manera permanente. Se trata de figuras humanas, vistas de pie, vestidas con falda, huipil y sandalias además de collares, orejeras circulares y pulseras, por lo que se les ha identificado como figuras femeninas. Muestran ambas manos sobre el vientre y una horadación rectangular a la altura del pecho.

⁷³ *Ídem.*

⁷⁴ Cowgill, 1983.

La escultura mejor conservada se encuentra actualmente en la Sala Teotihuacán del Museo Nacional de Antropología en la CDMX, a donde fue trasladada en la década de los años sesenta del siglo pasado. Está labrada en roca volcánica (andesita) y tiene una altura de 3.19 m, con una base cuadrada de 1.65 m por lado y un peso total de 16.3 toneladas. En el siglo XIX Émile Chabrand, un inmigrante, empresario y viajero francés, relató que en su viaje a las pirámides de Teotihuacán tuvo oportunidad de conocerla, con la idea de que se trataba de una mesa de sacrificios, ya que en esa época sólo podía apreciarse su parte superior, pues el resto del cuerpo se encontraba enterrado.

En esos años también se le conocía como la *pedra del desmayo*, pues existía una creencia popular de que al entrar en contacto con la escultura las personas caían desmayadas. Posteriormente, en 1865, Ramón Almaráz, miembro de la Comisión Científica de Pachuca, la describió una vez que fue descubierta por completo y hacia 1885 William Holmes realizó un plano para su localización en la parte trasera del edificio 4 de la Plaza de la Luna.⁷⁵

En el año de 1888, el arqueólogo Leopoldo Batres se encargó de trasladar la escultura al Museo Nacional, en el centro de la Ciudad de México, para lo que necesitó de la construcción de una vía ferroviaria provisional, que corría desde la Plaza de la Luna hasta el Pueblo de San Sebastián Xolalpan; así la pieza pasó a ser una de las más grandes y mejor conservadas de la colección del museo, exhibiéndose en el Salón de Monolitos. Fue en esta época cuando se debatió acerca de su identidad, utilizando sus rasgos más destacables (la falda con cuentas, las pulseras y collares) para nombrarla como la Diosa del agua, llamada *Chalchiutlicue* (la de la falda de jade).

En 1963, cuando se construyó el Museo Nacional de Antropología, la escultura fue trasladada a sus instalaciones en el Bosque de Chapultepec, donde permanece hasta la fecha como una de las piezas principales de la sala Teotihuacana.⁷⁶

Por otro lado, la segunda escultura puede ser observada muy cerca de la esquina sureste del altar central, en la Plaza de la Luna; se encuentra mutilada y destruida tanto por efecto de los elementos naturales como por las acciones humanas, ya que fue utilizada durante muchos años como parte de un muro delimitador de los terrenos de cultivo de San Martín de las Pirámides.

⁷⁵ Holmes, 1885.

⁷⁶ Ortega Cabrera, V. 2018, https://www.mna.inah.gob.mx/detalle_pieza_mes.php?id=63



Escultura femenina de la Plaza de la Luna a inicios del siglo XX, utilizada como parte del muro delimitador de un terreno (Fotografía proporcionada por Humberto Medina González).



Vista frontal de la escultura localizada en la Plaza de la Luna (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).



Detalle del rostro de la escultura (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).

Volviendo a los edificios que se encuentran dentro de la Plaza de la Luna, al norte tenemos el Edificio de los altares o *Quincunce*, que consta de una amplia habitación de forma cuadrada, construida casi al pie de la escalera principal de la pirámide. Su acceso se localiza en el lado poniente y en su interior se construyeron pequeños altares en cada uno de los lados y en las cuatro esquinas, dos junto al muro poniente y uno más al centro, lo que suma diez en total, razón por la cual se le ha adjudicado el nombre de *quincunce* o *quinterno*, una representación gráfica de cuatro extremos y un centro.

Este edificio fue descubierto y reconstruido por el arqueólogo Ponciano Salazar Ortegón en 1963, quien realizó un registro muy detallado de los vestigios, para identificar que sus cuatro caras exteriores, así como los altares tenían talud-tablero y fueron construidos hacia el año 300 d.C. Cinco décadas después, en el año 2015, se llevaron a cabo excavaciones en su interior, descubriendo un sistema de fosas excavadas en el tepetate en tiempos prehispánicos, tres de ellas alineadas en sentido este-oeste, de 2 m de diámetro por 2.50 m de profundidad, mientras que en el lado poniente se halló una enorme fosa de silueta trilobulada, que alcanzó los 3.50 m de profundidad.⁷⁷

En el interior de algunas de las fosas había monolitos de piedra verde, colocados en posición vertical y recargados en las paredes, con una altura variable promedio de 1.25 a 1.50 m y un peso que oscila entre los 200 y los 300 kg. En total se recuperaron cuatro monolitos completos de piedra verde dentro de las fosas, además de varios fragmentos de otros más, distribuidos en toda el área del Edificio de los altares, así como conchas marinas, lo que permite asociar estos contextos con actividades relacionadas con el culto al agua y la agricultura.⁷⁸

⁷⁷ Ortega Cabrera, V., 2019b.

⁷⁸ Ortega Cabrera, V. *et al.* 2019c.



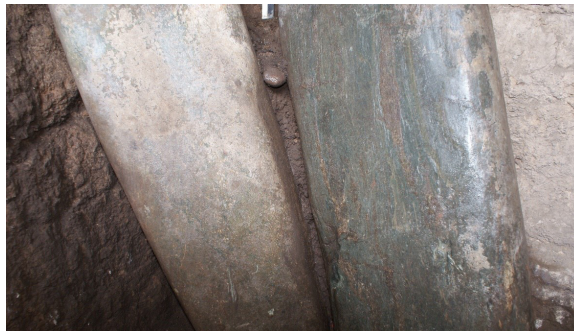
Vista de la Plaza de la Luna desde la pirámide, en primer plano se observa el edificio de los altares o Quincunce durante las exploraciones de 2015 y al fondo se encuentra el altar central (Fotografía Aldo Díaz Avelar).



Vista norte-sur, desde la Pirámide de la Luna, de las excavaciones en el Edificio de los altares en 2015. Se observan las fosas excavadas en el tepetate (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).

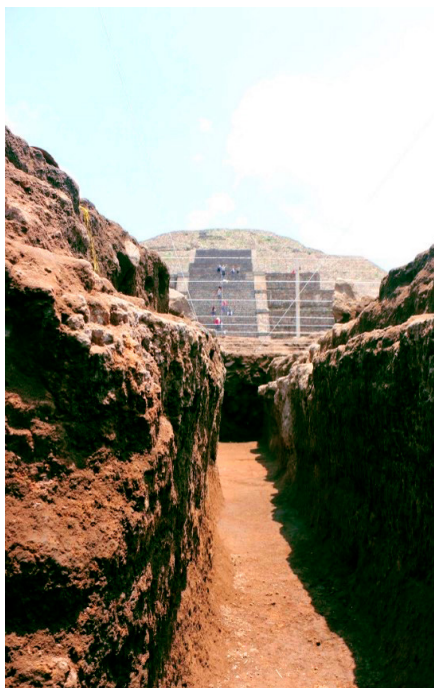


Dos de los cuatro monolitos de piedra verde hallados en las fosas excavadas en el subsuelo del edificio de los altares (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).

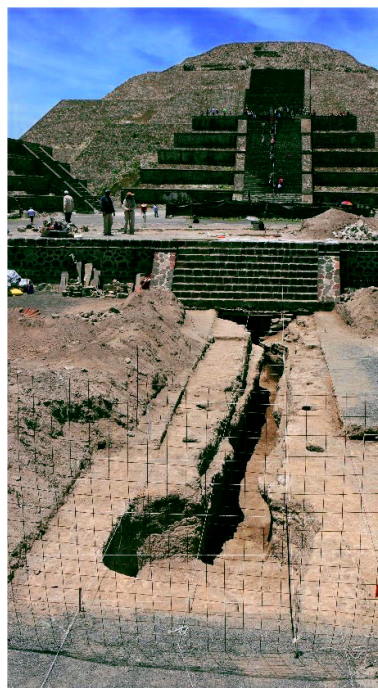


Detalle de los monolitos de piedra verde en donde se aprecia que fueron pulidos (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).

En el año 2016 se realizaron excavaciones entre el Edificio de los altares y el altar central de la Plaza de la Luna, descubriendo dos canales excavados en el subsuelo de la plaza, que parten de las escalinatas norte y sur del altar central. Estas excavaciones tienen forma lineal, con un ancho promedio de 1.20 m y profundidades variables que van hasta los 2.30 m, marcando un declive en dirección del altar central; sus paredes y fondo tienen aplanado de lodo, posiblemente para hacerlos impermeables. Es importante anotar que estos canales no funcionaron como desagües, ya que finalizan dentro de la propia plaza.



Canal excavado al sur del altar central de la Plaza de la Luna, localizado durante las excavaciones de 2016 (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).



Vista del canal sur del altar central durante las excavaciones del año 2016 (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).



Canales hallados al norte y sur de las escalinatas del altar central, en el subsuelo de la plaza en el año 2016 por Verónica Ortega Cabrera (Fotografías de Aldo Díaz Avelar).



En primer plano se observa el Edificio de los altares o Quincunce y los edificios que conforman el lado oriente de la Plaza de la Luna (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).

La Plaza de la Luna constituye el escenario idóneo para la congregación de numerosas multitudes, en un ambiente semicerrado que debió estar cargado de un simbolismo reconocido por propios y extraños, tanto por los edificios, como por su decoración escultórica y pictórica, lo que generó sentimientos de comunidad, a partir de la proximidad física y el influjo de la multitud, estimulada por las actividades de los sacerdotes y personalidades de la sociedad, con la escenificación de los mitos propios de su cultura.

Los monolitos de piedra verde encontrados en el subsuelo tienen un simbolismo que se remonta a tiempos muy antiguos, pues las piedras verdes fueron consideradas como elementos preciosos que representaban corrientes de agua y vegetación, emulando símbolos de fertilidad y abundancia en las cosechas,⁷⁹ de tal forma que los objetos hechos con este material se utilizaban para sacralizar edificios y plazas, buscando asegurar la fertilidad y protección del terreno.⁸⁰



Pirámides del Sol (derecha) y la Luna (izquierda), montañas sagradas de Teotihuacán vistas desde el río San Juan (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).

Finalmente, la tercera montaña sagrada a la que nos referiremos en este trabajo es la que se ubica al interior de un gran espacio amurallado denominado La Ciudadela, al que solo se puede ingresar por el poniente desde la Calzada de los Muertos; se trata del Templo de la Serpiente Emplumada, conocido por muchos como la Pirámide de Quetzalcóatl.

Fue construida aproximadamente en el año 150 d.C., al sur del complejo ceremonial, muy cerca de la desviación artificial del río San Juan, y es el único de los tres grandes basamentos piramidales de la ciudad que todavía conserva buena parte de su decoración escultórica, sobre todo en la cara principal, que fue cubierta por la superposición arquitectónica de una plataforma, mientras que las otras tres caras del edificio fueron destruidas y mutiladas por los propios teotihuacanos hacia el año 350 d.C., cuando decidieron cambiar por completo el aspecto del edificio.

⁷⁹ Melgar y Solís, 2010, p. 382.

⁸⁰ Arribas, 2019, p. 17.



Vista de La Ciudadela desde el poniente. Al fondo se observa el Templo de la Serpiente Emplumada (Fotografía Aldo Díaz Avelar)



Aspecto de la cara oriente del Templo de la Serpiente Emplumada, en donde se aprecian las esculturas mutiladas y derribadas (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).

De acuerdo con los cálculos de sus descubridores, el arqueólogo Manuel Gamio, José Reygadas y el arquitecto Ignacio Marquina (1917 a 1920), el edificio contaba con seis cuerpos en talud-tablero y su cara principal miraba hacia el poniente. Las esculturas que decoran cada uno de los tableros, así como los taludes tenían una fina capa de estuco pintado que realzaba los detalles de las figuras diseñadas en ellos, mismas que constan de serpientes ondulantes que se dirigen hacia la escalera central en cada talud, así como cabezas alternadas de serpientes emergiendo de una corona de plumas y mascarones de lagarto en los tableros, acompañados de figuras de caracoles y conchas que generan un ambiente acuático.

Después del proyecto dirigido por Manuel Gamio en que se descubrió este edificio, no se llevaron trabajos exhaustivos en él hasta 1980, cuando el arqueólogo Rubén Cabrera del INAH dirigió el proyecto Teotihuacán 1980-1982, descubriendo una serie de entierros en un largo pozo en el lado sur de la pirámide, lo que motivó un nuevo proyecto de investigación arqueológica con cooperación internacional en los años 1988 y 1989, esta vez encabezado por Rubén Cabrera, Saburo Sugiyama y George Cowgill, quienes a base de una serie de túneles intervinieron el interior del edificio.⁸¹



Aspecto de la cara poniente del basamento del Templo de la Serpiente Emplumada, lado sur, en donde se aprecia la decoración escultórica (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).

⁸¹ Cowgill, G., 2005.



Misma fachada, lado norte (Fotografía de Antares Andrea Díaz Ortega).

Esta vez hallaron un conjunto de excavaciones debajo del basamento, en el suelo del valle, donde fueron depositados los cuerpos de alrededor de 200 individuos, como parte de los rituales de ofrenda realizados durante la construcción de la pirámide. Los cuerpos fueron acomodados en grupos de 1, 4, 8, 9, 18 y 20 personas, ya fuera solo varones o solo mujeres; los primeros se hicieron acompañar de puntas de lanza y flecha hechas en obsidiana, así como indumentarias entre las que sobresalían pectorales decorados con maxilares humanos y animales, o imitaciones de maxilas hechas con piezas de concha; además muchos de los esqueletos presentaron una posición con evidencias de que sus manos fueron atadas hacia la espalda y los tobillos también contaron con atadura al momento de ser depositados.⁸²

Los análisis realizados a los esqueletos indican que estas personas pasaron la mayor parte de su vida fuera de Teotihuacán, es decir, venían de otras regiones, aunque no es posible saber cuál fue el motivo por el cual terminaron su existencia como ofrenda a este importante edificio.

Los grupos de personas inhumadas en cantidades como 4, 8, 9, 18 y 20, hacen alusión a números relacionados con las cuentas calendáricas, que al vincularse con el simbolismo del mascarón de lagarto en la fachada, han llevado a interpretar a este edificio como una construcción dedicada al origen del tiempo.⁸³

⁸² Cabrera, Cowgill y Sugiyama, 1990.

⁸³ López Austin, López Lujan y Sugiyama, 1991.

De acuerdo con el patrón ideológico observado en esta ciudad, las montañas sagradas debían contar con su inframundo húmedo, razón por la cual desde el año 2010, personal del Instituto Nacional de Antropología e Historia se ha dedicado a la excavación de un túnel prehispánico localizado a 14 m debajo del basamento del Templo de la Serpiente Emplumada, en donde se han localizado numerosas ofrendas con materiales diversos, provenientes de todos los confines del mundo mesoamericano, relacionados principalmente con el agua (conchas, caracolas, piedras verdes, vasijas Tláloc)⁸⁴ que nuevamente nos remiten a ese pensamiento mágico, en el que los basamentos representan la montaña de los mantenimientos, los árboles cósmicos que conectan el inframundo con el cielo.



Vista del Templo de la Serpiente Emplumada cubierto por la plataforma adosada con que se ocultó su magnífico programa escultórico (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).



Detalle del programa escultórico del Templo de la Serpiente Emplumada (Fotografía de Antares Andrea Díaz Ortega).

⁸⁴ Gómez, 2017.

LOS ARTISTAS Y ARTESANOS

La vida en las grandes ciudades como Teotihuacán, marcó un parteaguas en la producción de objetos de uso diario, así como de aquellos que serían utilizados en rituales especiales por los diferentes grupos sociales que la habitaban. Buena parte de las actividades productivas estuvieron marcadamente centralizadas y controladas por el gobierno, que debía organizar los procesos de obtención de materias primas, establecer los volúmenes de producción, además de abrir, supervisar y fiscalizar las rutas de intercambio.

Teotihuacán contaba con áreas de talleres artesanales especializados, algunos de los cuales han sido excavados por los arqueólogos, como el taller dedicado a la fabricación de incensarios “tipo teatro” localizado al norte de La Ciudadela⁸⁵ y aquel dedicado a la fabricación de ánforas y cazuelas de cerámica del tipo Anaranjado San Martín en un conjunto identificado como Tlajinga 33, al sureste de la ciudad.⁸⁶ En ambos talleres especializados existen evidencias de una producción estandarizada y masiva, por la presencia de moldes que permitían la elaboración de objetos idénticos fabricados en serie, con lo que se podía abastecer a un mercado muy amplio de consumidores y extender la influencia del comercio teotihuacano.

También en los conjuntos habitacionales se contaba con espacios para la producción artesanal de tipo doméstico, con la que se elaboraban los objetos utilizados en las actividades cotidianas, a una escala de autoconsumo e incluso para el intercambio directo entre familias dentro de los límites de la ciudad. Se han identificado talleres domésticos en los que se fabricaban objetos de hueso,⁸⁷ concha⁸⁸, piedra (pizarra, travertino, pirita)⁸⁹ y obsidiana.⁹⁰

La artesanía teotihuacana logró desarrollar características propias que la hacen inconfundible y única, dotando de identidad a esta cultura prehispánica. Considerando que los objetos más ampliamente distribuidos por los teotihuacanos en Mesoamérica fueron aquellos elaborados con barro y piedra, desglosaremos los rasgos mejor reconocidos de estas industrias:

⁸⁵ Múnera, 1985.

⁸⁶ Storey y Widmer, 1999.

⁸⁷ Pérez, 2013.

⁸⁸ Ortega, 2014.

⁸⁹ Melgar, E. *et al.*, 2014.

⁹⁰ Bradford, 2012.



Incensario “tipo teatro” en la colección del Museo de la Cultura Teotihuacana, México (fotografía de Aldo Díaz Avelar).

Alfarería

La cerámica teotihuacana fue producida con barros locales en su mayoría; las formas más comunes fueron las ollas y cazuelas, pero hay una serie de objetos que son singulares y funcionan como marcadores culturales: los cajetes de paredes curvas, los vasos con tres soportes, candeleros y braseros. Estos objetos están presentes desde las fases más tempranas de la ciudad hasta sus últimos años, evolucionando a través del tiempo en cuanto a técnicas de manufactura y decoración, pero sin perder su esencia formal. Existe además un grupo cerámico que ha sido utilizado como indicador de la presencia teotihuacana en toda Mesoamérica, bajo el supuesto de que era esta ciudad quien monopolizaba su distribución: el Anaranjado Delgado, una fina cerámica producida en la región sur del actual estado de Puebla, con la que se elaboraban vasos, cuencos, cajetes, jarras y pequeñas cajas con tapa.

La cerámica teotihuacana fue elaborada con técnicas de modelado y moldeado, decorada en las fases pre-cocción con pigmentos minerales y post-cocción a partir de un baño de estuco, sobre el cual se imprimían elaborados diseños que eran profusamente coloreados. También se utilizaron técnicas de decoración como el esgrafiado, el calado y el diseño inciso.



Vaso con tres soportes y cajete curvo, piezas hechas de barro correspondientes a las fases de apogeo de la ciudad, entre 300 y 450 años d.C. (Fotografías de Aldo Díaz Avelar).



Vasos decorados, correspondientes al grupo cerámico Anaranjado Delgado, que era importado del sur de Puebla para distribuirlo como mercancía teotihuacana a diversas regiones de Mesoamérica (Fotografías de Aldo Díaz Avelar).



Objetos miniatura localizados como parte de las ofrendas depositadas a los difuntos. Izquierda: Miniaturas de florero. Derecha: Miniaturas de vasijas con tapa (Fotografías de Aldo Díaz Avelar).



Elementos de la vida cotidiana, como personas y animales también eran representados en figurillas de barro (Fotografías de Aldo Díaz Avelar).



Sellos de barro, posiblemente utilizados para marcar objetos o diseñar decoración corporal (Fotografías de Aldo Díaz Avelar).



Las fuerzas divinas también eran representadas en piezas de barro. Izquierda: vasos triples con el rostro del Dios de las tormentas, derecha: candelero con el rostro del Dios viejo del fuego Huehuetéotl (Fotografías de Aldo Díaz Avelar).



Jarra utilizada para contener líquidos (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).

Escultura y lapidaria

Objetos hechos con piedras y vidrios volcánicos procedentes del propio valle y de sus zonas aledañas, fueron producidos en múltiples talleres domésticos y otros controlados por el gobierno. Navajillas, puntas de flecha, cuentas, figuras con formas humanas y animales, cuchillos y puntas de lanza fabricados con obsidiana verde y gris, circularon en los mercados y rutas de intercambio teotihuacanas, para ser utilizados en actividades cotidianas.

Teotihuacán monopolizó las vetas de obsidiana de las minas de Otumba y Sierra de las Navajas, con lo que logró el control económico de amplias regiones de Mesoamérica. Por otro lado, las piedras volcánicas como el basalto, la andesita y el tezontle fungieron como materia prima de esculturas exentas en las que se representaron principalmente dioses, como Huehuetéotl, Dios Viejo del Fuego. La lapidaria teotihuacana encuentra sus mejores ejemplos en la elaboración de máscaras, cuentas, collares, orejeras, narigueras y pendientes, objetos en los que puede observarse rasgos geométricos y de apariencia pesada. Finalmente, tenemos las herramientas utilizadas en actividades de construcción, como las plomadas, los alisadores para aplanados y estuco, hechos todos ellos en tezontle y basalto.



Cuentas elaboradas en obsidiana verde (Fotografía Aldo de Díaz Avelar).



Esculturas con forma de brasero personificado del Dios viejo Huehuetéotl, elaborados en basalto y piedra pómez (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).



Figurillas con forma humana y otra en forma de flor de 4 pétalos, hechas con diferentes tipos de piedra verde. Piezas halladas en Tlailotlacan, Barrio Oaxaqueño (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).



Canaleta para drenaje hecha en piedra volcánica y cubierta con lajas (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).



Cuentas hechas con piedras volcánicas, probablemente para ser utilizadas como pesas en balanzas (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).

Objetos de concha

Producto de los intercambios con pueblos aledaños a los litorales y costas del Golfo de México y del océano Pacífico, a Teotihuacán llegaban diversas especies de moluscos y sus conchas (exoesqueletos), con los que se fabricaban adornos, instrumentos musicales y herramientas. Las grandes caracolas de las especies *Strombus Gigas* y *Turbinella Angulata* fueron las más utilizadas para elaborar trompetas,⁹¹ manejadas principalmente en actividades rituales y festivas; por su parte, diversas conchas de organismos bivalvos (tipo almeja) se utilizaron para elaborar botones, pectorales, dijes, pulseras y otros ornamentos. El trabajo en concha más conocido es el de las imitaciones de maxilares humanos que formaban vistosos pectorales, de los individuos inhumados en las ofrendas consagradorias del Templo de la Serpiente Emplumada.⁹²



Diversas especies de concha utilizadas para fabricar objetos. Ofrenda localizada en una excavación de salvamento arqueológico en el pueblo de San Francisco Mazapa, Teotihuacán (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).

⁹¹ Malbrán, 2009.

⁹² Paz Bautista, 2014.



Figurilla femenina, de estilo “Mezcala” elaborada con la especie *Strombus gigas*, que funcionó como pectoral. Esta pieza fue localizada en una excavación de salvamento arqueológico en el pueblo de San Francisco Mazapa (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).



Cuentas de diferentes especies de moluscos que funcionarían para elaborar collares, pulseras o para adornar prendas de vestir (Fotografías de Aldo Díaz Avelar).

UNA CIUDAD MULTICULTURAL

El hallazgo de cerámica foránea en diversas áreas de la ciudad, durante las investigaciones arqueológicas realizadas por equipos mexicanos y norteamericanos, en la década de los años sesenta del siglo pasado, puso sobre la mesa el debate acerca de la conformación “multiétnica” de la población antigua, así como de los vínculos culturales, políticos y económicos entre la metrópoli, su periferia próxima y otras regiones de Mesoamérica.

Pronto se identificaron materiales cerámicos semejantes a los que caracterizaban a los valles centrales de Oaxaca, al área maya o a la costa del Golfo de México,⁹³ principalmente, además se encontraron tumbas que referían la presencia prolongada de posibles grupos de inmigrantes vecindados en algunos puntos de la ciudad, como Tlailotlacan, un sector localizado al noroeste de la mancha urbana y que ha sido conocido como el barrio oaxaqueño de Teotihuacán.⁹⁴

Algunos de estos materiales de procedencia foránea fueron localizados en los rellenos de la Pirámide del Sol, fechados hacia los años 1-100 d.C.,⁹⁵ otros más formaban parte de conjuntos habitacionales más tardíos,⁹⁶ mientras que hacia los últimos años de la ciudad también hubo presencia de objetos foráneos, lo que significa que la metrópoli mantuvo relaciones constantes y permanentes con mayas, zapotecas y otros grupos contemporáneos a lo largo de la historia.

En contraparte, en varias regiones de Mesoamérica se han registrado vestigios arqueológicos que permiten reconocer un contacto con Teotihuacán; entre los ejemplos más claros tenemos a Matacapan, en el sur de Veracruz,⁹⁷ Guerrero,⁹⁸ el Occidente de México en el área comprendida entre los estados de Michoacán y Guanajuato,⁹⁹ el sur de Puebla,¹⁰⁰ los valles centrales de Oaxaca,¹⁰¹ y la zona maya.¹⁰²

Aún no es posible reconstruir las rutas de intercambio de objetos, ni se tienen

⁹³ Rattray, 1979, 1987, 1993; Paddock, 1972, 1983, Ortega, 2014.

⁹⁴ Millon, 1967.

⁹⁵ Esa época es identificada por los arqueólogos como la fase Tzacualli (Rattray, 1987, p. 256).

⁹⁶ Rattray, 1981, 1987; Spence, 1989.

⁹⁷ Santley, 1989; Yarborough, 1992.

⁹⁸ Schmidt, 2006.

⁹⁹ Michelet y Pereira, 2009.

¹⁰⁰ Báez Pérez, 2005; Rattray, 1998.

¹⁰¹ Fahmel Beyer, 1995, 1998; Marcus y Flannery, 1996, pp. 231-234; Winter *et al.*, 2002.

¹⁰² Demarest, 2004, p. 105; Demarest y Foias, 1993; Fash, 2002; García Capistrán, 2006; Nielsen, 2003.

datos acerca de los intereses que movieron a los grupos de inmigrantes a acercarse en la ciudad, sin embargo, se sabe que existió una interacción temprana que favoreció el flujo de personas y las evidencias indican que Teotihuacán fue muy receptiva, en términos de la permanencia de grupos foráneos en ella. Los inmigrantes llegaron a Teotihuacán cargando sus características culturales, por lo que es posible reconocer el lugar en que vivieron a través de las costumbres que trajeron consigo, como sus formas de preparar alimentos y los utensilios adecuados para hacerlo, los rituales y cultos que realizaban para mantener su identidad de origen, así como las costumbres para enterrar a sus muertos.¹⁰³



Jarra de origen foráneo, localizada en un conjunto habitacional del sector poniente de la antigua ciudad (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).

¹⁰³ Ortega Cabrera, V. 2014.

En los últimos años se ha explorado con mayor énfasis el Barrio oaxaqueño o Tlailotlacan, para comprender mejor las relaciones entre Teotihuacán y Monte Albán, pues la capital zapoteca pudo ser el lugar de origen de muchos de los inmigrantes que llegaron a este vecindario. Ahora sabemos que sus habitantes compartían la misma forma de vida que el resto de la ciudad, pues las familias ocupaban conjuntos multifamiliares en los que se compartía el espacio doméstico de una manera estrecha, pero siempre conservando su individualidad en viviendas independientes hechas de piedra y adobe, con muros y pisos aplanados; contaban con drenaje para las aguas pluviales y piletas para el almacenamiento de agua. Al igual que muchas construcciones en otras partes de la ciudad, las habitaciones más amplias tenían almenas como remate arquitectónico y los basamentos contaban con talud-tablero, escaleras con alfardas y fueron pintados de color rojo.¹⁰⁴

Un rasgo cultural muy específico de Tlailotlacan son las tumbas construidas debajo de habitaciones, templos y patios, pues se trata de una costumbre muy propia de los valles centrales de Oaxaca. Se caracterizan por ser construcciones sencillas, de forma rectangular, con muros verticales y techo plano, hecho de grandes rocas o losas trabajadas; con pisos de tierra y sencillos aplanados de lodo en los muros. Algunas de ellas tienen un pequeño espacio previo, llamado antecámara o vestíbulo y se conectan hacia el exterior por una pequeña escalinata. Estas tumbas funcionaban como depósitos para los cadáveres, que eran acompañados con ofrendas compuestas por vasijas, collares, objetos de uso cotidiano (metates o esculturas) y, ocasionalmente, perros. Podían ser reabiertas con cierta periodicidad, para pintar de color rojo los huesos de los difuntos y seguirles rindiendo culto, por tratarse de los ancestros de la familia.

¹⁰⁴ Ortega Cabrera, V. 2021.



Izquierda: Tumba localizada en el relleno de una plataforma en Tlailotlacan o Barrio oaxaqueño.
Derecha: individuo depositado en una tumba de Tlailotlacan, acompañado de vasijas y objetos de obsidiana (Ortega Cabrera, V, 2014 y 2021, Fotografías de Aldo Díaz Avelar).



Entierro localizado en un conjunto habitacional de Tlailotlacan, acompañado por una vasija efigie del Dios zapoteca del inframundo (Ortega Cabrera, V, 2014, Fotografía de Aldo Díaz Avelar)



Objetos de procedencia oaxaqueña localizados en Tlailotlacan. Incluye vasijas efigie, vasos, platos y sahumadores de tipo colador (Fotografía Aldo Díaz Avelar).



Figurillas de barro con rostro humano y otras en forma de animales (ranas y perros) de origen oaxaqueño, localizadas en Tlailotlacan (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).



Vasija efigie de procedencia oaxaqueña, con la representación del Dios del inframundo, localizada en un entierro en Tlailotlacan, Teotihuacán (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).

Al oriente de la ciudad, en lo que ahora es el pueblo de San Francisco Mazapa, se han excavado pequeñas construcciones habitacionales de forma circular, muy similares a las viviendas de la región costera del Golfo y sur de México. Debajo de sus pisos, los arqueólogos encontraron entierros de personas que se acompañaron de vasijas y otros materiales procedentes de las tierras bajas mayas, por lo que se denominó a esta sección el Barrio de los Comerciantes,¹⁰⁵ ya que pudo ser habitado por grupos que comerciaban productos del sur de Mesoamérica, como cacao, miel, algodón, vasijas, piedras verdes, ámbar, pieles de jaguar, plumas de aves tropicales, conchas marinas y otros materiales.

También algunos entierros de la Pirámide de la Luna fueron acompañados con objetos de piedra verde característicos del área maya, además de que tres individuos fueron depositados en las ofrendas de consagración en posición de flor de loto (sentados, con las piernas cruzadas), un rasgo que en las tierras mayas denotaba majestad y rango, un atributo relacionado con las élites.¹⁰⁶

Existen pinturas murales en el conjunto departamental de Tetitla que muestran símbolos mayas, asociados a escenas con personajes de rasgos foráneos, de manera muy similar a la escritura maya del Clásico temprano.¹⁰⁷

Recientemente, los análisis de estos murales postulan a Tikal como la ciudad maya donde se originaron, pues hacen alusión a un ancestro regio de la dinastía de Mutu'l, cuyo nombre tentativo puede traducirse como "Búho Ocelote Blanco".¹⁰⁸

Otros ejemplos de Tetitla representan personajes con cabeza alargada recolectando conchas marinas, en lo que al parecer se trata de escenas de buceo (similares a aquellas presentes en otros murales teotihuacanos del mismo conjunto), haciendo alusión a mitos mayas del Dios del maíz cuando desciende a las aguas.¹⁰⁹

¹⁰⁵ Rattray, E., 1987.

¹⁰⁶ Sugiyama y Cabrera Castro, 2003, p. 48.

¹⁰⁷ Helmke y Nielsen, 2013, pp. 133-144; Millon, C. 1972, pp. 11-12; 1973, pp. 298-300; Taube, 2001, p. 58; 2003, pp. 285-287; Villagra Caletí, 1955, p. 70.

¹⁰⁸ Helmke y Nielsen, 2013, p. 144.

¹⁰⁹ Taube, K., 2017.

Las exploraciones arqueológicas más recientes en la Plaza de las Columnas, situada entre la Pirámide del Sol y la Pirámide de la Luna, y al oeste de la Calzada de los Muertos, pusieron al descubierto numerosos fragmentos de pintura mural, muchos de los cuales se destacan por poseer un estilo maya del Clásico. El muro al que pertenecieron funcionaba durante la época de auge urbano y fue destruido de manera intencional por motivos desconocidos, pero fue posible identificar muchos fragmentos realmente extraordinarios y únicos, que sólo pudieron ser pintados por un artista entrenado por algún maestro originario de las Tierras Bajas del sur maya, ya que son parecidas a los murales de San Bartolo, Guatemala, del Preclásico Tardío.¹¹⁰

Recientemente se halló el esqueleto de una mujer, enterrada en un conjunto departamental de Tlailotlacan, que tiene rasgos culturales muy semejantes a los que caracterizaban a los personajes de las élites mayas, por lo que se ha propuesto que se trata de una inmigrante que posiblemente formaba parte de los grupos que controlaban las relaciones entre Teotihuacán, Monte Albán y alguna ciudad del mayab.¹¹¹



Cráneo de una mujer sepultada en Tlailotlacan o Barrio Oaxaqueño, cuyos rasgos culturales son propios de la región maya, tales como el tipo de deformación craneal, la mutilación dental, las incrustaciones de pirita en los incisivos centrales y la prótesis dental hecha de piedra verde, lo que podría indicar que en Tlailotlacan también hubo habitantes mayas (Fotografías de Aldo Díaz Avelar).

¹¹⁰ Sugiyama, N., Sugiyama, S. Ortega Cabrera, V. y Fash, W., 2016.

¹¹¹ Archer, Ortega, Melgar y Pérez, 2021.

También hay presencia de materiales arqueológicos procedentes del occidente de México en el propio Tlailotlacan, al igual que en conjuntos aledaños localizados en los terrenos que hoy son propiedad del Cuartel de la 37 Zona Militar de la SEDENA en San Juan Teotihuacán, en donde se han encontrado fragmentos de recipientes, vasijas y algunas figurillas femeninas.¹¹²



Plato y figurillas femeninas de cerámica, de procedencia foránea (occidente de México), localizadas en las excavaciones del Proyecto de Investigación Arqueológica Tlailotlacan Barrio Oaxaqueño, Teotihuacán, dirigido por la autora (Fotografías de Aldo Díaz Avelar).

¹¹² Ortega Cabrera, V. 2015.

¿Y QUÉ COMÍAN LOS TEOTIHUACANOS?

Por la ubicación estratégica y privilegiada de la ciudad, sus habitantes debieron conocer y aprovechar los diversos nichos ecológicos para proveerse de las materias primas con las que elaboraron numerosas variedades de platillos, ya fuera con recursos de presencia permanente o estacional.

Si a lo anterior sumamos las extensas redes de intercambio que el gobierno teotihuacano construyó y mantuvo durante cientos de años con el resto de Mesoamérica, podemos imaginar la llegada de materias primas y alimentos en grandes cantidades a la urbe, ya fuese de regiones selváticas y cálidas, o desde los litorales del Golfo y del Pacífico, como lo demuestran las evidencias de especies marinas que fueron consumidas de manera cotidiana en las viviendas y los espacios de carácter administrativo y ritual.

Para darnos una idea de la necesidad de abastecimiento de alimentos que Teotihuacán presentaba, basta con revisar los datos de investigaciones recientes, que calculan—con base en un requerimiento nutricional de 1800 calorías (kcal) por persona diariamente y 100,000 habitantes—un aproximado de 180,000,000 kcal todos los días,¹¹³ que debían extraerse de fibras, granos y carnes. Se necesitaban entonces alrededor de 50 toneladas de maíz (*Zea mays*) diariamente, para que las familias pudieran sostener su dieta y complementarla con otros productos.¹¹⁴

Aproximadamente hace unos 2 500 años el hombre comenzó a cultivar, de manera continua y cada vez más extensa, en el valle de Teotihuacán, pues para entonces se registró un aumento relativo en la temperatura y humedad, que precedió al proceso de sedentarización ligado a las actividades agrícolas y a la construcción de comunidades permanentes.¹¹⁵

La agricultura trajo aparejada una serie de transformaciones al medio ambiente, debido a las necesidades de adaptación de los terrenos y a la canalización del agua (tanto de lluvia como de fuentes terrestres), razón por la cual el valle comenzó una paulatina transformación humana para sostener un creciente número de habitantes.

¹¹³ Sugiyama y Somerville, 2016, p. 2.

¹¹⁴ Ortega Cabrera, V. 2020a.

¹¹⁵ Mc Clung, E. y Martínez, D., 2017.

La evidencia arqueológica sugiere una presencia temprana de canales de riego que pudieron haber regado hasta 3 mil hectáreas de terreno de cultivo¹¹⁶ en los que se sembraba principalmente maíz, frijol, calabaza y chile, lo que muestra la presencia del policultivo de la milpa, cuyos productos debieron formar la base de la alimentación teotihuacana.

El éxito en las tecnologías para la producción agrícola se reflejó en el aumento poblacional, por lo que el abasto de alimentos debió garantizarse a partir de diversas estrategias, como por ejemplo:

1. El control de las cosechas por parte del gobierno, para almacenar y distribuir conforme las necesidades.
2. La caza, pesca y recolección de animales y vegetales en diversos nichos ecológicos para el autoconsumo.
3. La domesticación y crianza de especies como aves de corral, perros, conejos, entre otros, para garantizar la ingesta de proteína animal en las unidades habitacionales.
4. El intercambio de materias primas y herramientas (posiblemente de obsidiana) por alimentos y productos de regiones periféricas y lejanas al valle. Entre estos alimentos se incluirían el cacao, la miel, los animales marinos y tropicales.
5. El posible pago de tributo por parte de comunidades sometidas por los teotihuacanos por medio de la fuerza (aunque no hay evidencias directas, es una posibilidad).

Los teotihuacanos fueron, como todos los pueblos de Mesoamérica, dependientes, en gran medida, de la agricultura para la subsistencia, y el punto de partida para conformar su dieta fueron los productos de la milpa, como demuestran los objetos domésticos hallados en las unidades habitacionales: metates, molcajetes, grandes ollas para cocer frijoles y morteros para triturar granos.

También existen evidencias de semillas y polen de hierbas relacionadas con la milpa, como son la verdolaga, el quintonil, epazote, romerito, huauzontle y quelite, entre otros.

¹¹⁶ Sugiyama y Somerville, *Op. cit.*, p. 3.

En el medio ambiente circundante predominaba un bosque templado de pino-encino, posiblemente localizado en las partes altas del valle (cerro Gordo y la sierra Patlachique), de matorral en las planicies y vegetación que bordeaba los ríos o que se encontraba en el área de manantiales.¹¹⁷ A estos ecosistemas corresponden animales como venados cola blanca, pumas, armadillos, tlacuaches, zorras grises, conejos serranos, ardillas grises, coatís norteños, serpientes y víboras de cascabel cola negra y transvolcánicas; aves canoras como clarín jilguero, azulejos garganta azul, carpintero mayor y bellotero, y rapaces como el águila real, la aguililla cola roja, cernícalo americano y gavilán pecho rojo, entre otras.¹¹⁸

Referente a la fauna lacustre, ésta era abundante en cuanto a especies de aves, peces e insectos y entre ellos podemos contar con: pato de cabeza roja, pato cucharón, pato golondrino, pato de collar, colimbos, agachadizas, gansos de Canadá, gallina de agua y una variedad de anfibios, como ranas y ajolotes,¹¹⁹ además de peces como los blancos y juiles.¹²⁰

Diversos estudios acerca de los restos botánicos y faunísticos hechos en vasijas y muestras de tierra, extraídos de unidades habitacionales de diversas zonas de la mancha urbana, incluyendo aquellos sectores que fueron habitados por comunidades de origen foráneo, como los oaxaqueños, mayas, veracruzanos y gente del occidente de México, permiten contar con una visión general de los alimentos utilizados, aunque definitivamente debieron existir diferencias en la frecuencia de uso de cada uno de ellos, debido a las fuentes de abastecimiento y la capacidad de intercambio de determinados grupos sociales.

Elementos cerámicos como las ánforas y las ollas contienen restos de miel, aguamiel y pulque,¹²¹ de la misma forma debieron consumirse además huevos de diversas aves, insectos y hongos.

Para su preparación se utilizaron técnicas como el destazamiento y la cocción para el caso de los elementos cárnicos (los huesos tienen dichas evidencias), así como el sometimiento al fuego (carbonización) de algunas semillas y pulverización. Se han hallado huesos con marcas de mordida, lo que indica que la carne fue arrancada con la boca.

¹¹⁷ Martínez Yrizar *et al.*, 2017.

¹¹⁸ Méndez *et al.*, 2018.

¹¹⁹ Niederberger, 1976.

¹²⁰ Favila, 2018.

¹²¹ Robertson y Cabrera, 2017.

UTENSILIOS PARA LA PREPARACIÓN DE ALIMENTOS

Para comprender los patrones de alimentación y las posibles asociaciones entre ingredientes, debemos considerar que los utensilios o trastes de cocina permiten identificar los procesos de transformación aplicados. Cabe mencionar que el hecho de cocinar depende de patrones culturales en los que están inmersos factores nutricionales, sociales y psicológicos.

Para el caso de la antigua ciudad, existen evidencias del lugar en el que debieron prepararse los alimentos, habitaciones que cuentan con elementos que podemos reconocer como lugares de almacenamiento y preparación. El ejemplo más claro de presencia de una “cocina” es el conjunto arquitectónico de Atetelco, en donde en el año de 1997, se halló una habitación en la que había fogones colocados sobre los pisos quemados, con restos de vasijas rotas y calcinadas, carbón y ceniza. Junto a esta habitación había otras dos de pequeñas dimensiones, que bien pudieron haber funcionado como almacenes de víveres, dada su intercomunicación con la primera y por la presencia de ollas enterradas bajo el piso, cuya boca era el único elemento que sobresalía, y en las que se podían almacenar alimentos que requerían mantenerse a bajas temperaturas.¹²²

Otros conjuntos en los que se han hallado fogones o *tlecuiles* son La Ventilla, el Barrio Oaxaqueño¹²³ y numerosos conjuntos excavados por la Unidad de Salvamento Arqueológico de Teotihuacán.

En la ciudad abundaron los fogones o braseros portátiles, objetos de barro que soportaban ollas para la cocción y que transmitían calor a partir de la combustión de carbón. Evidencias de su uso, además de los artefactos en sí, son las huellas de quemado que existen en diversos pisos de las unidades habitacionales.

¹²² Cabrera, 2003.

¹²³ Ortega Cabrera, 2014.



Brasero portátil (estufilla) con olla en la parte superior. Se aprecia el espacio para la colocación del carbón y los soportes para la olla (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).

La gran cantidad de ollas, muchas de ellas con restos de cal en su interior, indican la nixtamalización del maíz y, junto con la presencia de metates, se puede deducir el uso de masa de maíz para la preparación de atoles, tamales y algunos otros alimentos, excluyendo a la tortilla, pues la ausencia casi total de comales en las áreas exploradas de la ciudad, nos dice que éstas no fueron un elemento de consumo cotidiano o común.¹²⁴ Las ollas y cazuelas además pudieron ser utilizadas para la cocción de elotes y esquites, pues el maíz fue elemento indispensable de la dieta, tal como se observa en diversas representaciones murales y en vasijas decoradas.

Otras ollas fueron utilizadas para la cocción de frijoles, cuyo sabor pudo intensificarse con el uso del epazote y la sal proveniente de las salinas localizadas en la ribera del lago de Texcoco.

Cazuelas, jarras, cuencos, cajetes y vasos, complementaban el instrumental necesario para preparar, cocinar y servir los alimentos. Es importante anotar que no se han encontrado cucharas ni cucharones hechos en barro, por lo que es posible que dichos implementos hayan sido elaborados con madera.

¹²⁴ Véase además Valadéz, 2017, p. 52.



Jarra, olla y cazuela, objetos utilizados en las cocinas teotihuacanas (Fotografías de Aldo Díaz Avelar).



Ánfora utilizada para el transporte de líquidos y vaso en el que podían servirse diferentes tipos de bebidas (Fotografías de Aldo Díaz Avelar).

Además de los objetos de cerámica, los espacios destinados para la preparación de alimentos incluían metates y morteros para la molienda de diversos granos, chiles y otros ingredientes, lo que habla de complejos procedimientos aplicados en la transformación de alimentos. Como ejemplo de la diversidad que aportaban los grupos foráneos que poblaron la ciudad, en el barrio oaxaqueño se han registrado innumerables fragmentos de *pichanchas*, objetos utilizados para el lavado del nixtamal, que incluso, en la actualidad, continúan utilizándose en muchas comunidades del estado de Oaxaca.

Los instrumentos de corte incluyeron navajas prismáticas de obsidiana, muy útiles en cortes finos, así como cuchillos de obsidiana y pedernal, puntas para perforar, hachas de piedra, necesarias para destazar, raederas o desfibradoras para el caso de procesar las pencas de maguey y puntas de flecha, necesarias para cazar pequeñas especies de aves, conejos y ardillas.



Cuchillo, raedera y punta de proyectil, elaborados en obsidiana, objetos de uso común en las cocinas prehispánicas (Fotografías de Aldo Díaz Avelar).

En lo que respecta a dos elementos abundantes en el valle de Teotihuacán, como son las plantas cactáceas (nopal) y agaváceas (maguey), hay evidencias de que fueron consumidas en diversas formas, tanto en actividades domésticas como rituales.

Gracias a los estudios realizados en los restos de alimento, encapsulados en el sarro dental de individuos enterrados en la ciudad, se sabe que en la dieta teotihuacana se aprovechaba el maguey pulquero, a través de la extracción de aguamiel y la elaboración del pulque, además de que se cocía la piña de la planta para obtener un alimento dulce y fibroso. En las pinturas murales de Tepantitla se observa un personaje con *acocote* junto a un maguey, indicando el aprovechamiento del aguamiel; además se sabe del

consumo de pulque gracias a los estudios químicos realizados en vasijas como las ánforas, en las que seguramente se almacenaba y transportaba esta bebida.¹²⁵

Por su parte, el nopal está presente en pinturas murales (como planta y como ornamento), además de que se han localizado restos de semilla de tuna en diversos contextos domésticos.¹²⁶

No hay que dejar de lado la diversidad de insectos asociados a estas plantas, muchos de los cuales debieron formar parte de la dieta teotihuacana, como lo siguen siendo hasta el día de hoy; entre ellos podemos contar a los gusanos rojos o *chinicuiles* (*Aegiale hesperiaris*) y los escamoles (larvas de hormiga *Liometopum apiculatum*).

Investigaciones en el conjunto de Teopancazco (ubicado al sur de La Ciudadela, en el poblado de San Sebastián Xolapan) se reportan desechos de grandes banquetes durante los que, entre otras cosas, se consumían peces marinos.¹²⁷

Por su parte, los doctores Saburo y Nawa Sugiyama identificaron una gran cantidad de restos de animales en sus excavaciones en la Plaza de las Columnas, así como miles de fragmentos de vasijas (platos, cajetes y vasos), que dan cuenta de un gran evento en donde se sirvieron platillos elaborados principalmente con conejos y codornices, además de productos traídos de tierras lejanas como la yuca y el tabaco,¹²⁸ lo que nos muestra la diversidad de alimentos que llegaba a la ciudad todos los días.

Se criaban diversos animales en los traspacios de las viviendas para el consumo de las familias, entre los que se contaban perros, conejos y guajolotes. De los primeros se sabe que había una diversidad poco común, pues se han descubierto dos razas y dos tipos de híbrido¹²⁹ mientras que los conejos eran consumidos tanto por las personas, como también para alimentar a otras especies, como águilas y grandes felinos que se mantenían en cautiverio para ser utilizados en vistosas ceremonias.¹³⁰

En el conjunto arquitectónico de Teopancazco hay evidencias de diversos animales, principalmente liebres y conejos, perros, loberros (híbrido de lobo y perro), patos y guajolotes; muchos fueron cocidos para formar parte de los alimentos, mientras que otros se utilizaron en ofrendas de rituales y ceremonias.

¹²⁵ Robertson y Cabrera, *Op.cit.*

¹²⁶ Manzanilla, L., 2017, p. 68.

¹²⁷ Manzanilla, L., 2012, p. 42.

¹²⁸ *El Universal*, 2019.

¹²⁹ Valadéz *et al.*, 2017, p. 56.

¹³⁰ Sugiyama *et al.*, 2013.

COCINANDO EN TEOTIHUACÁN

En su momento de mayor apogeo, la ciudad de Teotihuacán debió contar con unas 15 mil cocinas (en términos conservadores), que requerían del abastecimiento de leña y carbón para funcionar de manera continua y proveer de alimentos calientes al menos una vez al día. Si además consideramos a la población flotante (peregrinos, comerciantes, viajeros, grupos de diplomáticos venidos de otras regiones), podemos imaginar la cantidad de raciones de comida que debían prepararse diariamente y la eficiencia requerida para abastecer de ingredientes e insumos a quienes se dedicaban a las tareas de elaboración y servicio de alimentos.¹³¹

La arqueología ha podido demostrar que los habitantes de todos los sectores urbanos tenían a su alcance la mayoría de los alimentos que llegaban de diferentes regiones, independientemente de la posición social o la ocupación de las personas, pues hay datos que indican una alimentación generalizada con base en el consumo de plantas (maíz y todos los productos de la milpa), pero además se ha observado que las mujeres tenían dietas más abundantes y ricas en proteínas animales.¹³²

Una cocina teotihuacana estaba abastecida por una gran variedad de ingredientes, sin embargo se deben considerar como base los organismos provenientes de la milpa (desde el maíz hasta hongos e insectos) y aquellos que eran aptos para crecer de forma silvestre o cultivada en el valle, principalmente magueyes, nopales y sus productos como tunas, aguamiel, pulque, garambullos (flor del maguey) y gusanos de maguey, por mencionar solo los más conocidos. Este cuadro de alimentos se completaba con organismos provenientes de los bosques, lagunas y litorales, desde charales hasta frijoles y desde miel hasta hongos, lo que hacía posible integrar connotaciones simbólicas a los alimentos, otorgándoles un valor agregado, al estar asociados a eventos religiosos y festividades.

El recorrido por las calles de la ciudad seguramente ofreció un sinnúmero de aromas provenientes de los traspatios, en los que se criaban aves, conejos y perros, así como del humo generado por múltiples cocinas en las que se procesaban granos, se preparaban caldos y se asaban o cocían ingredientes animales y vegetales. Los mercados debieron mostrar una gran diversidad de productos: ánforas con miel,

¹³¹ Ortega Cabrera, V., 2020a.

¹³² Valadéz, 2017, p. 87.

peces, cangrejos y tortugas lacustres y marinas, frutos y vegetales, granos, semillas y líquidos de diversos sabores, que hacían las delicias de propios y extraños, mostrando la riqueza culinaria de una ciudad en la que a todas horas había alguien degustando algún platillo, ya fuese de tradición propia o foránea, en lo individual o de forma colectiva.

Esta abundancia de insumos no solo refleja el poder del gobierno teotihuacano para abastecer de alimentos a su población, sino que también da muestra de las exigencias que ciertos grupos alcanzaron en torno a la comida, pues se hacía lo necesario para incluir en la dieta productos procedentes de lugares lejanos, los cuales seguramente eran procesados bajo técnicas especializadas para conservarse durante el traslado (ahumado, salado, entre otras). La presencia de pobladores con orígenes foráneos propició el intercambio de tradiciones culinarias y la adaptación de ciertos ingredientes para continuar con la elaboración de guisados propios de sus lugares de origen, como lo demuestran los utensilios de cerámica hallados en el barrio oaxaqueño (apaxtles, vasos y pichanchas), que dan cuenta de que en ese sector urbano se preparaban comidas diferentes a las del resto de la ciudad, en combinación con las que se consideraban comunes.¹³³

Finalmente, todo parece apuntar a que uno de los factores que contribuyeron a la pérdida del poder de los grupos gobernantes hacia el siglo VII de nuestra era fue el desabasto de alimentos, provocado por posibles cambios climáticos y el bloqueo de algunas rutas de intercambio, pues así como la abundancia de alimentos genera grandeza, la carencia de los mismos puede marcar el principio del fin de grandes civilizaciones y el giro de la historia hacia nuevas formas de convivencia social y de aprovechamiento del entorno.

¹³³ Véase Ortega *et al.*, 2016.



Fragmento del mural del Tlalocan, localizado en el conjunto habitacional de Tepantilta, Teotihuacán, en donde se muestran personajes interactuando con diversas plantas y animales, en las cercanías de una corriente de agua (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).

LOS RESPLANDORES DEL FUEGO

Al caer la noche sobre la ciudad, las viviendas y los grandes complejos monumentales de uso religioso y administrativo se iluminaban con miles de antorchas, manteniendo la actividad en aquellos sectores en que las tareas cotidianas rebasaban las horas del día y continuaban cuando las estrellas dominaban el firmamento.

Las caravanas de comerciantes que iban y venían por los caminos vecinos podían detener su marcha unas horas y observar a lo lejos el brillo nocturno de una ciudad en la que se tejían sueños, creaciones e ideas de grandeza. Los sacerdotes y sabios hacían las cuentas de los días y las noches basados en los movimientos del sol, la luna y las estrellas, para establecer las fechas precisas de las conmemoraciones en que participarían habitantes y fuereños, calculando el momento propicio en que el gobierno debía manifestar sus órdenes.

Estos cálculos calendáricos habrían de ajustarse con los de otras culturas, para demostrar que Teotihuacán tenía un modelo integrador, válido para todo el mundo mesoamericano, pues en esta ciudad se encontraban las montañas sagradas más reconocidas y legitimadas de su tiempo, razones por las que debían llevarse a cabo eventos ceremoniales vistosos y multitudinarios, que dieran vida a esa enorme avenida procesional que hoy conocemos como Calzada de los Muertos, así como a las grandes plazas que alojaban los templos más prominentes.

Cada ciclo anual debió estar cargado de festejos, conmemoraciones y celebraciones, dedicados a personajes, dioses o eventos memorables, pues así lo manifiestan las pinturas murales, los edificios, las plazas y las viviendas, al mostrar los ecos de las reuniones amenizadas por danzas, música, comida y plática.

Teotihuacán fue diseñada para congregarse y facilitar la vida de miles de habitantes, que participarían de manera muy activa en las grandes ocasiones, pues éstas requerían del manejo inteligente de elementos como el agua y el fuego para dar mayor realce a los actos ceremoniales. Ellos debieron planear y ejecutar escenificaciones y actos en los que se necesitaba de los resplandores del fuego, de las chispas que saltaban al arder los leños de grandes hogueras, así como del humo provocado por el agua al apagar las llamas; eran ellos quienes debían controlar estos actos para que las llamas no se desbordaran y abarcaran otros espacios, o para que el agua no inundara más allá de lo necesario.

Estos actos dejaron su huella en el registro arqueológico y es por eso que podemos imaginarlos, pues durante los siglos xx y xxi, los arqueólogos han hallado numerosas evidencias de importantes fuegos incendiarios, que hicieron resplandecer el cielo nocturno en los complejos arquitectónicos administrativos y monumentales.

En el año de 1884 el explorador, arqueólogo y viajero francés Desiré Charnay visitó las ruinas de Teotihuacán y realizó algunas excavaciones en ellas, encontrando restos de vigas carbonizadas en diversos lugares, que lo llevaron a suponer que la ciudad había sido incendiada durante su final.¹³⁴ Años después, durante sus exploraciones en el sitio, el arqueólogo del porfiriato, Leopoldo Batres y Huerta, concluyó que todo lo que encontraba estaba quebrado y calcinado por el fuego, por lo que la ciudad pudo haber sido destruida por algún enemigo,¹³⁵ argumento que volvió a salir a la luz cuando Manuel Gamio encontró fragmentos de madera quemada en contacto con los pisos, durante sus exploraciones.¹³⁶

En la década de 1940, Pedro Armillas reportó que había hallado una gruesa capa de ceniza, madera carbonizada, vigas y pilares, así como alteraciones de color en la pintura de los muros, manchas de humo y aplanados de lodo cocidos por la exposición al fuego en diversos edificios de la Calzada de los Muertos,¹³⁷ evidencias muy similares a las reportadas por el equipo de René Millon en la década de los años sesenta, que incluyeron huellas de exposición al fuego en las escalinatas de las plataformas que delimitan la Calzada de los Muertos y en los edificios monumentales. En esa misma década, Jorge Acosta, que exploraba el Palacio de Quetzalpapálotl, utilizó las múltiples vigas carbonizadas encontradas sobre los pisos de esa construcción, para realizar fechamientos por radiocarbono y reconstruir el sistema de techado de los edificios, toda vez que buena parte de la vigería sucumbió ante el fuego y quedó completamente sobre el piso, proporcionando una magnífica oportunidad para registrarla.¹³⁸

¹³⁴ Charnay, D., 1884.

¹³⁵ Batres, L., 1906.

¹³⁶ Gamio, M., 1979.

¹³⁷ Armillas, P., 1944.

¹³⁸ Acosta, J., 1964.

Los fechamientos obtenidos por Jorge Acosta apuntaron a fechas aproximadas entre el 550 y 650 d.C. para el evento incendiario, lo que proporcionó uno de los primeros marcos cronológicos para establecer el final de la época teotihuacana, relacionándola además con un evento destructivo de incendios sistemáticos, demolición de edificios y emigración masiva que provocaría el abandono total de la otrora grandiosa urbe, hacia el año 550 d.C.¹³⁹

Sin embargo, nuevos estudios, con técnicas de fechamiento específicas para materiales sometidos a altas temperaturas, nos proporcionan un escenario alternativo, caracterizado por eventos en que los incendios fueron cíclicos, sistemáticos y controlados, pues se encuentran asociados a etapas de renovación de algunos edificios y en fechas relacionadas con la conmemoración de las ampliaciones a ciertos edificios, particularmente la Pirámide de la Luna y el Templo de la Serpiente Emplumada.¹⁴⁰

Algunos fechamientos apuntan hacia los años 350 y 450 d.C. para los incendios, momento en que además fueron destruidos murales con temáticas mayas en la Plaza de las Columnas y se construyó la sexta etapa de la Pirámide de la Luna, aunado a un cambio en el simbolismo de la serpiente emplumada que, al parecer, fue relevada por figuras y representaciones de felinos y cánidos en diversos programas escultóricos y pictóricos de la ciudad,¹⁴¹ mientras que en los registros escritos en el área maya en esos años se menciona la llegada de grupos teotihuacanos a aquella región, lo que tendría un impacto importante en su historia.¹⁴²

Es posible relacionar todos esos cambios con el cierre de un ciclo y la conmemoración de nuevas alianzas y vínculos, principalmente con la región del *mayab*, pues hay una aparente sincronía de los eventos incendiarios de diferentes espacios de la ciudad, que no buscaban devastar, sino renovar, pues las huellas del fuego fueron cubiertas por un nuevo mural, un piso o por la ampliación de las edificaciones.

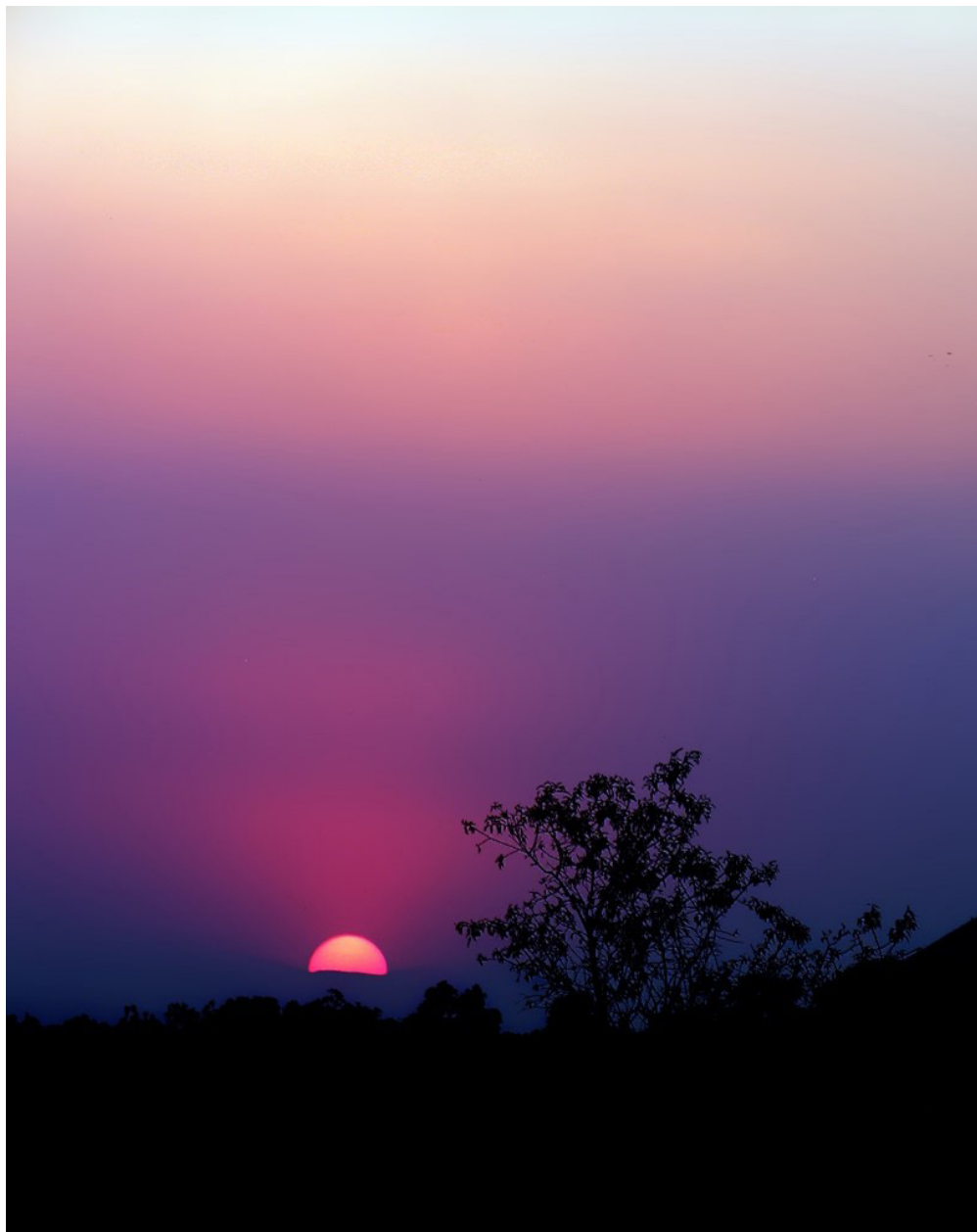
¹³⁹ Manzanilla, L. 2017, Matos, E. 2009.

¹⁴⁰ Goguitchaichvili, Ortega, *et al.*, 2022.

¹⁴¹ *Ídem.*

¹⁴² Laporte, 1989.

Pero, en un momento dado, estos ciclos de renovación ya no tuvieron lugar en Teotihuacán y se trasladaron a las ciudades emergentes hacia el siglo VII d.C., como Cantona y Cholula en Puebla, o Xochicalco en Morelos, hacia donde se dirigieron grandes grupos de teotihuacanos para continuar con sus vidas y renovarse, dejando atrás las memorias de una ciudad que mantuvo su resplandor por muchos años más y cuyo brillo aun nos sigue deslumbrando.



El sol ocultándose en el horizonte, frente a la Pirámide del Sol (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).

LAS VOCES QUE RESUENAN EN EL SILENCIO

Tuvieron que pasar siete siglos, después de que se diera por última vez el ciclo de renovación en la ciudad, para que emergiera de nuevo su presencia en la memoria de los pueblos del altiplano central. Hacia el siglo XI d.C., diversos grupos culturales emigraron del norte hacia el centro de Mesoamérica, muchos de ellos conocidos como chichimecas, cuyo caudillo Xólotl fue el iniciador de una dinastía que integró grupos de habla otomí y náhuatl,¹⁴³ surgiendo entonces ciudades como Tenayuca, Azcapotzalco, Culhuacán y Texcoco.

La historia de este caudillo quedó plasmada en un códice que lleva su nombre y en el que se muestra el territorio que reconoció junto a su hijo Nopaltzin, cuando llegaron a esta región. En su recorrido, ambos subieron a un cerro llamado Atonan (hoy cerro Gordo), desde donde observaron diversos pueblos, incluyendo Teotihuacan, que fue representado en las láminas 1, 3 y 6 a partir del dibujo de basamentos escalonados acompañados de diferentes figuras; por ejemplo en la lámina 1 la referencia a Teotihuacán son dos basamentos piramidales sobre el dibujo de una cueva,¹⁴⁴ mientras que en la lámina 6, cuadrante 1C, se observa una pirámide escalonada debajo de un resplandor solar.¹⁴⁵ Cabe mencionar que en este último caso, existe además una palabra en caracteres latinos que se lee “Teo huacan”, lo que refuerza a la imagen y valida el nombre del lugar.¹⁴⁶

De esta forma, la ciudad se hace presente en un documento que registra acontecimientos que se desarrollan entre los años 1409 y 1427 d.C., lo que nos permite ubicar a las ruinas de la ciudad como un punto de importancia geopolítica, que formaba parte del territorio texcocano y sobresalía en el paisaje dada la grandeza de sus construcciones.

¹⁴³ León Portilla, 1977, p. 22.

¹⁴⁴ Sánchez, 2020, p. 40.

¹⁴⁵ La imagen se complementa con la figura de un personaje posado en un asiento de tule, misma que ha sido reconocida como el glifo del Municipio de Teotihuacán (Bando Municipal de Teotihuacán).

¹⁴⁶ Ortega, Vergara y del Castillo, 2021. Es importante aclarar que esta palabra fue plasmada en el documento en la época novohispana, en lengua náhuatl, por lo que hasta el momento se desconoce cómo y en qué lengua se leía el nombre en el momento en que fue representado.



Izquierda: Representación de Teotihuacán como lugar dentro del paisaje registrado por Xólotl y su pueblo (lámina 6, cuadrante 1C del Códice Xólotl). Derecha: Detalle del basamento escalonado bajo el resplandor solar, en alusión a la Pirámide del Sol y el momento en que el sol se alinea con ella en determinadas fechas (tomado de Ortega, Vergara y del Castillo, 2021, pág. 285).



Basamentos piramidales dibujados en la lámina 1 del Códice Xólotl, su coloración verdosa indica que se encuentran cubiertos de hierba, abandonados (López Luján, 2021).

Con la llegada de los europeos en el siglo XVI a estos territorios, el paisaje geopolítico sufrió cambios abruptos que afectaron severamente a la población originaria, imponiéndose una estructura social e ideológica que intentó absorber al sistema anterior para beneficiarse de él, pero que generó injusticias en el nuevo reparto de tierras y el reconocimiento de derechos para las familias indígenas que gobernaban antes de que fuera destruida Tenochtitlan, la capital del mundo mexicana.

En este contexto, diversos pueblos y familias indígenas presentaron demandas ante los tribunales novohispanos y españoles, reclamando sus derechos legítimos, para lo cual debieron elaborar relaciones históricas propias que, en muchos casos, se hacían a la manera que ellos conocían: con un sistema de escritura ideográfica, en el que representaron mitos, territorios, lugares, genealogías y todos aquellos elementos que dejaran constancia de la legitimidad de sus reclamos.

Para los pobladores del valle de México, la presencia física de Teotihuacán continuó siendo un punto de referencia en sus mapas y relatos, razón por la cual se le representó en diversos documentos, muchas veces con sus pirámides pintadas de color verde, un signo de estar cubiertas de hierba es decir, abandonadas.¹⁴⁷ Uno de esos documentos es el Códice Huamantla, elaborado hacia el año de 1592 para enaltecer la historia de los grupos otomíes en dicho lugar.¹⁴⁸ En él se describe la migración desde un lugar llamado Chiapan (actualmente en el Estado de México) hasta Huamantla, por lo que en su trayecto pasan por Teotihuacán, a la que representan con dos basamentos escalonados debajo de una representación solar.



Primer fragmento del Códice Huamantla que narra el trayecto de los Otomíes hacia Huamantla. En el recuadro azul se encuentra la referencia a Teotihuacán, con dos basamentos escalonados pintados en color verde, debajo del disco solar (INAH, BDMX, <http://bdmx.mx/documento/galeria/codice-huamantla>).



Detalle de referencia a Teotihuacán, primer fragmento del Códice Huamantla (INAH, BDMX, <http://bdmx.mx/documento/galeria/codice-huamantla>)

¹⁴⁷ Instituto Nacional de Antropología e Historia, Biblioteca Digital Mexicana.

¹⁴⁸ Huamantla es una localidad en el actual estado de Tlaxcala.

En esos mismos años, en 1590, el corregidor de los pueblos de Tequizistlan, Tepexpan, Acolman, San Juan Teotihuacán y otros pueblos, Don Francisco de Castañeda, dio cumplimiento a la Instrucción entregada por Gordián Cassasano, contador y administrador de la alcabala de Nueva España, por orden del Rey Felipe II de España, de dar respuesta a un interrogatorio en el que se describirían los pueblos cabecera de la región, por lo que se consultó con las personas de mayor edad para dar respuesta, lo que dio origen al documento llamado *Descripción de los pueblos de Tequizistlan y Tepexpa y Aculma y San Juan Teutihuacán y sus sujetos*, el cual fue acompañado de un mapa en el que se representó el territorio, los caminos, acequias, templos y poblados, entre los que sobresale una construcción indígena junto a San Juan Teotihuacán (“Óráculo de Moctezuma”) representada con dos edificios escalonados en forma de pirámide y siete triangulares que conforman un espacio abierto.

De acuerdo con el texto, en Teotihuacán se encontraba el oráculo al que cada veinte días acudían los sacerdotes de Moctezuma y el propio emperador, para rendir culto a los ídolos que se encontraban en la cima de las grandes pirámides.



Plano en el que se muestran los pueblos pertenecientes al corregimiento de Tequisistlán. En el recuadro se señala la ubicación del “Oráculo de Montezuma”, correspondiente a las ruinas de la ciudad prehispánica de Teotihuacán (tomado del Portal de Archivos Españoles, s/f, <http://pares.mcu.es/ParesBusquedas20/catalogo/find?nm=&texto=tequisistlan>).



Detalle del plano anterior, en donde se observa la representación de dos basamentos escalonados (pirámides del sol y la luna), así como los montículos que delimitan la Calzada de los Muertos (ídem).

Durante los siglos XVI y XVII se redefinieron los límites geográficos de las comunidades aledañas a las ruinas de la ciudad, como fue el caso del poblado de San Francisco Mazapa, que primero perteneció a San Juan Teotihuacán y posteriormente a San Martín Teacac (hoy San Martín de las Pirámides), lo que dio origen a un conflicto por las tierras que tuvo que dirimirse legalmente, pues varias comunidades habían quedado en la incertidumbre a falta de registros de propiedad de la tierra y de los linderos que debían cubrir las dos nuevas cabeceras.

De esta forma se elaboraron tres mapas, a saber: el Mapa Saville¹⁴⁹ en el que se representa la comunidad de San Francisco Mazapa durante el siglo XVI, pero que no cuenta con todos los elementos de la geografía del valle como es el río San Juan, que atraviesa la población; el Mapa Ayer¹⁵⁰ que muestra la ubicación de la iglesia de San Francisco y algunos terrenos; y el Mapa Mazapan que integra todos los elementos observados en los dos mapas anteriores.¹⁵¹

Las ruinas de la ciudad prehispánica fueron dibujadas como referentes geográficos, a manera de montículos de tierra sin escalonamientos y se trazó la Calzada de los Muertos a partir de dos líneas paralelas. El Templo de la Serpiente Emplumada se refirió al interior de un recuadro que hace alusión a la plataforma de La Ciudadela, y sobre él se observa una figura solar que posiblemente indica una fecha en que el astro tiene alineación con el monumento, lo que le aporta un elemento simbólico de gran importancia al documento.

¹⁴⁹ Se llama así en honor al arqueólogo estadounidense Marshall Saville, quien obsequió este mapa al Museo de Historia Natural de Nueva York, en donde actualmente se encuentra resguardado.

¹⁵⁰ Debe este nombre a Edward Ayer, coleccionista que vendió el mapa a un librero del centro de la Ciudad de México llamado W.W Blake. Este documento se encuentra bastante fragmentado y algunas de las glosas escritas sobre él no son visibles, aunque muestra elementos distintos a los del Saville. Actualmente, se encuentra resguardado en la librería Newberry de Chicago, Estados Unidos.

¹⁵¹ El Mapa Mazapan fue publicado por primera vez dentro del tercer tomo de “La Población del Valle de Teotihuacán” por José Arreola. Autores como Gamio, 1979, y Kubler, 1983, concuerdan que este documento es una copia de los dos primeros, el cual se encuentra perdido.

Y en los documentos escritos fue durante el segundo tercio del siglo XVI cuando se registró por primera vez, en caracteres latinos el vocablo *Teotihuacan*, escrito en hoja de papel europeo como parte de los relatos que los informantes indígenas de Sahagún reproducían ante un escribano, en respuesta a los cuestionamientos preparados por el fraile, dando testimonio de uno de los mitos de creación más conocidos hasta nuestros días: la leyenda de los soles.

Del principio de los dioses no hay clara ni verdadera relación, ni aun se sabe nada; mas lo que dicen es que hay un lugar que se dice Teotihuacan, y allí, de tiempo inmemorial, todos los dioses se juntaron y se hablaron diciendo: ¿Quién ha de gobernar y regir el mundo? ¿Quién ha de ser sol?—y esto ya es platicado en otra parte—. Y al tiempo que nació y salió el sol, todos los dioses murieron y ninguno quedó de ellos, como adelante se dirá en el Libro Séptimo, en el capítulo II.¹⁵²

El mito del Quinto Sol fue nuevamente narrado y registrado, aunque con variantes en lengua náhuatl y caracteres latinos, dentro del *Códice Matritense de la Biblioteca del Real Palacio* y también fue compilado en el libro séptimo del *Códice Florentino* (o *Manuscrito Sequera 1578-1579*) y de la *Historia de la Cosas de la Nueva España*. Al igual que en la *Leyenda de los Soles* en estos tres documentos se repite en el mito que: cuando era oscuridad y aún no amanecía, los dioses se juntaron en Teotihuacan “... que es el pueblo de San Juan entre Chicunautlan y Otumba...” para interrogarse sobre quién alumbraría el mundo.¹⁵³

Relacionando las anteriores citas con las imágenes que hemos visto en los documentos coloniales en que se representa a Teotihuacán, podemos observar que existe una referencia recurrente al sol y que los elementos fundamentales con que se describe al sitio son los basamentos y la figura solar, como puede observarse en los códices Xólotl, Huamantla, Mazapa y en el estudio de Antonio Peñafiel,¹⁵⁴ lo que nos ha llevado a considerar en años recientes, la posibilidad de que el nombre con que se conoció a la ciudad durante su época de esplendor, incluya la forma en que se nombraba al astro rey, en la lengua predominante del Clásico.¹⁵⁵

¹⁵² Sahagún 1989, Tomo I/IV Libro Tercero, Capítulo I, Del principio que tuvieron los Dioses, p. 271.

¹⁵³ Sahagún, 1989, Vol. II, p. 479.

¹⁵⁴ Peñafiel, A., 1900.

¹⁵⁵ Ortega, Vergara y del Castillo, 2021.

Los siglos posteriores al surgimiento de la Nueva España comenzaron a diluir en el discurso oficial el esplendor de Teotihuacán, presentándolo fundamentalmente como un sitio mítico, escenario de las leyendas y relatos mexicas en torno al origen de su dominio. El silencio pudo ser una estrategia para evitar su destrucción o para facilitar el ascenso de la Ciudad de México como nuevo centro geopolítico e ideológico sin rival, el caso es que la pérdida intencional de códices y documentos históricos, así como la relativa ausencia de sus ruinas en las memorias de San Juan Teotihuacán y pueblos aledaños, se conjugaron permitiendo que los vestigios de la ciudad prehispánica llegaran hasta el siglo XIX sin un referente claro acerca de quiénes la construyeron y le dieron vida, pero también como un lugar de importancia simbólica y sacra para el pensamiento de los pueblos originarios.¹⁵⁶

Para las autoridades religiosas y civiles novohispanas, las ruinas eran templos de idólatras en los que se adoraba al sol y a la luna, mientras que autores de la nobleza indígena como Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, las consideraban como evidencias de una ciudad más poderosa que la Tula de los toltecas.¹⁵⁷

Ya hemos hablado anteriormente del interés que los monumentos suscitaron entre los personajes letrados de los siglos XVII y XVIII, principalmente viajeros ilustrados del viejo mundo que comparaban las construcciones prehispánicas con las antigüedades del mundo clásico europeo, aplicando técnicas de medición para después describirlas de manera detallada, resaltándolas como curiosidades y atribuyéndolas a culturas míticas, protagonistas de las leyendas griegas, como los habitantes de la Atlántida.¹⁵⁸

El nacionalismo criollo y la necesidad de generar una identidad propia durante los primeros años del México independiente, provocaron el surgimiento de nuevas ideas acerca de los monumentos prehispánicos, que pasaron de ser escenarios de rituales y magia idólatras a considerarse como pruebas de un pasado indígena glorioso, cuyo momento de mayor esplendor lo representaron los mexicas.¹⁵⁹

Lo anterior propició una nueva dimensión en el acercamiento a los monumentos, pues el objetivo se centró en su registro físico de forma sistemática y científica. Así, en la década de los años sesenta del siglo XIX, bajo el auspicio del gobierno imperial

¹⁵⁶ León Portilla, M., 1977, p. 57.

¹⁵⁷ Alva Ixtlilxóchitl, 1891, p. 38.

¹⁵⁸ Gemelli Carreri, 1997, p. 86.

¹⁵⁹ Un excelente resumen de este proceso lo podemos consultar en Bolaños Sánchez, V. 2022, pp.145-154.

de Maximiliano de Habsburgo, se creó la Comisión Científica de Pachuca, con el objetivo de obtener información sobre el estado de la minería del distrito de Pachuca, considerado el más importante por sus yacimientos de plata y oro, así como de instrumentar un estudio regional para resolver el grave problema de inundaciones que sufría la Ciudad de México. Esta comisión fue encabezada por el ingeniero Ramón Almaráz y sus trabajos en el valle de México incluyeron el valle de Teotihuacán, en donde se realizó el primer levantamiento topográfico y mapa moderno de los monumentos de la antigua ciudad, que destacó por determinar las coordenadas geográficas de las dos pirámides y de La Ciudadela, así como su orientación arquitectónica.¹⁶⁰

Además del uso de instrumental topográfico propio de la minería e ingeniería en el estudio de los edificios prehispánicos, en estas décadas se integraría una técnica innovadora para el registro de los vestigios: la fotografía. Entre 1880 y 1882, el explorador francés Desiré Charnay realizó excavaciones en Teotihuacán¹⁶¹ y nos dejó un rico acervo fotográfico del lugar, además de una serie de publicaciones que describen sus descubrimientos arqueológicos.¹⁶²

¹⁶⁰ Bolaños Sánchez, V.H., 2022, p. 158.

¹⁶¹ Las excavaciones de Desiré Charnay en Teotihuacán se localizaron en el área que hoy conocemos como Edificios Superpuestos, en el Complejo Calle de los Muertos.

¹⁶² Charnay, D., 1884.



Exploraciones de Desiré Charnay en Teotihuacán (Mediateca INAH
<https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/fotografia:400606>).

Una vez realizadas las excavaciones, Charnay recuperó una importante cantidad de piezas y objetos prehispánicos que serían trasladados a Francia, conforme a un acuerdo aprobado por el gobierno de Porfirio Díaz, pero la visión nacionalista de los Diputados federales generó un acalorado debate en el Congreso en el año de 1880 para evitar dicha sustracción, bajo el argumento del carácter identitario de los hallazgos. Las piezas se mantuvieron en México, pero el gobierno francés reclamó, durante 20 años, el cumplimiento del acuerdo, logrando que en 1900 el Congreso autorizara su traslado al Museo de Trocadero en París, en donde se resguardan hasta la fecha.¹⁶³

¹⁶³ Bolaños Sánchez, V.H., 2022, p. 177 y Avelar Gabi, 2022, p. 12.

Ante estas circunstancias, el gobierno mexicano se vio en la necesidad apremiante de preservar todos los bienes referentes a la historia de las grandes civilizaciones prehispánicas, para fortalecer la idea de una patria mexicana unida y orgullosa de su pasado, creando así el cargo de inspector y conservador de monumentos arqueológicos de la República, cuyo primer funcionario fue el arqueólogo Leopoldo Batres y Huerta, quien exploraría, en esos tiempos, el Templo de la Agricultura y los edificios superpuestos (entonces llamados edificios subterráneos) en Teotihuacán.¹⁶⁴

En 1895, ya iniciados los preparativos para la conmemoración del primer centenario del inicio de la gesta insurgente que llevaría a la independencia de México, el General Porfirio Díaz, presidente de la República, ordenó comenzar trabajos de reconstrucción en las ruinas de Teotihuacán, por lo que diferentes secretarías de gobierno presentaron sus propuestas, pero fue la Secretaría de Instrucción Pública la que planteó la “exploración y reparación de algunos monumentos prehispánicos de Teotihuacán”, que incluía el descubrimiento y consolidación de la Pirámide del Sol, quedando los trabajos a cargo de Leopoldo Batres, quien inició las excavaciones el 20 de marzo de 1905.¹⁶⁵

Durante cinco años se movilizaron cientos de toneladas de tierra y piedras que cubrían la gran pirámide, para lo cual fue necesario construir una vía del tren en la que correrían pequeños carros de carga para evacuar el escombros, producto de las excavaciones.

El 10 de septiembre de 1910, mediante una visita a la Pirámide del Sol y la Vía Sacra (nombre asignado por Leopoldo Batres a la Calzada de los Muertos), a la que asistieron más de 200 personas, entre asistentes al Congreso Internacional de Americanistas, diplomáticos residentes en México y personalidades de la política nacional, se abrió la zona a la visita pública.

¹⁶⁴ Lombardo de Ruiz, 1985, p. 33.

¹⁶⁵ Bolaños Sánchez, op.cit., p. 180.



Trabajadores durante proceso de desmonte en la Pirámide del Sol
(Mediateca INAH, <https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/fotografia%3A321700>).



Justo Sierra, Leopoldo Batres y otras personalidades durante el Congreso Americanistas visitando la Pirámide del Sol, año de 1910 (Mediateca INAH, <https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/fotografia%3A370461>).



Visitantes recorren una de las salas del Museo de Teotihuacán, año de 1910 (Mediateca INAH, <https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/fotografia%3A402500>).

TEOTIHUACÁN Y EL RESPLANDOR DE LA MODERNIDAD

En el año de 1921, Alberto J. Pani, secretario de Relaciones Exteriores, durante el gobierno de Álvaro Obregón, en una ceremonia con motivo de los festejos del centenario de la consumación de la independencia del país, expresó al cuerpo diplomático acreditado en México, que el turismo permitiría a los mexicanos admirar nuevos panoramas y poblaciones, estimulando su solidaridad, además de que el turismo extranjero interesado en conocer los vestigios de las culturas antiguas generaría inversiones, empleos y divisas, contribuyendo al desarrollo material y moral del país.¹⁶⁶

Hacia 1920, el arqueólogo Manuel Gamio había desarrollado un proyecto para aprovechar el valle de Teotihuacán como región turística con base en su belleza natural, sus sitios pintorescos, antecedentes históricos y monumentos, así como por las facilidades de comunicación con la capital del país. Como atractivos para el visitante se mencionaban las gigantescas pirámides, las esculturas, los murales policromos y el espacioso museo, con los que podría acercarse al conocimiento de la vida prehispánica del sitio, sus costumbres y rituales.

Por otro lado, también se incluían los monumentos virreinales, desde el ex convento de Acolman, hasta las parroquias e iglesias de las comunidades circunvecinas a las ruinas prehispánicas, así como los cerros y volcanes cercanos, que invitaban a vulcanistas y alpinistas a explorar cráteres inactivos y montículos arqueológicos inexplorados; la población de San Juan Teotihuacán, con sus numerosos manantiales, ahuehuetes centenarios y una variada flora, ofrecía un agradable ambiente, en tanto que el Cerro de los Ixtetes podía ser un atractivo para geólogos y personas interesadas en las manufacturas de lapidaria, que podían encontrarse en ese sitio. Con el interés de promover las corrientes de visitantes, el propio Manuel Gamio publicó en 1921 la *Guía para visitar la ciudad arqueológica de Teotihuacán*.¹⁶⁷

¹⁶⁶ Díaz y Madero, citado por Mercado López, 2016, p. 1031.

¹⁶⁷ Gamio citado por Mercado López 2016, p. 1030.

En esos años llegar a la Zona Arqueológica de Teotihuacán partiendo de la CDMX requería de varias horas de viaje en ferrocarril hasta la estación de San Sebastián Xolalpan, desde donde partía un tren jalado por mulas que transportaba a los pasajeros hasta el Museo de Sitio y la Pirámide del Sol.

Hacia la década de los años sesenta del siglo XX una moderna autopista de cuatro carriles conectó a la CDMX con la zona arqueológica, facilitando la llegada de mexicanos y extranjeros que arribaban al aeropuerto internacional Benito Juárez y visitaban Teotihuacán en un recorrido de unas horas. El gran proyecto arqueológico Teotihuacán 1962-1964, auspiciado por el gobierno del presidente Adolfo López Mateos, expropió 264 hectáreas para conformar el área resguardada por el gobierno y sufragó la exploración de diversos monumentos, como la Pirámide de la Luna, su plaza y el Palacio de Quetzalpapálotl, desarrollando la infraestructura de visita que hasta la fecha funciona en la zona arqueológica: un nuevo museo de sitio, áreas de venta de artesanías, estacionamientos, servicios sanitarios, un restaurante al interior del área monumental y un circuito escénico que interconecta a los diferentes edificios prehispánicos, propiciando recorridos amplios entre uno y otro.¹⁶⁸

Teotihuacán se convirtió entonces en el escenario arqueológico más comprensible y atractivo del país, abierto a un mundo ávido de conocerlo y en concordancia con la reconfiguración museística que se llevaba a cabo en ese momento, mediante la construcción del nuevo Museo Nacional de Antropología en el bosque de Chapultepec, la adaptación del antiguo Colegio de San Francisco Javier en Tepotzotlán para alojar al Museo Nacional del Virreinato, así como muchas otras obras emprendidas bajo la administración de Jaime Torres Bodet como Secretario de Educación Pública, figura de gran influencia en el ámbito intelectual del momento.¹⁶⁹

Actualmente, la visita a esta zona arqueológica forma parte de un circuito turístico cultural que integra a la CDMX con su área conurbada y se conecta con dos aeropuertos internacionales, lo que le confiere una dinámica poblacional, económica y turística que genera fuertes presiones al patrimonio cultural.

¹⁶⁸ Ortega, Esquivel y González, 2022.

¹⁶⁹ Medina González y Ortega Cabrera, 2020, pp. 57-58.



Mapa de la Zona Arqueológica de Teotihuacán que muestra la infraestructura de visita habilitada en la actualidad (Diseño de Antares Andrea Díaz Ortega).

Con el objetivo de proteger los vestigios prehispánicos, el gobierno federal ha establecido un marco jurídico que consta de cuatro decretos presidenciales (1907, 1964, 1988 y 2012), además de la integración del expediente técnico para que la Organización para la Educación, la Ciencia y la Cultura de la ONU (UNESCO) incluyera a la ciudad prehispánica de Teotihuacán en la lista de patrimonio mundial en el año de 1987 a partir del cumplimiento de cinco de los seis criterios que se le piden a los sitios culturales para ingresar a dicha lista, los cuales se presentan a continuación:

Criterio i. *Representar una obra de arte del genio creador humano.*

El complejo ceremonial de Teotihuacán representa un logro artístico único por el enorme tamaño de sus monumentos, como por su disposición rigurosa basada en la armonía del cosmos. El arte de los teotihuacanos fue el más desarrollado entre las civilizaciones del Clásico en México.

Criterio ii. *Atestiguar un intercambio de influencias considerable, durante un periodo concreto o en un área cultural determinada, en los ámbitos de la arquitectura o la tecnología, las artes monumentales, la planificación urbana o la creación de paisajes.*

La influencia de la primera de las grandes civilizaciones del Clásico mesoamericano fue ejercida sobre toda la región central de México, Yucatán y más allá de Guatemala durante el periodo Teotihuacán III.

Criterio iii. *Aportar un testimonio único, o al menos excepcional, sobre una tradición cultural o una civilización viva o desaparecida.*

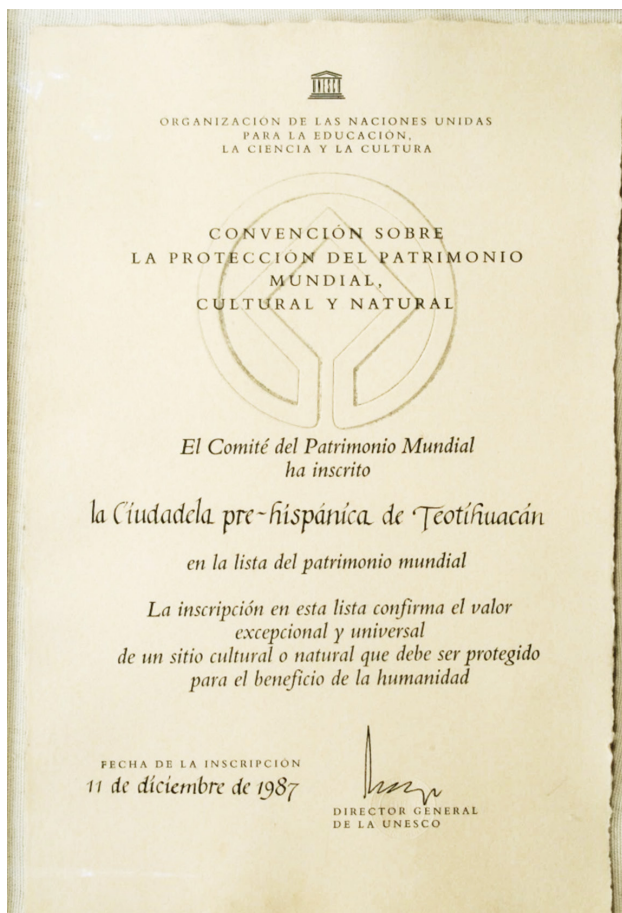
Mucho más grande que la estrecha zona del centro ceremonial, el sitio arqueológico de Teotihuacán corresponde a una ciudad de al menos 25 000 habitantes. Teotihuacán y su valle son un testimonio único de las estructuras pre-urbanas del México antiguo.

Criterio iv. *Constituir un ejemplo eminentemente representativo de un tipo de construcción o de conjunto arquitectónico o tecnológico, o de paisaje que ilustre uno o varios periodos significativos de la historia humana.*

Flanqueando la inmensa Avenida de los Muertos, un grupo único de monumentos sagrados y plazas para el culto en Teotihuacán, constituyen un valioso ejemplo de un centro ceremonial pre-colombino.

Criterio v. *Estar directa o materialmente asociado con acontecimientos o tradiciones vivas, con ideas, creencias u obras artísticas y literarias que tengan un significado universal excepcional. (Para el Comité, este criterio debería estar relacionado con otros criterios).*

Posterior a la destrucción y abandono de la ciudad, alrededor del año 650 d.C., sus ruinas fueron envueltas en leyendas. De acuerdo con los escritos del siglo XVI, los rituales practicados por Moctezuma cada 20 días en el sitio, atestiguan la persistencia de creencias que hacen de Teotihuacán un lugar sagrado de excepcional valor, razón por la que en la actualidad permanece como un símbolo de identidad nacional.



Pergamino de inscripción de la ciudad prehispánica de Teotihuacán en la lista de patrimonio mundial de la UNESCO, que se exhibe en el Museo de la Cultura Teotihuacana (Fotografía de Aldo Díaz Avelar).

LOS RESPLANDORES DEL FUTURO

Este breve panorama del conocimiento que tenemos sobre la ciudad antigua de Teotihuacán, de sus habitantes y los eventos ocurridos durante los siglos de desarrollo cultural, nos muestra que la obra humana trasciende gracias al trabajo en común, la inteligencia y creatividad para enfrentar los retos de cada época.

Fueron resplandores de fuego volcánico los que incitaron la migración de muchas comunidades hacia un sitio más seguro, desde donde se apreciaran las grandes montañas, pero sin correr el riesgo de ser devorados por los fenómenos eruptivos. Las características de este valle, su ubicación en una ruta estratégica que conecta las costas del océano Pacífico con las del Atlántico y la cercanía de los yacimientos de obsidiana, propiciaron el poblamiento de una ciudad que se proyectó como modelo de planeación, simbolismo y poder hasta nuestros días.

Son muchos los temas que se deben abordar desde la ciencia para comprender la complejidad de la sociedad teotihuacana, por lo que sus vestigios son una de las fuentes más importantes que hay en el mundo para el estudio de las sociedades antiguas, lo que hace imprescindible sumar esfuerzos en su conservación, a través del trabajo coordinado entre los teotihuacanos modernos, sus autoridades y todos aquellos interesados en aprovechar el legado cultural del pasado prehispánico.

También es momento de redescubrir la riqueza del valle, los recursos naturales que han cobijado a los seres humanos desde hace más de cuatro milenios, moldeando la forma de vida de sus habitantes al tiempo que han sido modificados para satisfacer sus necesidades. Y en este punto nos encontramos en el siglo XXI, en que somos testigos y habitantes de un territorio que sigue proveyendo sustento a una población altamente demandante, que poco le retribuye en términos de conservación y sustentabilidad.

Son muchos los intereses en torno a los vestigios de la gran ciudad, razón por la cual hace falta un mayor entendimiento entre los diversos actores sociales que confluyen en ella, para garantizar un aprovechamiento equilibrado de su patrimonio y el desarrollo planeado y consensuado de sus habitantes y de las miles de personas que todos los días se acercan al valle para disfrutar de su singularidad.

Son las nuevas generaciones las que resguardarán la herencia de este sitio considerado patrimonio mundial, por lo que el presente trabajo está enfocado a ellas, buscando generar el interés y aprecio por el trabajo desarrollado tanto por los constructores y habitantes de la urbe, como por sus descubridores e investigadores, pues gracias a los conocimientos generados en el pasado y en el presente, han construido una conciencia de lo que significa ser teotihuacano.



Izquierda: habitantes de San Sebastián Xolalpan portando al santo patrono y una efigie de Huehuetéotl. Derecha: procesión de San Martín Caballero sobre el periférico empedrado de la Zona Arqueológica de Teotihuacán (Fotografías de Aldo Díaz Avelar).



Vista de la Pirámide del Sol desde el centro urbano de San Martín de las Pirámides
(Fotografía de Aldo Díaz Avelar).

AGRADECIMIENTOS

A la Universidad Autónoma del Estado de México, especialmente al Sr. Rector, el Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales, Carlos Eduardo Barrera Díaz, por su disposición para difundir el legado cultural de Teotihuacán, así como a la Doctora en Educación, Susana Esquivel Ríos, Directora del Centro Universitario UAEMEX Valle de Teotihuacán, por su compromiso con el desarrollo académico y de investigación en la región. A todas las autoridades universitarias vinculadas con este proyecto.

Para el desarrollo del presente texto debo agradecer al Instituto Nacional de Antropología e Historia, que financió diversas temporadas de excavación y conservación en Tlaliloltepec Barrio Oaxaqueño, Plaza de la Luna, Plaza de las Columnas y Complejo Arquitectónico Quetzalpapálotl, de la Zona Arqueológica de Teotihuacán entre 2008 y 2017.

A las comunidades vecinas de la Zona Arqueológica de Teotihuacán, por permitirnos explorar y redescubrir su pasado prehispánico. Al Dr. Enrique del Castillo Gómez y a la Lic. Edith Vergara Esteban, por sus aportaciones al conocimiento de la geosemántica de Teotihuacán. A Amer Ghasemi Asl por la edición de la fotografía de portada.

A mi familia, por su tiempo y amor, a Aldo Díaz Avelar y Antares Andrea Díaz Ortega por sus extraordinarias fotografías.

REFERENCIAS

Acosta, J. (1964). *El Palacio de Quetzalpapalotl*. Memorias del Instituto Nacional de Antropología e Historia X. INAH, México.

Acosta Ochoa, G. y García Gómez, V.H. (2022). La importancia de la obsidiana de Otumba durante el periodo Arcaico en la Cuenca de México: un análisis mediante pXRF, en revista *Latin American Antiquity*, Vol. 33, No. 4, pp. 1-18.

Alfaro, E., Belmont M., A., Cervantes, V., *et al.* (2007). Cámaras ocultas en la Pirámide del Sol, *Investigación y ciencia*, pp. 62-71.

Alva Ixtlixóchitl, F. (1891). *Obras históricas de Don Fernando de Alva Ixtlixóchitl. Publicadas y anotadas por Alfredo Chavero*. Oficina tipográfica de la Secretaría de Fomento, México. https://dgb.cultura.gob.mx/libros/dgb/81702_1.pd

Angulo, J. (1996). Teotihuacán. Aspectos de la cultura a través de su expresión pictórica en Beatriz de la Fuente (Coordinadora). *La Pintura Mural Prehispánica en México I, Teotihuacán, Tomo II Estudios*, UNAM, INAH, México, pp. 65-186.

Archer Velasco, J., Ortega Cabrera, V., Melgar Tisoc E. y Pérez Pérez, J. (2021). Ancient high-status burial of a woman at Tlailotlacan , a neighborhood in the city of Teotihuacan, *Astronomische Nachrichten*, Vol. 342, pp. 25-30.

Argote, D. *et al.* (2020). Designing the underworld in Teotihuacan: Cave detections beneath the Moon pyramid by ERT and ANT surveys. *Journal of Archaeological Science*, Vol. 118, pp. 1-9.

Armillas, P. (1950). Teotihuacan, Tula y los toltecas: las culturas posarcaicas y preaztecas del centro de México. Excavaciones y estudios, 1922-1950, *Runa*, pp. 37-70.

Armillas, P. (1944). Exploraciones recientes en Teotihuacan, México. *Cuadernos Americanos*, XVI 4, pp. 121-136.

Arribas, S. (2019). *La semiótica del material: el jade en las culturas precolombinas Mesoamericanas*. Tesis de Historia del Arte, Universidad de Salamanca.

Avelar Gabi, M. (2022). *La administración de los bienes arqueológicos de Teotihuacán en los años 1916 y 1920*. Tesis de Licenciatura en Arqueología, ENAH, INAH, México.

Báez Pérez, M. (2005). *Comercio y política exterior teotihuacana: el caso de la interacción con el sur de Puebla durante el Clásico*. Tesis de Maestría en Arqueología, ENAH, México.

- Bando Municipal San Martín de las Pirámides (2018)
<https://legislacion.edomex.gob.mx/sites/legislacion.edomex.gob.mx/files/files/pdf/bdo/bdo2018/bdo077.pdf>, consultado el 21 de marzo de 2020.
- Barba, L. y Córdova, J.L. (1999). Estudios enérgicos de la producción de cal en tiempos teotihuacanos y sus implicaciones, *Latin American Antiquity*, Vol. 10, No. 2, pp. 168-179.
- Batres, L. (1906). *Teotihuacán. Memoria*. Imprenta de Fidencio S., Soria, México.
- Bolaños Sánchez, V. H. (2022). *Ontología del patrimonio. Sociedad y práctica arqueológica en la significación del patrimonio arqueológico de Teotihuacán*. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, El Colegio de Michoacán, México.
- Bradford, W. A. (2012). La habilidad de los artesanos de navajas prismáticas y su relación con la intensidad productiva: un análisis comparativo de datos del periodo clásico en Teotihuacán y del periodo epiclásico en Xochicalco, *Cuicuilco* No. 54, 9-34.
- Cabrera Castro, R. (2003). “Atetelco. Introducción general” en Cabrera, R. y Ortega, V., Investigaciones recientes en el Conjunto Arquitectónico de Atetelco, INAH, México, 1-17.
- Cabrera astro, R. (2003 a). Nuevos diseños iconográficos pintados sobre un piso de La Ventilla, Teotihuacán. *La pintura mural prehispánica en México, Boletín Informativo* No. 18, IIE, UNAM, México, pp. 22-29.
- Cabrera Castro, R., Morelos, N. y Rodríguez, I. (1991). *Teotihuacán 1980-1982. Nuevas interpretaciones*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- Cabrera Castro, R., Cowgill, G. y Sugiyama, S. (1990). “El Proyecto Templo de Quetzalcóatl y la práctica a gran escala del sacrificio humano”. Cardós de Méndez, A. (Edit.), *La Época Clásica: Nuevos Hallazgos, Nuevas Ideas*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, pp.123-146.
- Carballo, D. (2017). “El desarrollo de la sociedad urbana en el Altiplano Central mexicano durante el Formativo y la transición al Clásico”, *Revista Española de Antropología Americana*, 47, pp. 199-218.
- Caso, A. (1942). El paraíso terrenal en Teotihuacán, *Cuadernos Americanos*, Vol. 6, pp. 127-136.
- Caso, A. (1967). *Los calendarios prehispánicos*, UNAM, México.
- Cervera, J. (2010). Breve reseña sobre métodos para datación arqueológica. *Estrát Critic, Revista de Arqueología*, No. 4, pp. 91-99.

Charnay, D. (1884). Mis descubrimientos en México y en la América Central. Montaner y Simon (Ed.), *América Pintoresca. Descripción de viajes al nuevo continente por los más modernos exploradores*, Barcelona, pp. 275–476.

Cowgill, G. L. (2005). Sacrificios rituales y la pirámide de la Serpiente Emplumada en Teotihuacán, México, FAMSI <http://www.famsi.org/reports/96036es/96036esCowgill01.pdf>

Cowgill, G. L. (1992). "Social differentiation at Teotihuacan", en Chase, D. Z. y A. F. Chase (eds.), *Mesoamerican elites. An archaeological assessment*, University of Oklahoma Press, Norman, pp. 206-220.

Cowgill, G. L. (1983). "Rulership and the Ciudadela: Political Inferences from Teotihuacán Architecture." R. M. Leventhal, y A. L. Kolata (Eds.) *Civilization in the Ancient Americas: Essays in Honor of Gordon R. Willey*, University of New Mexico Press and Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, Harvard University, Cambridge, Massachusetts, pp. 313-343.

De la Fuente, Beatriz (coord.) (1996). *La pintura mural prehispánica en México*, vol. 1 Teotihuacán México, Universidad Nacional Autónoma de México (Instituto de Investigaciones Estéticas), Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

Demarest, A. (2004). *Ancient Maya: the Rise and Fall of a Rainforest Civilization*, Cambridge University Press, Cambridge.

Demarest, A. y Foias, A. (1993). "Mesoamerican Horizons and the Cultural Transformations of Maya Civilization", Stephen Rice, D. (editor), *Latin American Horizons*. Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington D.C., pp. 147-191.

El Universal (2019). "Élites mayas participaban en eventos en Teotihuacán", en: <https://www.eluniversal.com.mx/cultura/patrimonio/elites-mayas-participaban-en-eventos-en-teotihuacan>, consultado el 23 de noviembre de 2019.

Engelking de Vicenzo, C. E. (2008), *La conformación del paisaje en el valle de Teotihuacán y su entorno derivado de la práctica agrícola histórica y contemporánea; Condición actual y propuestas de conservación y salvamento*, Tesis de Maestría en Diseño, Universidad Autónoma Metropolitana, México.

Fahmel Beyer, B. (1995). *En el cruce de caminos. Bases de la relación entre Monte Albán y Teotihuacán*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México.

Fahmel Beyer, B. (1998). "Monte Albán IIIB-IV y su red de interacción con el

Altiplano Mexicano", Rattray, E. (editora), *Rutas de intercambio en Mesoamérica*, III Coloquio Pedro Bosch Gimpera. Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México, pp. 201-212.

Fash, W. (2002). "El legado de Teotihuacán en la ciudad maya de Copán, Honduras", Ruiz Gallut, M. E. (editora), *Ideología y política a través de materiales, imágenes y símbolos*, Memoria de la Primera Mesa Redonda de Teotihuacán. Conaculta- INAH, UNAM, México, pp. 715-729.

Favila Cisneros, H. (2018). "Alimentación Prehispánica en la Cuenca del Valle de México, el caso de Tlalpizáhuac", en Marcelino Castillo Nechar y Héctor Favila Cisneros (Coords.), *Gastronomía y turismo: diseño de indicadores, políticas y cultura*, UAEMEX, México, pp. 201-212.

Florescano, E. (2006). Chichén Itzá, Teotihuacán and the origins of the Popol Vuh, *Colonial Latin American Review*, Vol. 15, No. 2, pp. 129-42.

Gamio, M. (1979). *La población del Valle de Teotihuacán*, INI, México.

Gamio, M. (1922). "Capítulo I. Datos geográficos", en Gamio, Manuel (Director) *La población del Valle de Teotihuacán*, Tomo I. Dirección de Antropología, Secretaría de Educación Pública, México.

Gamio, M. (1922A). "Introducción", en Gamio, M. (Director). *La población del Valle de Teotihuacán, introducción, síntesis y conclusiones*, Dirección de Antropología, Secretaría de Educación Pública, México.

Gamio, M. (1922B). *La población del Valle de Teotihuacán*, Vol. I, La población Prehispánica. Secretaría de Agricultura y Fomento, México.

García Capistrán, H. (2006). *Búhos, lanzadardos y anteojeras: elementos teotihuacanos en Tikal. ¿Presencia o influencia?*, Tesis de Licenciatura en Historia. Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México.

Gendrop, P. (1984). "El tablero-talud en la arquitectura mesoamericana". *Rev. Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana*, Número 2, Julio de 1984, Facultad de Arquitectura, UNAM, México, pp. 5-28.

Gemelli Carreri, F. (1997). "De los cuéles o pirámides de San Juan Teotihuacán". *Antología de documentos para la historia de la arqueología de Teotihuacán*, por Gallegos, R. (coord.), Colección Antologías-INAH, México, pp. 85-88.

Gobierno de San Martín de las Pirámides (2003). Plan Municipal de Desarrollo Urbano de San Martín de las Pirámides, Secretaría de Desarrollo Urbano y Vivienda, Gobierno del Estado de México.

http://seduv.edomexico.gob.mx/planes_municipales/san_martin/SAN%20MARTIN%20DE%20LAS%20PIRAMIDES.pdf, consultado el 22 de marzo de 2020.

Gogutchachvili, A.; Ortega, V. *et al.* (2022). Refining the absolute chronology of Teotihuacan (Mesoamerica): New archaeomagnetic datings of fire footprints. *Journal of Archaeological Science: Reports* (42), pp. 1-6.

Gómez, S. (2017). "The underworld al Teotihuacan: the sacred cave under the feathered serpent pyramid". Robb, M. (Compilador). *Teotihuacan. City of water, City of fire*. Fine Arts Museum of San Francisco, de Young Los Angeles County Museum of Art, pp. 48-55.

Helmke, C. y Nielsen, J. (2013). "The Writing on the Wall: A Paleographic Analysis of the Maya Texts of Tetitla, Teotihuacan", Nielsen, J. y Helmke, C. (editores), *The Maya in a Mesoamerican Context: 154 Comparative Approaches to Maya Studies*. Proceedings of the 16th European Maya Conference. Copenhagen, December 5-10, 2011. *Acta Mesoamericana* Vol. 26. Verlag Anton Saurwein, Markt Schwaben, pp. 123-166.

Heyden, D. (1975). An interpretation of the cave underneath the Pyramid of the Sun in Teotihuacan, Mexico. *American Antiquity*, Vol. 40, No. 2, pp. 131-147.

Holmes, W.H. (1885). The Monoliths of San Juan Teotihuacan, Mexico. *The American Journal of Archaeology and of the History of the Fine Arts*, Vol. 1, No. 4, pp. 361-371 Published by: Archaeological Institute of America Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/496418>

Instituto Nacional de Antropología e Historia (s/f). Códice Huamantla
<http://bdmx.mx/documento/codice-huamantla>

Instituto Nacional de Prevención Sísmica INPRES, (2020). Tipos de erupciones volcánicas, p. 1-10.

<http://contenidos.inpres.gob.ar/docs/TIPOS%20DE%20ERUPCIONES%20VOLC%3%81NICAS.pdf>

Jarquín Pacheco, A.M. (2002). *El Conjunto Norte y lado este de La Ciudadela: análisis de contextos arqueológicos del periodo Clásico desde la perspectiva de la Etnohistoria*. Tesis de Doctorado en Estudios Mesoamericanos, UNAM, México.

Kubler, G. (1984). "Renascense y disyunción en el arte mesoamericano". *Rev. Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana*, Número 2, julio de 1984, Facultad de Arquitectura, UNAM, México, pp. 75-87.

Kubler, G. (1983). "Aspectos urbanos y rurales de Teotihuacán en 1560. La significación de los mapas de Mazapan". *América y la España del siglo XVI*, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, Madrid, pp. 199–209.

Laporte, J.P. (1989). *Alternativas del clásico temprano en la relación Tikal-Teotihuacán: Grupo 6C-XVI, Tikal, Petén. Guatemala*, Tesis de Doctorado en Antropología, UNAM, México.

León Portilla, M. (1977). Introducción. Método y estructura de la antología. *Antología. De Teotihuacán a los aztecas fuentes e interpretaciones históricas*, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, México, pp. 11-50.

Lombardo de Ruíz, S. (1996). "El estilo teotihuacano en la pintura mural", en Beatriz de la Fuente (Coord.) *La pintura mural prehispánica en México I Teotihuacán*, Tomo II Estudios, UNAM, INAH, México, pp. 3-64.

Lombardo de Ruíz, S. (1985). "Antecedentes de las leyes sobre conservación de monumentos, siglos XVIII Y XIX." *En Reunión para Definir una Política Nacional de Conservación de Monumentos: Las legislaciones sobre la conservación de los monumentos históricos*, INAH, México, pp. 9-50.

López Austin, A. (1994). *Tamoanchan y Tlalocan*, FCE, México.

López Austin, A. y López Luján, L. (1996). *El pasado indígena de México*, FCE - El Colegio de México.

López Austin, A., López Luján, L. y Sugiyama, S. (1991). El Templo de Quetzalcóatl en Teotihuacán. Su posible significado ideológico. *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* 16 (62), pp. 35-52.

López Luján, L. (2021). Periodo colonial. Nueva España y Guatemala (1521-1821), *Arqueología Mexicana*, Edición especial, núm. 99, pp. 30-77.

López Luján, L. (1989). *La recuperación mexicana del pasado teotihuacano*. Colección Divulgación, INAH, México.

López Luján, L. y Sugiyama, S. (2015). *El Capitán Guillermo Dupaix y su álbum arqueológico de 1794*, Ediciones del Museo Nacional de Antropología, INAH, pp. 182.

Lorenzo, J.L. (ed.) (1968). *Materiales para la arqueología de Teotihuacán*, México, INAH, Serie Investigaciones, 17.

Luna, Albino S. (1996). "La flora representada en la iconografía pictórica", en Beatriz de la Fuente (Coord.) *La pintura mural prehispánica en México I Teotihuacán*, Tomo II Estudios, UNAM, INAH, México, pp. 369-389.

Macías, J.L. (2005). Geología e historia eruptiva de algunos de los grandes volcanes activos de México, en *Boletín de la Sociedad Geológica Mexicana*, Volumen Conmemorativo del Centenario Temas Selectos de la Geología Mexicana, Tomo LVII, núm. 3, pp. 379-424.

Magaloni Kerpel, D. (1998). "Metodología para la seriación de la pintura mural teotihuacana: técnica y lenguaje visual". Brambila, R. y Cabrera, R. (Coordinadores). *Los ritmos de cambio en Teotihuacán: reflexiones y discusiones de su cronología*. Colección científica INAH No. 366, México, pp. 223-242.

Manzanilla, L. (2017). *Teotihuacán. Ciudad excepcional de Mesoamérica*, Serie Opúsculos, El Colegio Nacional, México.

Manzanilla, L. (2012). "Introducción. Teopancazco, un centro de barrio multiétnico de Teotihuacán", en Linda R. Manzanilla (ed.), *Estudios arqueométricos del centro de barrio de Teopancazco en Teotihuacán*, Coordinación de Humanidades-Coordinación de la Investigación Científica, Universidad Nacional Autónoma de México, México: 17-66.

Manzanilla, L. (1997). "Indicadores arqueológicos de desastres: Mesoamérica, los Andes y otros casos." García Acosta, V. (Coord.), *Historia y desastres en América Latina Volumen II*, Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina, CIESAS, pp. 4-27.

Marcus, J. y Flannery, K. (1996). *Zapotec Civilization: How Urban Society Evolved in Mexico's Oaxaca Valley*, Thames and Hudson, Londres.

McClung de Tapia y Martínez D. (2017). The potencial of paleoethnobotanical evidence for the study of Teotihuacan foodways, *Archaeol Anthropol Sci* 9:39-50, DOI 10.1007/s12520-016-0414-z.

McClung de Tapia, E. y Adriano M. C. (2012). Stable Carbon Isotopes Applied to Vegetation Reconstruction in the Teotihuacan Valley, Mexico, en *Boletín de la Sociedad Geológica Mexicana*, Tomo 64, No. 2, 2012, págs. 161-169

McClung de Tapia E., Solleiro-Rebolledo E, Gama-Castro J, Villalpando J.L., Sedov S. (2003). Paleosols in the Teotihuacan Valley, Mexico: evidence for paleo-environment and human impact, *Revista Mexicana de Ciencias Geológicas* 20(3), pp. 270-282.

Malbrán Porto, A. (2009). *Análisis iconográfico de los motivos acuáticos localizados en Teotihuacán*. Tesis de Maestría en Estudios Mesoamericanos, UNAM, México.

Manzanilla, L. (Editora) (2012). *Estudios arqueométricos del centro de barrio en Teotihuacán*, UNAM, México.

Martínez Yrizar, D., Adriano-Morán, C., Ibarra-Morales, E. (2017). “De lo cotidiano y lo sagrado: las plantas y sus usos en un centro de barrio teotihuacano”, en Linda Manzanilla (Ed.), Raúl Valadéz Azúa (Coord.) *El uso de los recursos naturales en un centro de barrio de Teotihuacán: Teopancazco*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México, pp. 275-282.

Marquina, I. (1994). *Memorias*, Col. Biblioteca del INAH, INAH, México.

Matos, E. (2009). *Teotihuacán*. FCE, El Colegio de Hidalgo, México.

Medina-González, J. H., Ortega-Cabrera, V. (2021). Reconstruyendo el “Proyecto Teotihuacán” del INAH, 1962-1964 (temporadas IV y V). *Figuras Revista Académica de Investigación*, 2(3), 44–132. <https://doi.org/10.22201/fesa.figuras.2021.2.3.162>

Medina-González, J. H. y Ortega-Cabrera, V. (2020). Exploraciones y reconstrucciones en Teotihuacán 1960-1962: intervenciones previas al “Proyecto Teotihuacán”. *Figuras Revista Académica de Investigación*, 2 (1), UNAM, pp. 24-64.

Melgar, E., Gallaga, E. y Solís, R. (2014). La pirita y su manufactura, análisis de cuatro contextos mesoamericanos, *Estudios de Cultura Maya*, Vol. 43, No. 43, pp. 41-68.

Melgar, E. y Solís, R. (2010). Los artistas del jade en Mesoamérica y China: una comparación tecnológica, *La nueva Nao: de formosa a América*, pp. 379-376.

Méndez Osorio, C. Mora, C.A., Alaníz, E. y Jiménez, J. (2018). Fitodiversidad y estructura de un bosque de pino-encino en la Sierra Madre del Sur, México, en *Revista Mexicana de Ciencias Forestales*, Vol. 9, México, pp. 11-16.

Mercado López, E. (2016). Patrimonio cultural y turismo en el México posrevolucionario. *PASOS. Revista de Turismo y Patrimonio Cultural*. Vol. 14, Núm. 4, julio, pp. 1027-1040.

Michelet, D. y Pereira, G. (2009). Teotihuacán y el occidente de México, *Teotihuacán: ciudad de los dioses*, INAH, México, pp. 79-83.

Millon, C. (1973). Writing, Painting, and Polity in Teotihuacan, Mexico, *American Antiquity*. Vol. 38, No. 3. Society for American Archaeology, Salt Lake City, pp. 294-314.

Millon, C. (1972). The History of Mural Art at Teotihuacan. Ruz Lhuiller, A. (editor), *Teotihuacan: XI Mesa Redonda*. Vol. 2. Sociedad Mexicana de Antropología, México, pp. 1-16.

Millon, R. (1981). Teotihuacan: City, State and Civilization, Sabloff, J. A. (Editor), *Supplement to the Handbook of Middle American Indians*, volume 1, Archaeology, University of Texas Press, Austin, pp. 198–243.

Millon, R. (1972). El Valle de Teotihuacán y su contorno. Teotihuacán XI Mesa Redonda, Sociedad Mexicana de Antropología, México, pp. 329-337.

Millon, R. (1967). Urna de Monte Alban IIIA encontrada en Teotihuacán, Boletín del INAH, No. 29, pp. 42 – 44.

Millon, R. (1966). "El problema de la integración en la sociedad teotihuacana", *Teotihuacán, Onceava Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*, México, pp. 149-156.

Millon, R., Drewitt, B. y Cowgill, G.L. (1973). *The Teotihuacan Map, Part 2: Maps, Vol. 1: Urbanization at Teotihuacan*, Mexico, Austin, The University of Texas Press.

Mooser, F. (1968). *Geología, naturaleza y desarrollo del Valle de Teotihuacán*, Secretaría de Recursos Hidráulicos, México.

Morelos, N. (1993). *Proceso de producción de espacios y estructuras en Teotihuacán*, Colección Científica No. 274, INAH, México.

Múnera, C. (1985). *Un taller de cerámica ritual en la Ciudadela, Teotihuacán*, tesis de licenciatura, México, ENAH, INAH.

Niederberger, C. (1976). *Zohapilco. Cinco milenios de ocupación humana en un sitio lacustre de la Cuenca de México*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

Nielsen, C. (2003). *Art of the Empire: Teotihuacan Iconography and Style in Early Classic Maya Society* (A.D. 380-500), Tesis doctoral. The Department of American Indian Languages and Cultures, Københavns Universitet, Copenhagen.

Ortega Cabrera, V., Esquivel Ríos, S. y González Corona, N.L. (2022). Patrimonio cultural, protección jurídica y turismo en el Valle de Teotihuacán. *Religación, Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, Vol. 7, No. 31, pp. 1-14.

Ortega Cabrera, V., Vergara Esteban, E., y Castillo Gómez, E. R. (2021). La historia tras el nombre de Teotihuacán. Aproximaciones históricas y observaciones solares. *Cuicuilco. Revista de ciencias antropológicas*, 28 (80), pp. 271-294.

Ortega Cabrera, V. (2021). "Teotihuacán y sus vínculos culturales con los valles centrales de Oaxaca a través del culto a los ancestros". Catapán Edilson, A. (Organizador), *Ciências sociais processos e transformações*, vol. I, Brazilian Journals Editora, pp. 385-399.

Ortega Cabrera, V. (2020). "El complejo arquitectónico Quetzalpapálotl, Teotihuacán: una posible sede del poder público". Manzanilla, L. (Editora). *Las sedes del poder en Mesoamérica*, IIA, UNAM; El Colegio Nacional, pp. 45-64.

Ortega Cabrera, V. (2020a). "De sustento, sabores y aromas: los alimentos en la antigua ciudad de Teotihuacán". Campos Quezada, A., Cortés Soto E., Saldaña

Ortega, O. y Hernández Quezada D. (Compiladores). *Cocina del Valle de Teotihuacán, recetas de la comunidad*, PACMyC, México, pp. 33-54.

Ortega Cabrera, V. (2019). "Proyecto de conservación integral del Complejo Arquitectónico Quetzalpapálotl, Teotihuacán". Sánchez Nava, P.F. (Coordinador). *La arqueología oficial mexicana a principios del siglo XXI: Estudios de caso*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, pp. 572-579.

Ortega Cabrera, V. (2019b). "Proyecto de investigación y conservación de la estructura A., Plaza de la Luna, Teotihuacán". Sánchez Nava, P.F. (Coordinador). *La arqueología oficial mexicana a principios del siglo XXI: Estudios de caso*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, pp. 587-591.

Ortega Cabrera, V., Guzmán Torres, V., Melgar Tísoc, E. R., & Sánchez Pérez, S. (2019c). Análisis tecnológico de los monolitos de piedra verde hallados en la plaza de la Pirámide de La luna, Teotihuacán. *Boletín de Arqueología Experimental*, (13), pp. 37-54. <https://doi.org/10.15366/baexuam2018-19.13.003>

Ortega Cabrera, V., Díaz, E. y Vargas, M.A. (2016). La cerámica oaxaqueña de Tlailotlacan, Teotihuacán, en *Revista Arqueología*, No. 51, Nueva Época, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, pp. 94-115.

Ortega Cabrera, V. (2015). *Informe técnico de las excavaciones y análisis de materiales del proyecto de Investigación Tlailotlacan, Barrio Oaxaqueño de Teotihuacán*. Archivo Técnico, Coordinación de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

Ortega Cabrera, V. (2014). *La presencia oaxaqueña en Teotihuacán durante el Clásico*. Tesis Doctoral, Posgrado en Estudios Mesoamericanos, UNAM, México.

Ortega Cabrera, V. (2014b). *Informe técnico del proyecto de conservación integral del Edificio 1, Plaza de la Pirámide de la Luna*, mecanuscrito entregado al Consejo de Arqueología, Archivo Técnico, INAH, México.

Ortega Cabrera, V. (2006). *Estado y Ciudad en Teotihuacán: análisis de la interacción entre la organización sociopolítica y la dinámica urbana*. Tesis de maestría, Posgrado en Estudios Mesoamericanos, UNAM, México.

Ortíz Díaz, E. (1993). "Ideología y vida doméstica". Linda Manzanilla (Coord.) *Anatomía de un conjunto residencial teotihuacano en Oztoyahualco*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México.

Paddock, J. (1972). "Relación de la sección sobre la extensión de la cultura teotihuacana", *Teotihuacán XI Mesa redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*, México, pp. 325-327.

Paddock, J. (1983). "The Oaxaca Barrio at Teotihuacan (Topic 52)", Flannery, K. y Marcus, J. (eds.), *The Cloud People, Divergent Evolution of the Zapotec and Mixtec civilizations*, Academic Press, pp. 170–175.

Paz Bautista, C. (2014). *Estudio de los ornamentos de concha del Templo de Quetzalcóatl de Teotihuacán. La producción de las indumentarias ceremoniales teotihuacanas*. Tesis de Licenciatura en Arqueología, ENAH, México.

Peñafiel, A. (1900). *Teotihuacán. Estudio histórico y arqueológico*, prólogo de Alfredo Chavero, Ed. Trilingüe (inglés, francés y español), Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento.

Pérez Rangel, R. (2018). "Historia ambiental prehispánica"

www.rafaellopezrangel.com/historia-ambiental-epoca-prehispanica.

Pérez Roldán, G. (2013). *La producción artesanal vista a través de los objetos de hueso en Teotihuacán, 100 d.C. al 650 d.C.* Tesis de Doctorado en Antropología, UNAM, México.

Plunket, P. y Uruñuela, G. (2012). Where East Meets West: The Formative in Mexico's Central Highlands, *Journal of Archaeological Research* 20 (1): 1-51.

Plunket, P. y Uruñuela, G. (2012b). 4. Montañas vivas y montañas sagradas, entes icónicos de la autoridad ancestral en Mesoamérica. Sacred Animals and Ancient Rulership, Special Number, *Journal of Cultural Symbiosis Research* 7, Japanan, pp. 39-51.

Portal de Archivos Españoles (PARES) (s/f). "Pueblos pertenecientes al corregimiento de Tequisistlán"

<http://pares.mcu.es/ParesBusquedas20/catalogo/description/20830>

Pruneda, E. "El largo trayecto para conservar los muros pintados de Teotihuacán, 1864-1922". Conferencia dictada durante el XXII Simposio Román Piña Chán, Relatos y Correlatos, Museo Nacional de Antropología, 4 de octubre del 2017.

Ramírez, F. (2012). "La erupción del Xitle y el fin de Cuicuilco". Artículo enviado a la revista *Arqueología Americana*, para ser publicado en el volumen intitulado

Desastres naturales y cambio climático. Disponible en

https://www.academia.edu/7674773/La_erupci%C3%B3n_del_Xitle_y_el_fin_de_Cuicuilco

Ramírez Sámano, M. del R. (2006). *Creación de la ZAT: 1886-1910. México*. Tesis de Maestría, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

Ratray, E. (2011). *Teotihuacán, cerámica, cronología y tendencias culturales*. Serie Arqueología de México. Instituto Nacional de Antropología e Historia, Universidad de Pittsburgh.

Ratray, E. (1998). "Rutas de intercambio en el periodo Clásico en Mesoamérica", Ratray, E. (editora), *Rutas de intercambio en Mesoamérica*, III Coloquio Pedro Bosch Gimpera. Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México, pp. 77-100.

Ratray, E. (1997). *Entierros y ofrendas en Teotihuacán: excavaciones, inventario, patrones mortuorios*. UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, México.

Ratray, E. (1993). *The Oaxaca Barrio at Teotihuacan*. Monografías Mesoamericanas, No. 1 Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de las Américas, Puebla.

Ratray, E. (1990). "The identification of ethnic affiliation at the Merchants Barrio, Teotihuacan," en Sugiura, Y. y Serra Puche M. (Editoras) *Etnoarqueología*, Primer Coloquio Bosh Gimpera, IIA - UNAM, México, pp. 113-137.

Ratray, E. (1987). "Los Barrios Foráneos de Teotihuacán", McClung de Tapia, E. y Ratray, E. (Editoras), *Teotihuacán: Nuevos Datos, Nuevas Síntesis y Nuevos Problemas*, IIA - UNAM, México, pp. 243-273.

Ratray, E. (1981). "Anaranjado Delgado: cerámica de comercio de Teotihuacán," Ratray, E., Litvak, J. y Díaz, C. (Coordinadores), *Interacción Cultural en México Central*, IIA - UNAM, México, pp.55- 80.

Ratray, E. (1979). La cerámica de Teotihuacán: relaciones externas y cronología, *Anales de Antropología* Vol. 16, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México, pp. 51-70.

Robertson, I. y Cabrera, M. O. (2017). Teotihuacan Pottery as evidence for subsistence practices involving maguey sap, *Archaeol Anthropol Sci* 9:11-27, DOI 10.1007/s12520-016-0415-z.

Sahagún, F.B. de (1989). *Historia General de las Cosas de la Nueva España*, primera versión íntegra del texto castellano del manuscrito conocido como Códice Florentino, López Austin, A. y García Quintero, J. (Introducción, paleografía, glosario y notas),

colección Cien de México, Vols. 1-2, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes - Alianza Editorial Mexicana, México.

Salazar Ortigón, P. (1964). Trabajos en Zona I, "Plaza de la Luna," Temporadas IV y V, Años 1962-1964, *Proyecto Teotihuacán*, INAH, MÉXICO, INAH, ATCNA, Fondo Jorge Acosta, Carpeta 17, copia mecanoescrita, 1-328.

Sánchez S., J.E. (1982). "Nuevos datos para la solución al problema del Complejo Calle de los Muertos". Cabrera, R., Rodríguez, I. y Morelos, N. (Coords.), *Memoria del proyecto arqueológico Teotihuacán 80-82*, Colección Científica INAH, No. 132, INAH, México.

Sánchez, V., S. (2020). Sociedad y etnicidad en el Códice Xólotl y el Mapa de Zempoala. *Boletín Americanista*, año LXX, 1, No.80, Barcelona, pp. 33-54.

Sanders, W. Parsons, J. y Santley, R. (1979). *The Basin of Mexico, Ecological Processes in the Evolution of a Civilization*, Academic Press, New York.

Santley, R. (1989). "Obsidian Working", Long-Distance Exchange, and the Teotihuacan Presence in South Gulf Coast, Diehl, R. y Berlo, J. C. (ed.), *Mesoamerica after the Decline of Teotihuacan. A.D. 700-900*, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington D.C., pp. 131-151.

Sarabia, A. y Núñez, N. (2020). "The Sun Pyramid architectural complex in Teotihuacan: vestiges of worship and veneration". Robb, M. (Comp.). *Teotihuacan. City of water, City of fire*. Fine Arts Museum of San Francisco, de Young Los Angeles County Museum of Art, pp. 62-67.

Sarabia, A. y Núñez, N. (2020). El complejo arquitectónico de la Pirámide del Sol en Teotihuacán, vestigios de culto y adoración. *Clío Arqueológica*, Vol. 35, No. 2, pp. 252-269.

Schávelzon, D. (2017). "Francisco Mujica en Teotihuacan: dibujos inéditos de Los subterráneos y de las excavaciones de 1917", disponible en: www.danielschavelzon.com.ar/ebooks/Dibujos_Mujica_Teotihuacan1926_27.pdf

Schávelzon, D. (2009). "La primera excavación arqueológica de América: Teotihuacán en 1675". *Anales de Antropología*, 20(1).

<https://doi.org/10.22201/ia.24486221e.1983.1.413>

Schmidt Schoenberg, P. (2006). *La época prehispánica en Guerrero, Arqueología Mexicana Vol*, XIV, no. 82. Editorial Raíces, México, pp. 28-37.

Seele, E. (1973). "Restos de milpas y poblaciones prehispánicas cerca de San Buenaventura Nealtican", Puebla. *Comunicaciones* 7, pp. 77-86.

- Sejourné, L. (2004). *Teotihuacán, capital de los toltecas*. Siglo XXI, México.
- Séjourné, L. (1966). *Arquitectura y pintura en Teotihuacán*, Ed. Siglo XXI, México.
- Spence, M. (1989). Excavaciones Recientes en Tlailotlacan, el Barrio Oaxaqueño de Teotihuacán, *Arqueología* 5, INAH, México, pp. 82–104.
- Storey, R. y Widmer, R. (1999). "The burials of Tlajinga 33". Manzanilla, L. y Serrano, C. (Editores), *Prácticas funerarias en la Ciudad de los Dioses. Los enterramientos humanos de la Antigua Teotihuacán*. IIA - UNAM, México, pp. 203-218.
- Sugiyama, N., Sugiyama S., Ortega Cabrera, V. y Fash, W. (2016). "¿Artistas mayas en Teotihuacán?", *Arqueología Mexicana*, No. 142, Editorial Raíces, p. 8.
- Sugiyama, N. y Somerville, A.D. (2016). Feeding Teotihuacan: integrating approaches to studying food and foodways of the ancient metropolis, en *Archaeology and Anthropology Science*, Springer-Verlag Berlin Heidelberg, pp. 1-10.
- Sugiyama, N., Valadez, R., Pérez, G., Rodríguez, B. y Torres, F. (2013). Animal management, preparation and sacrifice: Reconstructing Burial 6 at the Moon Pyramid, Teotihuacan, México, en *Anthropozoologica, special issue, Animals in Funerary Space*, edited by Rose-Marie Arbogast and Sébastien Lepetz, 48(2):467-485.
- Sugiyama, N.; Sugiyama, S. y Sarabia, A. (2013b). Inside the Sun Pyramid at Teotihuacán, México: 2008-2011 excavations and preliminary results. *Latin American Antiquity*. 24 (4) pp. 403-432.
- Sugiyama, S. y López Luján, L. (Editores) (2006). *Sacrificios de consagración en la Pirámide de la Luna*, INAH -Arizona State University.
- Sugiyama, S. y Cabrera Castro, R. (2017). "The Moon Pyramid and the ancient state of Teotihuacan". Roob, M. H. (Ed.) *Teotihuacan, City of water, city of fire*. Fine Arts Museums of San Francisco- De Young and University of California Press, San Francisco CA, pp. 28-37.
- Sugiyama, S. y Cabrera Castro, R. (2003). Hallazgos recientes en la Pirámide de la Luna, *Arqueología mexicana*. Vol. XI, no. 64. Editorial Raíces, México, pp. 42-49.
- Taube, K. (2017). "Ellos de oriente: retratos de dioses y hombres mayas en las Pinturas realistas de Tetitla, Teotihuacán". Staines Cicero, L. y Helmke, C. (editores), *Las pinturas realistas de Tetitla, Teotihuacán: estudios a través de las acuarelas de Agustín Villagra Caletí*. Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, México, pp. 71-100.
- Taube, K. (2003). "Tetitla and the Maya Presence at Teotihuacan", Braswell, G. (editor), *The Maya and Teotihuacan: Reinterpreting Early Classic Interaction*. University of Texas Press, Austin, pp. 273-314.

Taube, K. (2001). La escritura teotihuacana, *Arqueología mexicana*, Vol. VIII, no. 48. Editorial Raíces, México. pp. 58-63.

Trujillo Candelaria, J.A. (1977). Posibilidades acuíferas en sedimentos continentales terciarios de la República Mexicana. *Boletín Sociedad Geológica Mexicana*, Tomo XXXVIII, No.2, pp. 34-51.

Uriarte, M. T. (1996). "Tepantitla. Juego de pelota", en Beatriz de la Fuente (Coord.) *La Pintura Mural Prehispánica en México I Teotihuacán*, Tomo II Estudios, UNAM, INAH, México, pp. 227-290.

Uruñuela y Ladrón de Guevara, G. y Plunket Nagoda, P. (2003). Testimonios de diversos tipos de abandono en Tetimpa, Puebla, en *Revista Tracce* No. 43, pp. 84-96.

Valadéz Azúa, R. (2017). *Entre alimentos y tradiciones en la Ciudad de los Dioses*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México.

Valadéz Azúa, R., Rodríguez, B., Piñón, J. y Silva, A.F. (2017). "Arqueofauna de Teopancazco, dinámicas de uso y cambios en el tiempo", en Linda Manzanilla (Editoria), Raúl Valadéz Azúa (Coord.) *El uso de los recursos naturales en un centro de barrio de Teotihuacán: Teopancazco*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México, pp. 39-121.

Villagra Caletí, A. (1955). Trabajos realizados en Teotihuacán: 1952, *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, Vol. 6, No. 34. INAH, SEP, México pp. 69-78.

Villaseñor, I. y Aimers, J. (2008). Una de cal por las que van de arena: un estudio diacrónico de los estucos de Calakmul y Palenque. *Estudios de cultura maya*, Vol. XXXIII, pp. 25-50.

Winter, M., Martínez López, C. y Herrera Muzgo, A. (2002). "Monte Albán y Teotihuacán: política e ideología", Ruíz Gallut, M.E. (ed.), *Ideología y política a través de materiales, imágenes y símbolos*, Memoria de la Primera Mesa Redonda de Teotihuacán. Conaculta-INAH, UNAM, México, pp. 627-644.

Yarborough, C. (1992). *Teotihuacan and the Gulf Coast: Ceramic evidence for contact and interactional relationships*. Tesis doctoral, Department of Anthropology, The University of Arizona, Tucson.

Verónica Ortega Cabrera. Es arqueóloga egresada de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, con maestría y doctorado en Estudios Mesoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México, con una especialidad en Políticas Culturales y Gestión Cultural por la Universidad Autónoma Metropolitana y la Organización de Estados Iberoamericanos. Fue funcionaria del Instituto Nacional de Antropología e Historia en la Zona Arqueológica de Teotihuacán de 2001 a 2019, a cargo del Departamento de Protección Técnica y Legal, así como de la Subdirección Técnica. Dirigió diversos proyectos de investigación arqueológica, conservación arquitectónica y análisis de bienes patrimoniales; fue co-directora de proyectos de investigación con las Universidades de Harvard, Boston, Arizona y la Universidad de Aichi, Japón. Gestora del sitio de Teotihuacán ante la Dirección de Patrimonio Mundial del INAH (2007-2019) y autora de diversos artículos científicos publicados en revistas indexadas a nivel nacional e internacional. Actualmente, es Profesora de Tiempo Completo del Centro Universitario UAEM Valle de Teotihuacán; investigadora del Sistema Nacional de Investigadores e Investigadoras Conahcyt, Nivel I.

A partir del siglo VII de nuestra era, la ciudad prehispánica de Teotihuacán ha sido el foco de atención de las sociedades que le sucedieron, quienes desde diversos enfoques han tratado de develar sus secretos, ya sea como lugar mítico, para esclarecer su origen antiguo; como símbolo de un pasado que genera identidad para el Estado mexicano o como un recurso cultural que posibilita la actividad turística. La presente obra sintetiza los conocimientos arqueológicos que tenemos de la ciudad y la sociedad que la construyó hasta el momento, utilizando un lenguaje accesible para el público no especializado, debido a la importancia de dar a conocer a las nuevas generaciones el valor de este sitio mexicano incluido en la lista de patrimonio mundial de la UNESCO, así como la necesidad de proteger su valor universal excepcional, a través de mejores medidas de conservación y aprovechamiento de su legado cultural.

SDC

